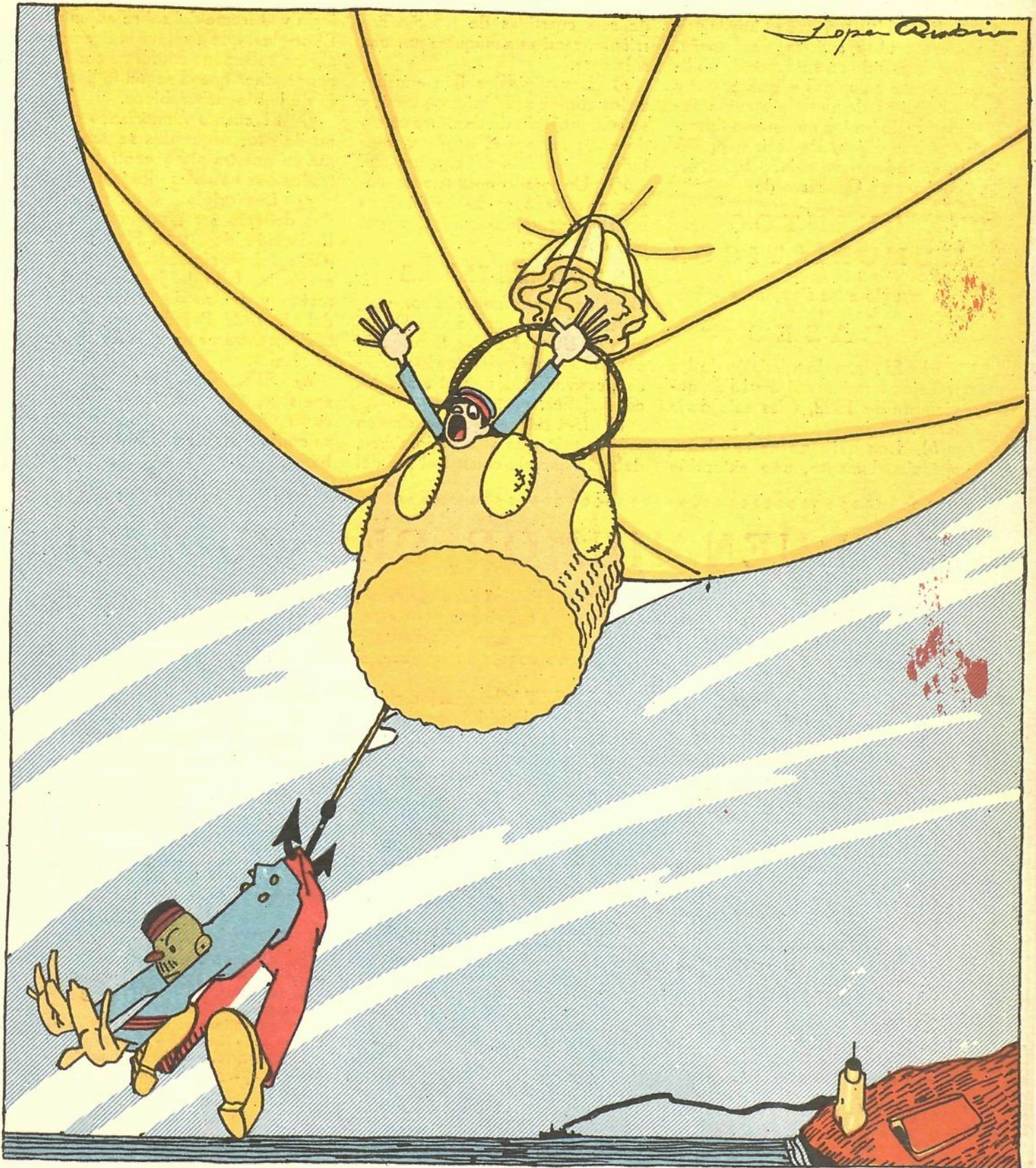


BUEN HUMOR



Dib. LÓPEZ RUBIO.— Madrid.

— ¡Quién me iba a decir a mí, hace dos años, cuando ingresé en filas, que iba a ascender tan pronto!...

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base *d* establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ahl! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El mejor de los oficios.

— ¡Oye, mañol! ¿Qué oficio es el tuyo?
— Sereno.
— ¡Rediez! ¿Y es defícil?
— ¡Quial! A media noche me asomo a la ventana y grito: «¡Me paice que han dao las tres!»

EMILIO CARRASCO.

De una conversación.

— ¿Sabes, chico, que el Papa quiere volar?
— Sí; he oído algo de eso. Y a ti ¿qué te parece?
— Nada, hombre; que va a descender de categoría.
— ¿...?
— Porque al descender se hará papilla.

M. DE LAS CASAS. — Madrid.

En la Comisaría.

— Y después de tomar el reloj, ¿qué hizo?
— Tomé las de Villadiego...
— Pues no me queda más remedio que condenarle por doble hurto.

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

En el frontón.

Un tuerto entra, se sienta y dice:
— ¡Señores, buenas tardes!
En el mismo momento le dan un pelotazo en el ojo sano, y exclama:
— ¡Señores, buenas noches!

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿Por qué no hay calle de la Bola en París?
— Porque resultaría un pitorreo eso de decir: «Rue-de la Bola.»

E. L. Y C. T. — Madrid.

Errata de imprenta.

EL NIÑO. — Oye, papá, esto que dice el periódico de la ocupación de Esmirna debe de ser un camelo.

EL PAPÁ. — Un camelo, ¿por qué?

EL NIÑO. — Porque como dice que la han ocupado los kamelistas...

AB-EL-SIKUELA. — Granada.

En el cuartel, durante la instrucción.

EL SARGENTO. — Oye, muchacho, dime: ¿en tu pueblo había burros?

EL QUINTO (con viveza, queriendo evitar que se lo llamen). — ¡No, señor!

EL SARGENTO. — ¡Clarol! El único que había eras tú, y estás aquí.

E. FERNÁNDEZ. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **A. G. S., de Sevilla**,

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta

página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

ANUNCIOS RECOMENDABLES

Número 19.

EGEO	HEMBRA DEL ROQUEFORT
PROHI	PARTICULA NEGATIVA
BICIÓN	
FINAL	DETENE LAS CABALLERIAS
100	500
NITRATO DE SOSA DE CHILE	
MEDIODÍA	11000
SEPTENTRIÓN	

Número 20.

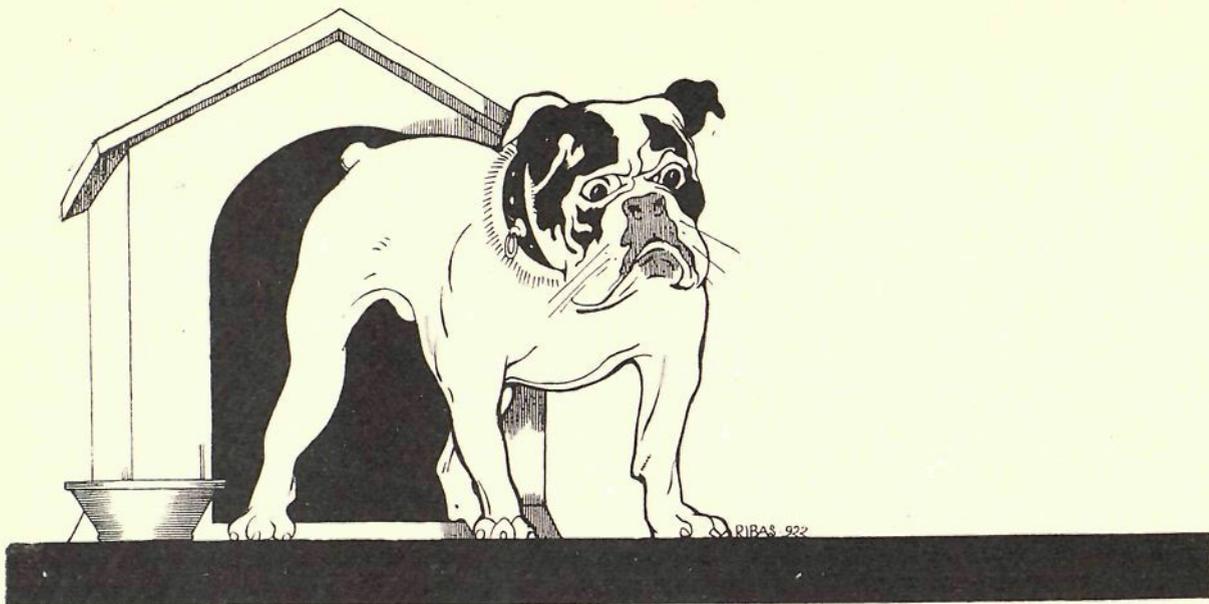
P	OZINS	<table border="1"> <tr><td>F</td><td>E</td></tr> <tr><td>I</td><td>I</td></tr> <tr><td>B</td><td>O</td></tr> </table>	F	E	I	I	B	O
F	E							
I	I							
B	O							
<p>Te espero en Eslava tomando café. Tuyo I</p>								
LUZ 1000 MATUTINA								
JA								
BORRACHERA DENTRO DE VACA TERNERA CORDERO								

Número 21.

CUPÓN
correspondiente al número 47
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

WEYLER
TUMBADO EN LA CAMA
EG
VIENTO
P
LA MONTE DE LEY

CUPÓN NÚM. 4
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de octubre.



EL MEJOR GUARDIAN

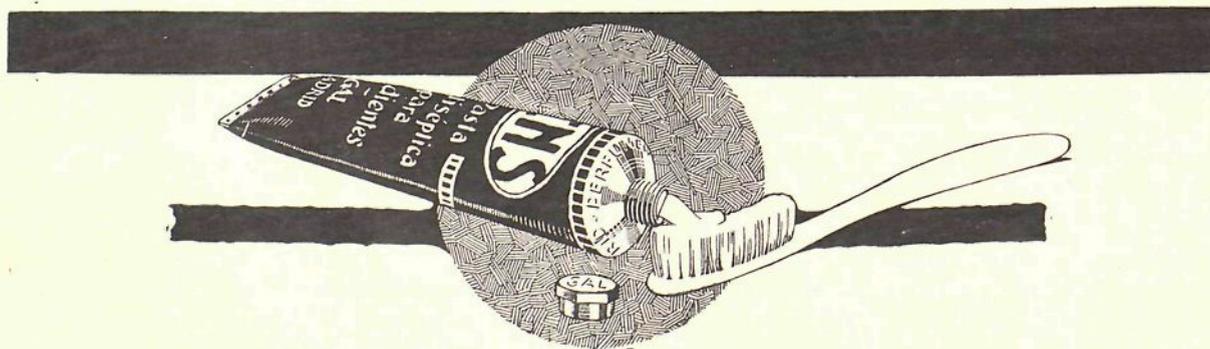
de la dentadura es

un TUBO de

PASTA DENS

que destruye el sarro, blanquea los dientes
y perfuma la boca.

1.50

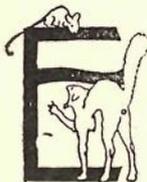


Ayuntamiento de Madrid

Madrid, 22 de octubre de 1922.

LA BAJA DEL MARCO

(CUENTO ALEMÁN QUE GUILLERMILLO II HA OLVIDADO DE INCLUIR EN SUS MEMORIAS)



En Alemania, como en España, hay una de sinvergüenzas que enciende el pelo, una de comerciantes desaprensivos que atufa, una de guasones que derrumba de espaldas, y lo menos una y media de embusteros que consterna. Con todos estos elementos he decidido confeccionar la elegante narración que voy a tener el gusto de someter al clarísimo juicio de ustedes.

No sé si alguno de ustedes sabrá que en Alemania hay una población de cierta importancia llamada Berlín, a la cual quisieron ir los franceses el año 1870, y a la que, por fin, no fueron por la sencilla razón de que no hubo nadie que les enseñara el camino. Berlín es capital de provincia, cabeza de partido, Audiencia de lo criminal y punto de arranque de un ferrocarril de vía estrecha; tiene dos cuarteles de la Guardia civil, una casilla de peones camineros, un Instituto al que no va ningún alumno, un matadero de mulas solteras, varias iglesias y tupis, un bazar de ropas mal hechas y un teatro en el que, principalmente, se representan las comedias de López Merino, traducidas al bávaro para mayor claridad, lo que nos releva de afirmar que es un teatro en el que no se ve nunca un alma, y mucho menos un cuerpo...

Berlín tiene una calle que ofrece la curiosa particularidad de que consta de dos aceras: la de la derecha y la de la izquierda. El número 1 de esta animada vía es una taberna; el número 7, otra taberna; el número 10, otra taberna; el número 11, otra taberna; el número 14, otra taberna, y así sucesivamente. Hay dos *nueves*: el sencillo y el duplicado, donde también hay vino si lo piden ustedes, y hay dos *quinces*, en donde no hay ni que decir que el vino rebosa... El número 23 de la repetida calle es un hotel que

anuncia pomposamente en el *Berliner Tageblatt* que no tiene chinches en invierno; el número 51 es una agencia funeraria; el número 89 es una farmacia (del mismo dueño de la agencia funeraria, que ha conseguido que ningún parroquiano que pase por su botica deje de pasarse luego por el otro establecimiento); el número 93 es una relojería, y el número 100 es un quiosco de necesidad... No quiero dejar sin mencionar el número 101, que no es un hotel, ni un Banco, ni un Museo; pero que no se puede negar que es un capicúa muy bonito.

Pues bien: en esta prodigiosa calle tuvo lugar, en marzo del año 1920, un suceso que fué el tema de todas las conversaciones de Berlín hasta mediados de noviembre, en que la gente dejó de

hablar del indicado asunto para empezar a hablar del frío que hacía...

Y el suceso fué la leve tragedia que modestamente expongo a continuación:

En el número 60 había, en la época que nos ocupa, un café restaurante cuyo dueño, natural de Maguncia, había logrado acreditar por servir ciertas morcillas de medio metro de diámetro por uno y medio de largo, que su esposa elaboraba a brazo partido y a ciertas horas de la noche. Todo Berlín fué a que le dieran la morcilla al susodicho café restaurante, y la fama de la casa traspasó las fronteras y dió que hablar hasta en el cercano planeta Marte, que por aquel tiempo fué cuando nos hizo más señas que nunca, alguna de las cuales la tradujo Marconi radiotelegráficamente

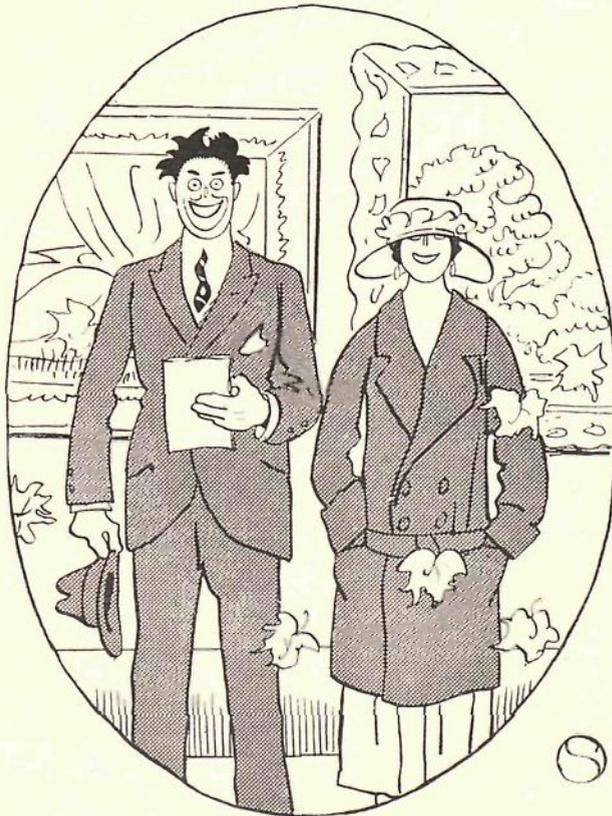
por un *¡que les aproveche a ustedes!* de lo más galante que se estila.

Pero el dueño del restaurante tenía un hermano llamado Otto, que, envidioso del éxito de su pariente, decidió enamorarle a la mujer y birlársela, lo que verificó en dos días, uno menos de los que necesitaba don Juan Tenorio para realizar una porquería semejante.

Otto en cuarenta y ocho horas hizo de su cuñada una parienta muchísimo más cercana. Su hermano Fritz, o sea el burlado marido, lloró lo suyo al percatarse de lo irreparable de su desgracia; se mesó los cincuenta y dos cabellos que le quedaban, y se dedicó a referir su infortunio a los amigos con la frase siguiente (muy parecida a la que se emplea en España en los casos semejantes):

— ¡¡Mi mujer se ha ido con Otto!!...

Pero no paró aquí la tragedia conyugal. Lo grave, lo horrible, lo épico del caso, fué que a las dos semanas se permitió Otto abrir otro café restaurante frente del de su hermano, anunciando al público que las famosas morcillas habían cambiado de

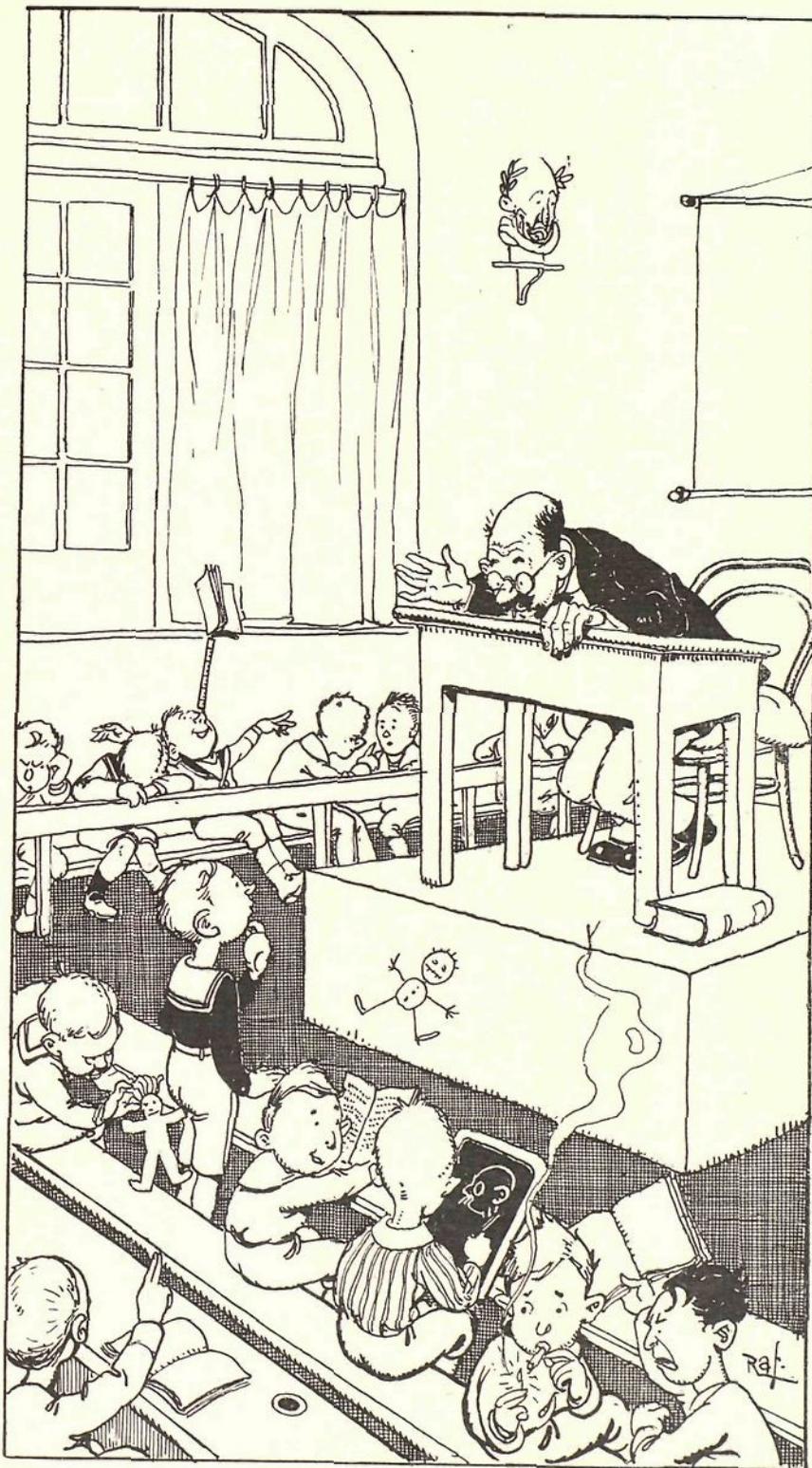


Dib. SILENO. — Madrid.

»Para ello, repare usted en cómo simbolizan los caricaturistas a España..., prescindiendo de Bagaria, cuando representa al país en un hombrín con la cédula de vecindad lastimosamente telarañosa. El resto de los dibujantes nos ofrecen como símbolo de España una chula, ¿no es eso? Pues bien: cantares representativos de nuestro pueblo serán aquellos en que su símbolo se represente más definitivamente. Mas como hemos convenido que el canto popular ha naufragado en las *variétés*, precisa que acudamos a ellas. Y hay donde escoger: «Chulapona, chulona»..., sin fin de ellos. Pero todos estos cantos — o, si usted lo prefiere, cuplés — no sirven a nuestro objeto. Son expresión de un estado del alma española que ha quedado un poco en segundo término. Ahora... ¿Usted ha oído cantar a la *Chelito La chula supertanguista*? No ponga usted esa cara de asombro. Lo de supertanguista ha sido puesto por despistar, indudablemente. Por lo demás, en esa canción tenemos como en otra alguna expresada una inquietud, una queja de nuestro pueblo en la actualidad. Repare usted cómo, de pronto, cuando menos lo esperamos, a la cupletista se le escapa una confidencia dolorosa. «Yo no sé — dice — pedir *cointreau*.» No sabe pedir *cointreau*, como no sabe pedir otras bebidas extranjeras. Y todo, ¿por qué? Simplemente, porque sólo sabe hablar español. Con lo cual, claramente quiere decir al público: «Escarmentad en mí, que, por no conocer idiomas extranjeros, tengo que hacer un papel desairado en el *cabaret*. Ya veis: yo, por ejemplo, pronuncio *pipermán*, como un intérprete de fonda barata.»

»Parece que no tiene importancia. Hasta hubo quien, a propósito de este cuplé, insinuó la especie de que había sido escrito para servir de reclamo a determinada academia de idiomas. No lo creo. Es, simplemente, lo que le digo a usted: el pueblo se europeiza, ya no gusta del peleón, y las verbenas y los toros le causan fastidio. Quiere sumarse al movimiento mundial, y se encuentra con que no sabría pedir café con leche en la primera fonda de la primera estación, una vez atravesada la frontera. Y se queja de que nadie se haya preocupado de enseñarle esos idiomas, cuyo conocimiento ha de europeizarle. Es una queja muy estimable, un deseo justísimo. Yo, en el puesto del ministro de Instrucción Pública, habría contestado a esa voz del alma nacional que gemía por boca de la *Chelito*, abriendo escuelas públicas de idiomas. Y si se me objeta que eso sería poco productivo, queda la solución de instalar *cabarets*, en que nuestras chulas puedan rápidamente aprender a pronunciar con toda corrección los nombres de todas esas bebidas que *Chelito* declaraba honradamente en su cuplé no saber pedir...

ANSELMO REGUERA.



EN EL COLEGIO

Dib. RAF. — Madrid.

- ¿Cuántos huesos tienes en el cuerpo?
- Doscientos ocho.
- ¡Torpel!... ¿No te dije ayer que eran doscientos siete?
- Sí; pero anoche, comiendo ciruelas, me tragué un hueso.

Recuerdos expresivos de un viaje hidroterápico.

LA ESENCIA DE LA COLONIA

DOR fortuna para los que en Guitiriz, por distraer de algún modo nuestra forzosa ociosidad, llegamos a entretenernos en contar las hojas de los árboles (las cuales vienen a ser, por término medio, tantas como insectos volátiles y de los otros le molestan a uno), la fragante flor de la belleza femenil no falta en los prodigiosos campos de Galicia.

Claro que los pétalos de esta flor (lo consignamos coloridos) no rezan, ni siquiera rozan, con las aldeanas que se avecindan en la localidad.

¿Por falta de belleza?

No podemos decirselo a ustedes con la seguridad debida. Cuantos intentos de investigación llevamos a cabo en ciertos rostros indígenas para descubrir posibles huellas de helenismo, resultaron completamente inútiles.

Entre la negrura natural que el sol y el aire proporcionan, y esa otra negrura, que no es natural, pero sí muy corriente entre los individuos del campo, ¡cualquiera averigua cómo es la cara de esta moza o de aquel chico!

Cabe en el caso presente una explicación no exenta de lógica.

¿Quién, por guapo que sea, conociendo la virtud saludable que distingue a

las aguas de esta villa, se atreve a malgastarlas en funciones de aseo?

Algún día puede que, para recompensar la filantrópica conducta de tan ejemplares ciudadanos, se pida al Gobierno la cruz de Beneficencia.

Decíamos antes... ¡Ah, sí! Que la divina flor de la feminidad cautivadora, trasplantada fué de la corte al oasis gallego, para alegrar un poco con su risa cascabelera la melancolía del ambiente.

Nené, Loló, Fifi y Fufú, acompañadas de Paca Melo, María Gracia y Carmen Broncas, todas elegantísimas, todas bellísimas, todas aristocratísimas y todas aburrísimas, pululan a su libre albedrío bajo las verdes frondas que rodean el balneario.

La exquisita sencillez de su atavío revela de un modo ostensible que hasta en la soledad del campo, ¡al fin mujeres!, les preocupa la coquetería del tocado.

Saben que esto les gusta a los pollos.

Y los pollos, que tampoco descuidan tal menester, aprovechándose de la expansividad que las circunstancias permiten, se dedican al *timoteo* descarado, con la esperanza de una buena boda que les saque de apuros financieros.

Necesario nos parece consignar que en semejante caso ellos y ellas no se conforman con *timarse*.

Se estafan.

Del elemento *faldero*, destacan por su beldad (que no es mentira) Azucena, rubia ideal; Rosa, morena sugestiva, y Violeta, castaña apetitosa.

Rosa, Azucena y Violeta constituyen la esencia de la colonia por los cuantio-

sos bienes de que son poseedoras afortunadas. Entre estos bienes figuran numerosas fincas en Madrid.

A las tres se las ve sentadas al sol. Es decir, se las ve a las tres, a las cuatro, a las cinco, y a casi todas las horas, porque su placer predilecto consiste en recibir del rubicundo monarca los mimos consoladores.

Se explica.

Las mujeres, cuando tienen casas, desconfían, y con razón, de los mimos varoniles. Prefieren los solares.

¿Qué hacen estas tres niñas constantemente al sol? La rubia sonríe, la morena retoza, la castaña se asa. Más vale así. La charla de los pollos nada ciertamente tiene de divertida.

Véase la muestra:

— Oye, Fifi, ¿conoces la *Sonatina* de Rubén?

— ¿Rubén?... No me suena.

— ¿Cómo va a sonarte, si no se trata de ningún pañuelo para las narices? ¡Ja!... ¡Ja!...

Este es uno que presume de gracioso y se ríe con estrépito al expeler la *ingeniosidad*, para advertir, sin duda, que ha sido chiste.

— ¿Por qué me lo has preguntado?

— Porque me gustaría oírte recitar aquello de:

«La princesa está triste.
¿Qué tendrá la princesa?»

— ¡Ah, sí! Me la sé de memoria. Verás:

«La princesa está triste.
¿Qué tendrá la princesa?»

«¿Qué tendrá la princesa?»

¡Caray! ¿A que se me ha olvidado?

— Una pausa para recordar. Al cabo de un rato —: «¿Qué tendrá la princesa?...»

— Sigue —: «¿Qué tendrá la princesa?...»

El pollo de antes, volviendo a reír: — ¡Calla, tonto! Déjame que siga: «¿Qué tendrá la princesa?...» «¿Qué tendrá la princesa?...» ¿Sabes tú cómo sigue?

El pollo de *marras*, riendo siempre:

— Creo que está algo mejor.

Con las rimas inmortales de Rubén se mezclan en el espacio las ramplonas melodías de un cuplé popularizado por la *maga de la canción*.

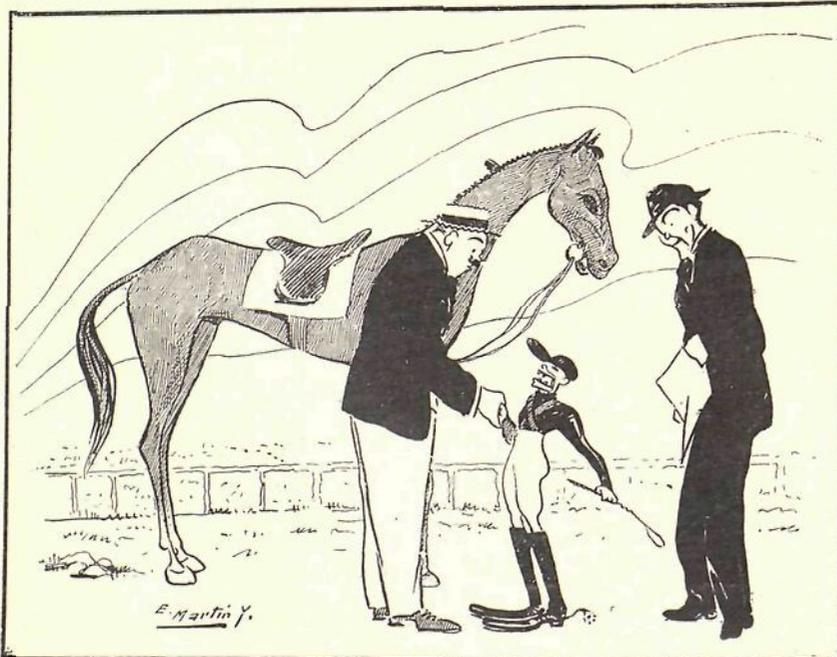
Para las niñas *bien*, el repertorio de la Meller es de necesidad tan indispensable como la carne líquida o la de cerdo, pongo por específicos para engordar. ¿Han visto ustedes qué delgadas están todas?

Conformes en que la obesidad no es de *buen tono*. Pero, ¡caray!, entre las jóvenes modernas hay tanto hueso, que francamente, se explica la notable disminución observada en el número de suicidios pasionales.

Prueba al canto. ¿A que ninguna de estas *arenques* consigue más de doce conquistas en su juventud? En cambio, una gruesa tiene doce docenas.

¿Habrá quien lo dude?

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.



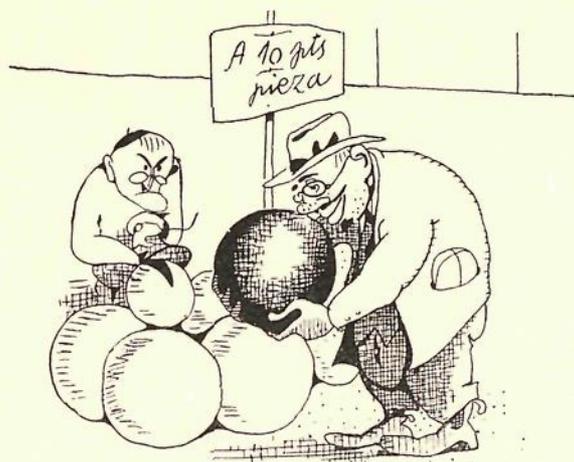
EL VENCEDOR

Dib. MARTÍN. — San Sebastián.

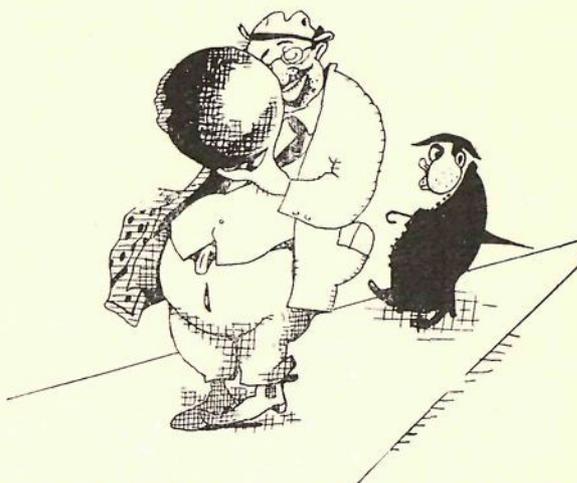
— ¡Bravo, Enrico!... ¡Eres grande!...

¿TE ACUERDAS?...

(POEMITA)

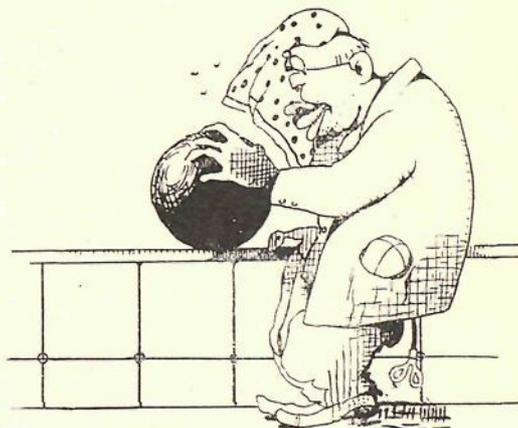
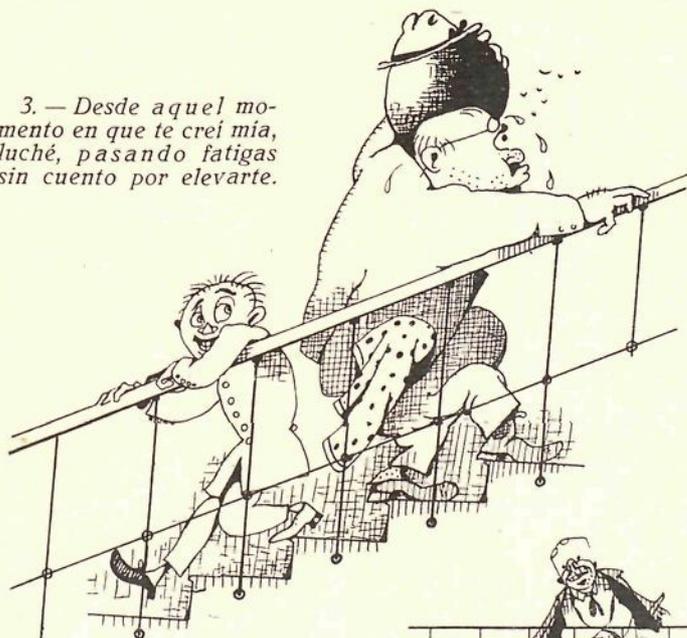


1. — Tú eras flor de arroyo, ¿te acuerdas?, y un día quise redimirte con mi amor.



2. — Te abandonaste en mis brazos, y en tu seno reposé mi cabeza.

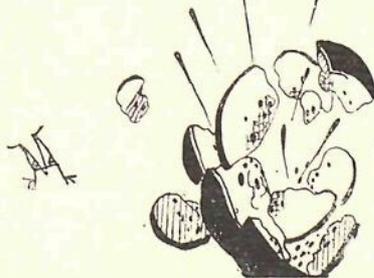
3. — Desde aquel momento en que te creí mía, luché, pasando fatigas sin cuento por elevarte.



4. — Y cuando mis ojos te contemplaban ya mía...



5. — ... una caída tuya, aun más horrible que las anteriores, ¿te acuerdas?, te separó de mí irremediablemente.



Dib. MAR-HER. — Logroño.

LA FUNCIÓN CREA EL ÓRGANO

En un cuento de niños que escribí hace tiempo, pintaba como hadas madrinas de la nueva jovencita favorecida por las hadas, no ya aquellas hadas que se habían quedado monstruosas por dedicarse al hilado, sino otras hadas a las que había hecho monstruosas la máquina de coser y otros tormentos de la vida moderna. Hoy amplío y hago gráfico aquel concepto, que resultó entonces demasiado vago, por someterme al estilo de los cuentos de hadas.

«La función crea el órgano», dice ya un viejo adagio científico, y este axioma de prosa de ladrillo es lo que pruebo con mi información.

Presento algunos casos recogidos por mí en las grandes urbes de la civilización.

Ese pobre hombre tímido, que es al que le toca siempre ir colgado dentro del tranvía, pues ni le dejan estar siquiera en las plataformas, echa esos brazos interminables, pues, como es natural, comparte el trabajo del derecho con el del izquierdo. Si bien desapareció la necesidad de andar por los árbo-



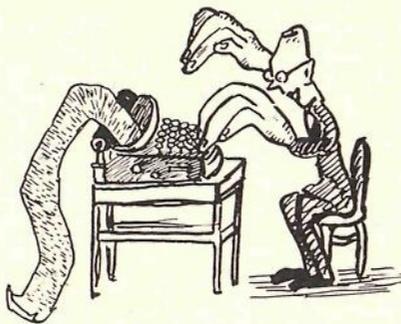
les, y gracias a eso el hombre evolucionó y perdió la largura de sus brazos, esta necesidad de ir sostenido en vilo en los tranvías vuelve a crear la desproporción de los brazos.

Ese pobre telefonista, siempre pegado al cuadro telefónico y con la diadema telefónica puesta en la cabeza, sin dejarlo, sufre esa protuberancia de las orejas, magníficas orejas como las que cuelgan de las clases de vaciado, inmensas orejas capaces de oír lo más mínimo.

Esos pobres telefonistas, con más de treinta y tantos años de servicio consecutivo, oyen hasta seis comunicaciones al mismo tiempo; pero les tienen que

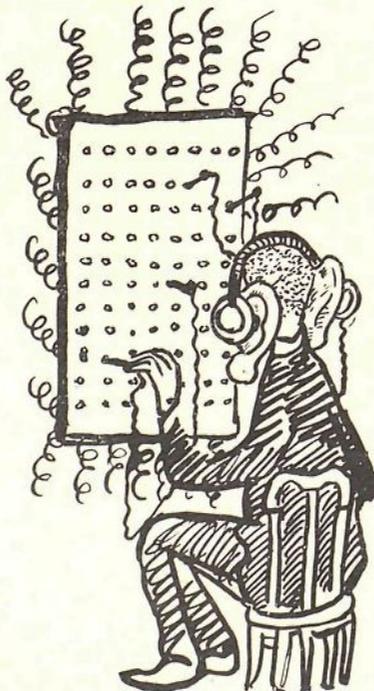
sondar muchas veces las orejas para extraerles los cuantiosos logaritmos de las comunicaciones y los ¡Central! o los ¡Aló! correspondientes.

Esos mecanógrafos que hacen picadi-



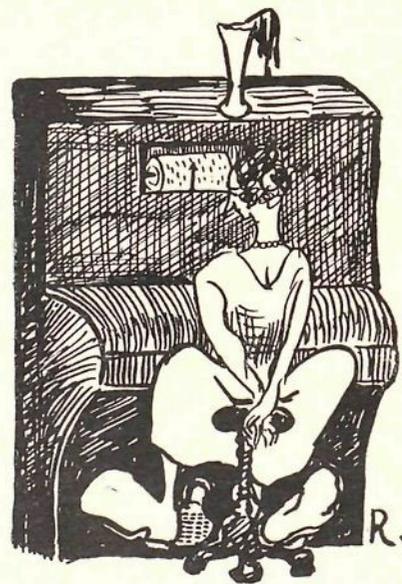
llo el silencio, dale que le das a sus máquinas de escribir, llegan a conseguir en las oficinas particulares y en los Bancos — nunca en las oficinas del Estado — las enormes manazas de los que padecen adromegalia. Esos hombres que todo lo quieren ver demasiado cerca y emplean toda clase de lentes y gemelos para conseguirlo, adquieren unos ojos espantosos, preparándose un porvenir de hombres con ojos como huevos de avestruz.

Por fin, la pianola causa una deformación y tumefacción atroz en los pies a esa señorita que toca delante de todo el mundo para lucir su espantosa habilidad, y sorprende a todas las visitas con la maravilla de ese rollo de papel



para los vasares de las cocinas o para empapelar. Estas nuevas funciones creadas por la vida moderna traerán una humanidad completamente distinta y monstruosa. En las hipótesis que la ciencia suele lanzar sobre estas deformaciones, está ya previsto que los vegetarianos llegarán a tener panzas mayores que las de las vacas; que los futbolistas tendrán unas rodillas del tamaño de las tumefacciones de los árboles monstruosos, y piernas largas, larguísimas, con pies de elefante, dotados de callosidades tan oportunas, que no necesitarán comprar botas de *foot-ball*; y que a los que van mucho en motocicleta se les atrofiarán las piernas..., etc., etc.

Muchas transformaciones se operaron en la Humanidad de acuerdo con esa ley; pero a veces es injusta e ilógica en sus consecuencias, y, por ejemplo, al que casi no come no le acaba de desaparecer el estómago, y al que no piensa en nada no le desaparece la cabeza, pues estando comprobado que desde hace varias generaciones hay quien no come y



quien no piensa, no se han visto atrofiados los órganos inútiles en esas gentes.

La Medicina debía ponerse de acuerdo con las monstruosidades e insistencias de la vida moderna, y tratar de corregir esas posibles exageraciones de la Naturaleza, previéndolas; y así, debía haber píldoras para el mecanógrafo impenitente y unos sellos previsoros para los que tocan insistentemente la pianola. Si la Medicina y la botica no se ponen de acuerdo contra esas deformaciones, ¡lo que vamos a ver!...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.

La rumba de la "Chelito"

«No dejéis de acudir a Maravillas, que *Chelito* está eminentísima en su nuevo y blanco repertorio para señoras.»

Así rezaba un reclamo de contaduría, que todos habréis leído en los diarios.

¡*Chelito* en su nuevo repertorio blanco... ¡A cuántos habrá extrañado este cambio de colores!... ¡Del verde al blanco, pasando por el lila!...

Hay — como sabéis —, por obra y gracia de los comerciantes, un color al que llaman *bes*. Y hay un color, el verde rumba, por obra y gracia de la belleza y de la picardía de *Chelito*.

Si en la gama de los rojos da el si natural el rojo cereza, en la escala de los verdes, el verde más rabioso, el que daba el *si sobreagudo*, es el verde rumba, aquel verde que enardecía

«... Desde el más casto mancebo al más viejo pirandón...»

Por esto es por lo que hemos pensado en la extrañeza de las gentes al saber que *Chelito* renunciaba a su pasado.

¡*Chelito* dejando de ser *Chelito*! ¡Qué decepción!

Los hombres, cuando llegan a cierta edad, se hacen conservadores; las mujeres substituyen, un poco tarde siempre, el amor de los hombres por el amor a Dios... Pero *Chelito* no debe, no puede abandonar el mundo..., el mundo frívolo y rumbístico, en que ella es Sol. Diremos más: *Chelito* no puede cambiar de repertorio, porque ahora es precisamente cuando *Chelito* está más guapa, más mujer, más... — ¿cómo lo diremos? —, más rumbera.

El gran Campúa nos ha catequetizado a *Chelito*, a nuestra *Chelito*, para llevársela a su campo (entiéndase teatro); ha sido una captación.

¡¡Qué pena! ¡*Chelito* entregando su ejecutoria (léase repertorio), a las señoras! ¡Estamos en el momento de las renunciaciones!

Unamuno, gracias a una travesura de Romanones, entrega su pasado (léase el depósito de artículos contra El) al humorista mayor del reino

¡*Chelito* pone azahar a sus canciones!...

«... Ya ni en la paz de los sepulcros creo.»

A pesar de nuestro excepticismo, volvamos a ocuparnos de *Chelito*. Ella podrá haberse arrepentido de su anterior actuación; ella podrá sentir un leve remordimiento por haber enloquecido a tanto muchacho, a tanto hombre de la edad media (queremos decir de veinte a sesenta años), a tanto señor de edad; pero que quiera o que no quiera, que agrade o que disguste a D.^ª Antonia, ella es, ha sido y será... ¡¡la encarnación de la rumba!!

Así como Lima es el punto geográfico que indica la mayor distancia para un español, *Chelito* es la viva representación de la rumba.



Dib URIBE. — Madrid.

— ¡Todavía lo que nos falta!... ¡Qué bien me vendría la ayuda de un burro!
— ¡Pero, tonta, apóyate en mí!...

Chelito pasará a la Historia; a *Chelito* la citarán las antologías; *Chelito* será inmortal por la rumba, no por el repertorio blanco, cual peladilla alevé. Por la rumba, sí; por aquella rumba del eminentísimo Quinito...:

«... que el coquito que yo vendo...»

¿Os acordáis?

Chelito ha movido la rumba millares y millares de veces. *Chelito* ha popularizado su rumba

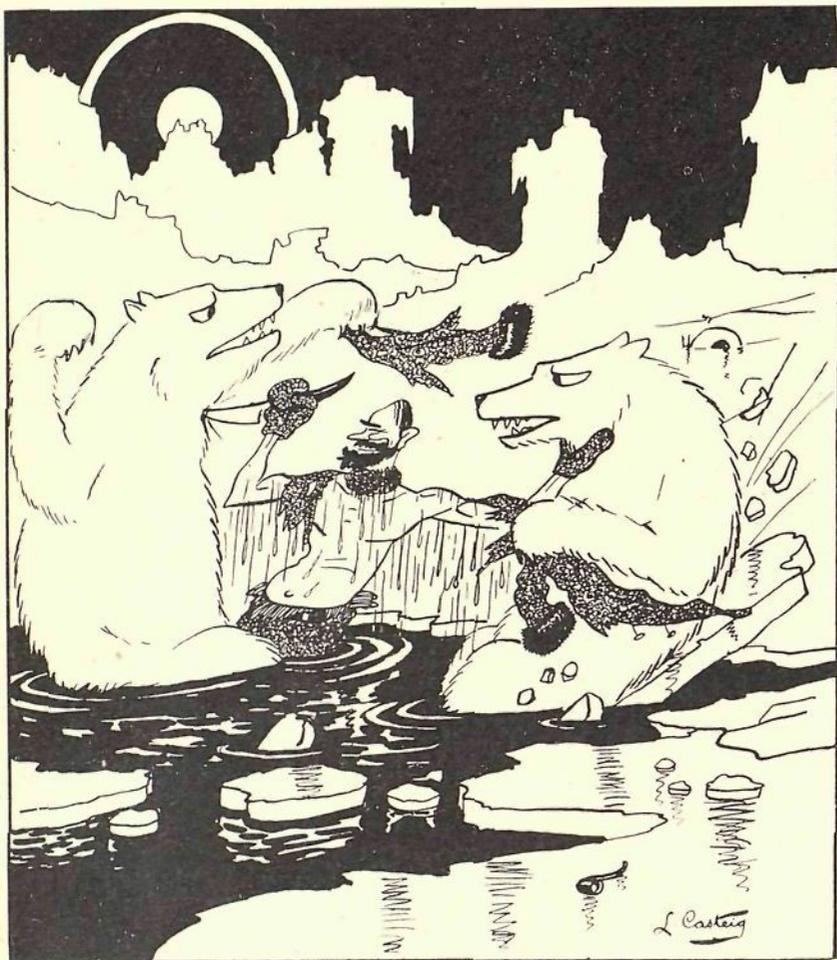
«... desde el helado hasta el ardiente Polo».

Chelito fué quien por vez primera bailó la rumba mirando al foro. *Chelito* no

puede abandonar su género, no debe desertar de su campo, no debe privarnos del verde rumba de su invención. Si deserta, habrá que fusilarla; pero poco a poco y entre todos sus admiradores, que son millares, y millares, y millares...

Los admiradores de *Chelito*, el último año de Chantecler, pasaban, según los datos del censo elaborado por Alvarito Retana, de cinco millones de españoles.

¡Y pensar que ha podido perder *Chelito* esos cinco millones por conquistar a las señoras en Maravillas con un repertorio blanco!... Pero no; no ha perdido, no; *Chelito* volverá a la razón



ENTRE LOS HIELOS

Dib. CASTEIG. — Alicante.

UNO DE LOS OSOS. — ¡Oye, tú, que este tío nos mata!... ¡Con qué tranquilidad nos acomete!...

EL OTRO OSO. — ¡Ya, ya!... ¡Se necesita sangre fría!...

en cuanto la terminen su teatro: Chantecler.

¿Quién ha olvidado el Cabaret del Amor? ¿Quién no recuerda las *matchchas* de abrigo por *Divoletta* y *Agua Plateada*?

¿Y los títulos de aquellos entremeses escritos por *Chelito*? Esto no puede desaparecer; sin embargo, tenemos miedo... ¡Después de lo que ha hecho don Miguel..., en vísperas de que D. Alejandro *salga tan Alejandro* como entró, creemos que es el momento de salvar los principios!... Perezca todo menos la rumba.

Dejemos, para solaz de generaciones venideras, estereotipada la rumba de *Chelito*.

Que nuestros nietos puedan aprender aquella letra inmortal que dice:

«A La Habana ba Conchita,
a La Habana bana cubanita,
que el coquito que yo vendo
es más durse que la mié.
¡Ah, ah, ah! (Baile.)

Arsa colúmpiate, recocó Mambrú,
arenillé, aré,
arenillé, aré,
arenillé...

¡Ay, arsa chirumbal!
Y arsa, báilate la rumba,
y zúmbale que tumba
de pla-sé.
Ay, zúmbale!...

Después de transcrita la letra de la rumba, nos *acomete* una duda. ¿Entenderán nuestros nietos tan ingeniosas ironías, tan sutiles humorismos?

«Arenillé, aré,
arenillé...»

Después de meditarlo mucho ha venido a nos la luz de la razón, y hemos sentido la necesidad de hacer — como hizo el inmortal Gayangos para leer los manuscritos del siglo XV — un glosario que auxilie a quienes dentro de unos siglos no *le saquen substancia* a

«¡Ay, arsa chirumbal!...»

Y podéis creernos, hemos acometido tan penosa, ardua, difícil empresa, pues-

ta la fe en Dios y los cinco sentidos en el glosario, y no damos con el verdadero significado de

«... recocó Mambrú...»

¡Cuánto sentimos no ser amigos de Menéndez Pidal o de Bonilla Sanmartín, para rogarles, en nombre de la cultura patria, que *nos echaran una mano*. Si estos dos eminentísimos eruditos no nos auxilian, nos vamos *a ver negros*; ahora, que formalmente os prometemos dos cosas: una, la más principal, lograr de *Chelito* que siga en lo suyo por los años de los años, amén; otra, no dormir sobre lana ni comer a manteles *tan* y *mientras* no averigüemos qué significa lisa y llanamente

«¡... chirumba,
y zúmbale que tumba
de pla-sé,
arenillé, aré!...»

En cuanto que lo averigüemos, lo sabréis vosotros; en el entretanto, echad cuantas recomendaciones podáis para convencer a *Chelito* de que abandone el repertorio blanco por el verde rumba; pero cuanto más verde, más rumba, y cuanto más rumba, más verde...

TORRES-ASENJO

LOS RAFLES DE BLUSA

Apropósito representado con gran éxito
en la Imprenta Alemana la tarde del sábado
23 de septiembre de 1922.

PERSONAJES. — UN CAJERO con toda la barba.
CUATRO VISITANTES (los cuatro de blusa).

ACTO ÚNICO. — ESCENA ÚNICA

*Pagaduría de la Imprenta Alemana.
Son las tres de la tarde del día de Santa Nómima.*

CAJERO (*distribuyendo el dinero de la Caja en las lindas cajitas en que se entrega a los cajistas*). — Seis por ocho cuarenta y ocho... Seis por nueve, cincuenta y cuatro... Seis por nueve...

VISITANTE 1.º (*seguido de los otros tres*). — ¡Hay permiso?...

CAJERO. — ¡Adelante!

VISITANTE 1.º (*avanzando pistola en mano*). — ¡Ni un movimiento ni un grito, si le desagrada a usted los ruidos fuertes! ¡Hágame el favor de ocupar su asiento!

CAJERO. — ¡Pero...!

VISITANTE 1.º — ¡Hágame el favor de ocupar su asiento! ¡Nada de cumplidos! Nosotros nos vamos a ir escape...

VISITANTE 2.º (*acercándose sonriente*). — Caballero, mucho me duele tener que molestarle; pero necesitamos, como usted comprenderá, ciertas garantías para entregarnos a nuestro trabajo. Otras personas menos escrupulosas y menos de su siglo se habrían

traído un ramal de cañamo para amarrrarle a usted. Nosotros repugnamos el empleo de tales procedimientos, propios tan sólo de países no incorporados a la civilización o de tiempos bárbaros. Nosotros, hombres conscientes y penetrados de los deberes que nuestra época nos impone, no nos producimos sino teniendo muy presentes los respetos debidos a la opinión, que ha de juzgarnos antes que el juez, por cima del juez y aun contra el juez, y para la [cual casi exclusivamente trabajamos en multitud de ocasiones. Indudablemente, caballero — según mi humilde parecer —, es la crítica, más aún que la propia experiencia de los profesionales y las enseñanzas de los autores mimodramáticos y demás *sherlock-holmizantes*, quien ha hecho llegar este nuestro arte al alto grado de progreso en que hoy lo vemos. ¿Qué compromiso mío del antiguo régimen se desposeería, como yo lo hago, para maniatarle a usted de este primoroso cordón de seda, que ha venido ceñiendo el talle hasta hace muy poco de la más gentil de las novias?... Caballero, permítame que lo espose. Si manos blancas no ofenden, yo me aventuro a dar por cierto que ceñidores de jersey no lastiman.

(Durante la parrafada del visitante 2.º, el visitante 3.º ha cortado los hilos del teléfono, cerrado la puerta de comunicación con el despacho donde se confecciona BUEN HUMOR y puésetose de centinela junto a la entrada. El visitante 1.º ha permanecido, pistola en mano, amenazando al cajero con la cesantía como ser viviente. El visitante 4.º está procediendo al conienzudo copo de las cajas.)

VISITANTE 1.º (a su cañonado). — Este reloj, ¿es de usted?

CAJERO (subyugado por tanta amabilidad). — De ustedes y mío.

VISITANTE 1.º — ¿Y estas tres pesetas?

CAJERO. — También.

VISITANTE 1.º — Que sea por muchos años. Nosotros no pensamos robar al pobre mientras no seamos ricos. Guárdelas cuando lo desaten.

CAJERO. — ¡Mil gracias!

VISITANTE 1.º — ¡No hay de qué!...

VISITANTE 2.º (viendo sobre el escritorio un ejemplar de BUEN HUMOR). — ¿Es este BUEN HUMOR el número de mañana?

CAJERO. — Sí, señor; el mismo.

VISITANTE 2.º — Con su permiso, voy a llevármelo. Aquí tiene usted los cuarenta céntimos.

CAJERO. — ¡Oh, muchas gracias!

VISITANTE 2.º — De nada. ¡Al César lo que es del César, qué demonio!

VISITANTE 4.º — Está hecho el arqueo. Saldo a nuestro favor, unas 3.000 pesetas. Cuando queráis dejamos de molestar a este señor.

VISITANTE 1.º — Un momento. No hemos presentado nuestras excusas. Caballero... Nos contrariaría mucho que usted juzgase nuestra conducta de un

modo calumniosamente erróneo. Los tiempos, como usted sabe, están malos. Todo cuesta un sentido, y el trabajador, desgraciadamente, no siempre puede trabajar, suponiendo que tenga ganas de ello. Hay, pues, que ingeniárselas, e incluso a veces saltarse a la torera algún artículo de este o el otro Código. Afectados por la actual crisis económica, nos resolvimos a proponer a ustedes, mejor dicho, a dar por supuesto que no habrían ustedes de oponerse a la realización de este negocio. Se trata, como creemos ha de alcanzarse, de un gran negocio de publicidad para esta casa, en cuyo servicio — usted lo ha visto — no hemos tenido inconveniente alguno en arriesgar nuestra libertad y aun nuestra pelleja, lo que entendemos nos da cierto derecho a cobrar por adelantado. Dentro de unas horas, todos los periódicos de Madrid, la mayor parte de los de provincias y no escaso número de los del extranjero hablarán de esta casa. El ubicuo Alfonso — cuya llegada siento de veras no poder esperar aquí — vendrá con sus máquinas para inmortalizarlos a ustedes por un par de semanas. En los cafés, en los tranvías, donde quiera que se reúnan dos personas, no se hablará sino de ustedes. Todo Madrid desfilará por este despacho para felicitarles, y tendrán que habilitar un pabellón nuevo para el almacenaje de los encargos... Pues bien: este reclamo enor-

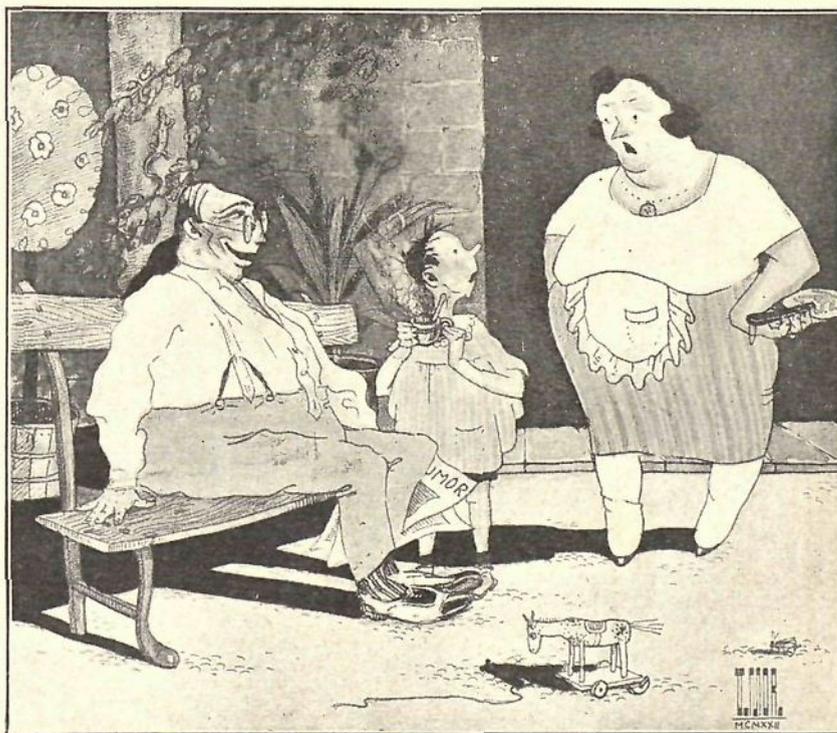
me, cuya organización representa un desembolso que capitalizo en no menos de 100.000 duros, le cuesta a la casa, gracias a nuestros buenos oficios, unas 3.000 pesetas, esto es, la cientosentaisaisava parte tan sólo. Y ¡cuente usted luego los beneficios proporcionales a semejante operación de propaganda!... ¡En fin, un negocio loco, señor mío; lo que se dice un negocio loco! Dé usted a sus jefes nuestra más franca y cordial enhorabuena.

»En cuanto a usted, caballero — a quien he tenido mucho gusto en conocer —, le pedimos mil perdones por las molestias que nos hemos visto obligados a ocasionarle, y esperamos haga constar en sus declaraciones la exquisita corrección de nuestra conducta.

(El visitante 2.º aplica al cajero una mascarilla de cierta substancia picea, deshaciéndose en excusas, naturalmente, por tal atentado contra el sistema piloso facial de quien lo ostenta poderoso como el de un soberano asirio. Después, visitante 1.º, visitante 2.º, visitante 3.º y visitante 4.º encienden un pitillo tranquilamente, dejan otro al cajero encima del escritorio y, sonando la plata, salen, sin olvidar su BUEN HUMOR, camino del Bar Alegria.)

TELÓN

MANUEL GALÁN.



Dib. U. MOR. — Sevilla.

— ¿Qué haces aquí, Ambrosin? ¿No te tengo dicho que no debes tomar el relente?

— Si no es relente, mamá; es café.

PROGRAMAS

CONSUELO HIDALGO
PASÓ EL RUBICÓN

Detrás de mí se hallaba el general Luque, con su cara de rabino. Cuando apareció Luisa Vila en calidad de morfomana, se oyó al ex ministro que decía entusiasmado:

— ¡Esta mujer es muy trágica!

Sí, excelentísimo señor. Las cosas de nuestro país. Se dan cupletistas de tragedia y caudillos de sainete...

Ya no habló más el honorable prócer. Todo el tiempo que Consuelo Hidalgo permaneció en escena, guardó D. Agustín un silencio absoluto. No se dignó hacer declaraciones, como en crisis ya legendarias y que le tocaban de cerca. Reconcentró, según observé ladeándome un poco, su atención en la mirada: una mirada que casi equivalía al tacto, como la de los viejos que sorprendieron en el baño a la casta Susana, la cual se estreñeció antes de descubrir a sus tortuosos pretendientes.

Consuelo Hidalgo también palpitaba, aunque no como la bañista. Sus rezoos sacudíanle sus carnes sonrosadas y mantecosas en ondas enlazadas unas con otras y que terminaban con un bailoteo de su papada. Es decir, aun queda un temblor característico: el de su voz. Viendo y escuchando alternativamente a la famosa *divette*, creemos asistir a los juegos de una pastora radiante de salud con un corderito llorón.

Llega la tiple de opereta a las *variétés* sin olvidar su origen. Nace de un truco, guardando así fidelidad a su antiguo empresario, especialista en sorpresas y mecánicas. Y eligió con tino. Porque en su resurrección parla como el Comendador en el acto del cementerio.

Blanca y sombreada la figura en la pantalla cinematográfica, y moviéndose a compás de las palabras, semeja una escultura animada por milagro pigmaliónico. Y completan la impresión estatuaría las bellas formas de la bella.

Decorado de tisú. ¡Lástima que la ineficacia de las luces escénicas, y tal vez la falta de un valor complementario que realce el de la fabulosa tela, truequen tanto esplendor en un inmenso papel plateado de envolver chocolate! De cualquier modo, anonada el cálculo de los miles que ha debido de costar el telón. Si los áureos caballos del Banco de Bilbao, esas cuadrigas que brillan como grandes ramos de limones en el azul de la calle de Alcalá, terminaran en la plaza de toros, la harpillera sería substituída con retazos de la cortina a que nos referimos.

Un descuido de la ar-

tista. Exhibe varios trajes en que domina la misma trama de seda y de hilos argénteos. Acaso la abundancia ya empalaga, y desde luego produce una desilusión financiera. Del asombro se pasa a la sospecha de si Consuelito tropezó con un saldo del tejido en que los duros se transforman en claro de luna. De nada demasiado, aconsejan los ingleses, y uno apagó la lámpara que iluminaba su coloquio con una *girl*, porque evidentemente resulta excesivo en un dúo el tercer personaje...

Y a propósito de trapos. Un vestido no es un plato de pipirrana, ensaladilla andaluza, la variedad más indigesta del gazpacho. En la mayoría de los modelos teatrales, todos procedentes de París, como los chicos, sobran colorines y abalorios. Quizás sea ello consecuencia de la pasión de cupletistas y bailarinas por los perros rizados y con grandes la-

palomo; los arrullos de la garganta armonizan con el tornasol no menos insinuante... Algunas mujeres de farándula limitanse a copiar al águila disecada que alumbra los despachos con una bombilla en sus garras. Así refulgen en sus manos las joyas.

... Callemos. Se ha incorporado y tose para manifestarse mi ilustre vecino, don Agustín Luque. Oigamos al simpático ancianito. A lo mejor, una frase suya sintetiza el acontecimiento de que la señorita Hidalgo haya desertado del Reina Victoria. Exclama convencido y convenciéndonos:

— Es una artista... Trabaje en la opereta o en el cuplé, ¿qué más da?

En efecto, mi general, ¿qué más da?

YA HAN DADO CUERDA
OTRA VEZ...

Ya han dado cuerda otra vez a la *Argentinita*, bonito juguete mecánico que baila, canta, declama, diserta, fregolitea, parodia... y dice papá.

Las madres de familia sonríen complacidas por la reaparición de la diabólica criatura. Todo les satisface en ella. Su economía doméstica, proyectada en las tablas, y que la llevó a imitar con algodón el damasco en su decorado y al uso de medias reforzadas con hilo hasta la mitad del pie, y su repertorio, que podíamos calificar de adornos sociales de una soltera antiguo régimen.

La única inquietud que produce no llega a realizar su amenaza. Debido a que las piernas de la alada bailarina están un poco curvadas, preocupa el temor de que choquen entre sí los zapatos, siempre con la punta hacia dentro. Pero nadie ignora que jamás tuvo un tropiezo la *Argentinita*... Merece, sin duda, ese laurel dorado que envuelve su nombre en el telón, guirnalda digna de los repartos de premios en los colegios monjiles...

Y, en efecto, parece Encarnación López una auténtica Srta. López, cuyas amistades se lamentan de que no se dedique de lleno al teatro. Ni más ni menos que nosotros — también amigos suyos —. Porque trabaja con una terrible reserva del espíritu, maquinalmente.

Lo que un pisito con termo a El Escorial, una gabardina a un gabán de pieles, la lotería de cartones a la ruleta, una caja registradora al Banco de España, lo que el diminutivo al superlativo: así es la proporción entre la *Argentinita*, la Imperio y la *Argentina*, en el baile, y Pilar Alonso y Raquel, en el cuplé.

La *Argentinita* cambió su onza en relucientes monedas de dos reales.

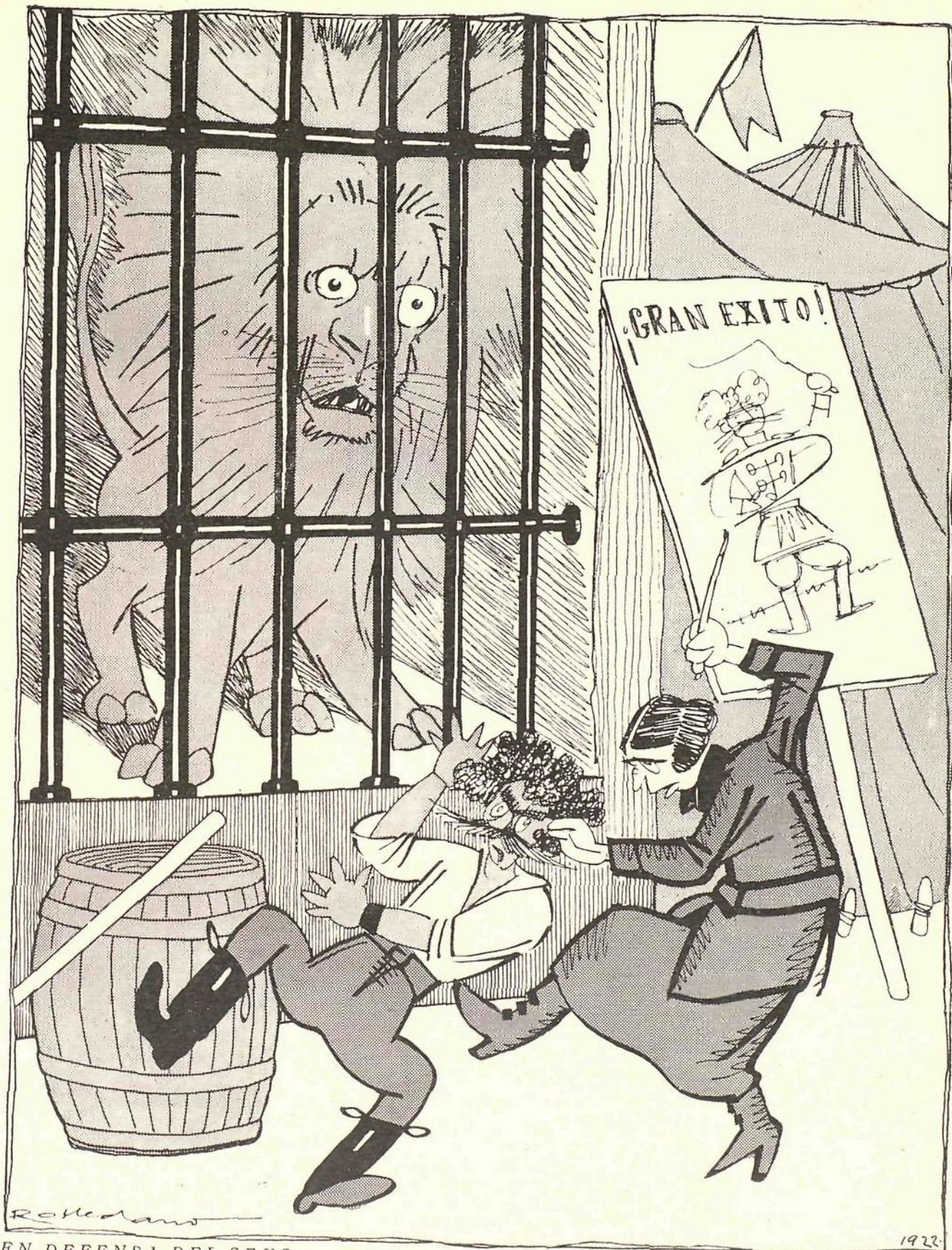
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

Dibujo de Cabanes.



zos, y con tirantes de cascabeles. Acabaron imitando a sus ídolos.

¡Cuánto mejor si se aficionasen a los pájaros!... Desde el gorrión con su trajecito sastre, a los pavos reales con su gala de un shah, no cesa el averío de modelar con plumas — plumas de confusión en almohadas y entre modistos — y de matizar con tal sutileza que irisa el cuello del



EN DEFENSA DEL SEXO

EL LEÓN. — ¡Tanto presumir conmigo delante de la gente, y ahora resulta que te dejas pegar por la señora!... ¡A la noche la diñas, monsieur Baldomero!...

Dib. ROBLDANO. — Madrid.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

HENNEQUIN A TODO PASTO

Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores que los comediógrafos españoles, en un movimiento unánime de protesta contra la invasión de los autores extranjeros en los escenarios madrileños, han acordado declararse en huelga general. El hecho, por la grave importancia que tiene y por el secreto con que la resolución radicalísima ha sido adoptada, merece la atención de todo el mundo, y nosotros, atentos siempre a la actualidad teatral, no podemos pasarlo en silencio.

¿Qué va a ocurrir en los teatros? El problema es gravísimo. La lucha sorda entablada por los autores tendrá den-

tro de poco gravísimas consecuencias. Por lo pronto, los empresarios insisten en dar al público traducciones a todo pasto.

La semana pasada, en tres importantes coliseos se registraron otras tantas novedades: *El ministro Giroflan*, en el Reina Victoria; *La Presidenta*, en el Olimpia, y *El paraíso cerrado*, en el Infanta Isabel. O, lo que es lo mismo, dos *vaudevilles* traducidos al castellano — puesto que los dos primeros, para mayor escarnio, son la misma obra con distinto título —, y ambos — o los tres — del escritor francés Sr. Hennequin.

Como el lector podrá apreciar, la cosa es grave: un caballero extraño se apodera de golpe de nuestros principales escenarios, estrenando a un mismo tiempo en tres de ellos. De fuera ha venido quien de casa nos expulsa.

Ignoramos hasta ahora cuál sea la réplica de los autores españoles.

BUEN HUMOR

Después de escrito todo lo anterior, nos manifiestan que es totalmente inexacta la información que antecede, y nos ruegan que la rectifiquemos.

No hay inconveniente por nuestra parte. Mejor informados, podemos asegurar que no existe tal huelga de autores. Parece que lo que existe es una huelga de cerebros: que no es lo mismo.

Los autores españoles se consideran incompetentes para escribir comedias, y dejan libre el campo a Hennequin y demás eminencias de allende la frontera.



Y... ahora nos explicamos la causa de que en los restantes teatros de Madrid, aparte de los ya citados, se represente el género de *importación*. Al publicar las aclaraciones anteriores retiramos las protestas que en varias ocasiones hemos lanzado desde estas columnas contra el abuso de las obras adaptadas.

Es de justicia rectificar. No son los autores indígenas los atropellados: es que los autores extranjeros tratan de impedir la ruina total del teatro español.

Conste así, para la mayor gloria de todos ellos.

GATO POR LIEBRE

Nos ha defraudado. Nosotros, a pesar de lo que había dicho la Sra. Jordí, teníamos noticias de que pensaba representar el *vaudeville* con todo lujo de detalles y toda clase de *déshabillés* tentadoras. Y resulta que en el Olimpia no hay nada tentador, como no sea el sombrero de copa del Sr. García y la caracterización de los otros actores que toman parte en el primer acto. Con todo género de precauciones sea dicho, invitan a la ofensiva con hortalizas.

También son tentadoras unas señoritas que hacen el oficio de los acomodadores, y que obstentan un lazo rojo sobre el pecho, para que el público se fije allí mismo con insistencia.

Lo demás es de una ingenuidad y de una sencillez y encanto honestos que alejan toda idea pecaminosa, incluyendo, naturalmente, a las actrices.

Es el pastel de liebre sin liebre. Nos han dado gato por conejo...

¡Y, francamente, ir a un espectáculo para que nos hurten de mal modo eso, que es lo único que nos interesa ver!...

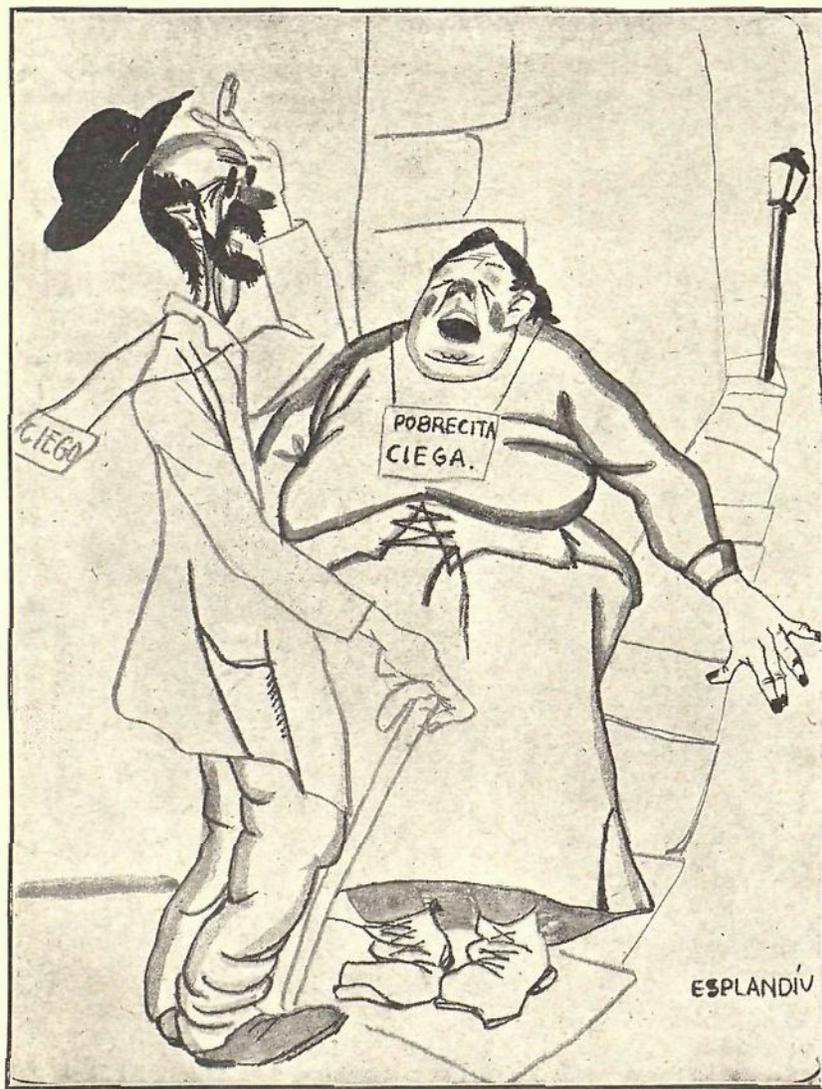
¡LIEBRE!

En cambio, en donde podrán ustedes saborear la liebre a su placer es en el Reina Victoria. ¡Oh, la Srta. Torres, opulenta y desvestida! ¡Oh, esa camisa corta que deja ver hasta lo más ebúrneo de tan bella actriz!

Pero no. Dejemos esto, y no nos metamos en camisa de once varas.

Y quien dice once varas, dice apenas diez centímetros...

JOSÉ L. MAYRAL.



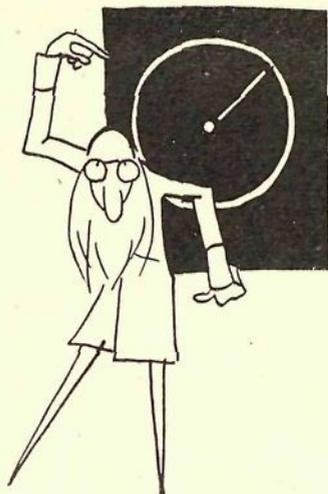
— ¡Pero hombre!... ¿Está usted ciego?...
— Y usted, señora, ¿adónde va mirando?

Dib. ESPLANDÚ. — Madrid.

SÍMBOLOS UNIVERSALES

EL HUEVO

SU EVOLUCIÓN Y OVULACIÓN



Don Sirio Aldebarán y Casiopea es un teósofo eminente. Don Sirio Aldebarán ha dado una conferencia para demostrar por teosofía que el huevo es un símbolo, que todo depende del huevo, y que el progreso de los pueblos, lo mismo que el de los pobladores que los integran, es una cuestión meramente ovuloide. «Si la generación — viene a decir don Sirio — proviene del huevo, la regeneración, no digamos.»

— Vamos a estudiar, señores — dijo en su notable conferencia —, tres figuras geométricas: el círculo, la elipse y el óvalo, símbolos respectivos de Dios, del mundo y del hombre.

«Observen el círculo. ¡Ah, señores!...

«El círculo es el símbolo de la Divinidad. Hay círculos que son realmente una divinidad... La Divinidad es intangible; hay círculos que son intangibles: existen y persisten por derecho divino y por la constitución a un tiempo mismo; por la constitución de su propia figura geométrica.

«Dios es perfecto; el círculo también. A un círculo no se le puede añadir ni quitar nada. A un triángulo podréis hacerlo más alto o más bajo; a un círculo no le podréis hacer ni más ni menos círculo. Tiene siempre — como ciertas divinidades terrestres, que por eso lo son — una redondez insuperable.

«Dios está constituido por la Trinidad que todos conocemos; el círculo, lo mismo; debe su existencia a tres elementos generadores: un punto que sirve de centro (y que simboliza la unidad y la puntualidad de toda ley divina); una recta que sirve de radio (y que simboliza la rectitud, principio generador del mundo moral), y el movimiento de ese radio tomando el centro como apoyo (que simboliza la radiactividad, la centro-radiactividad, principio generador del mundo físico).

«Dios se mueve y se está quieto; el

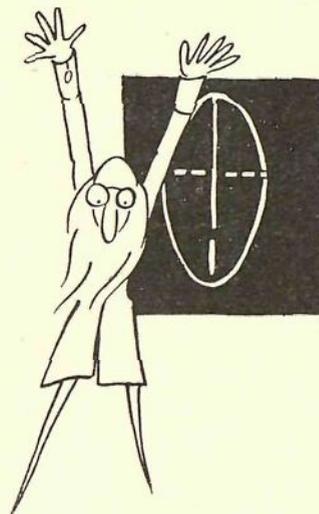
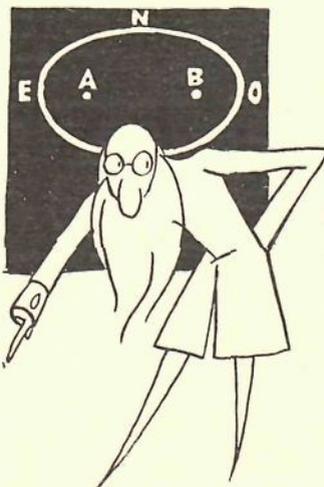
círculo también. Cuando un círculo gira, tomando el centro como apoyo, el centro, sin embargo, se está quieto. Esta ley es tan cierta, señores, para el círculo euclidiano, o de dos dimensiones, como para esos otros Círculos de tres dimensiones o más, que se llaman vulgarmente Círculo Asturiano, de Bellas Artes, Mercantil, etc., etc. Cuando los puntos de estos Círculos o Centros se entregan al movimiento giratorio, en esos simulacros astronómicos que se llaman *soirées*, los Centros respectivos no se mueven. De ahí los vocablos geométricos con que se los designa, tanto al Círculo continente, como a los puntos contenidos — más o menos contenidos.



«Contemplan ahora la elipse, señoras y señores: ¡la elipse..., símbolo del mundo!...

«Del círculo nace la elipse, como el mundo de Dios. ¿De qué nace, señores, el mundo físico, llamado también globo terráqueo? De una revolución: la revolución de la elipse alrededor de su eje más pequeño. Esta revolución es un símbolo de aquella otra revolución de los ángeles rebeldes, que ustedes habrán oído nombrar. El ángel creado por Dios quiso ser tanto como Dios, y éste le castigó a ser un dios... venido a menos. A poco que se fijen verán ustedes que eso, ni más ni menos, es, precisamente, la elipse: un círculo, una divinidad deprimida por la derrota de su orgullo. Quiso un circulillo cualquiera rebelarse contra el círculo, y éste, de un puñetazo, le aplastó. Por eso el mundo es siempre mucho más romo de lo que quisiera; y por muchas vueltas que le dé y muchas revoluciones que lleve a cabo, nunca le sale nada verdaderamente redondo.

«Bastaría lo dicho para demostrar



nuestro aserto; pero hay más. El mundo está a merced de dos poderes: el de Dios, por un lado, y el del diablo, por otro. En la elipse encontramos el símbolo de esto de un modo clarísimo: la elipse tiene dos focos; de los focos nace la luz, como todos sabemos, y la luz, como también sabemos, fué creada por Dios al crear el mundo, y por eso la luz representa el progreso. Pero, ahora bien: los focos de la elipse son dos; la elipse tiene dos centros en vez de uno; y si bien por el hecho de ser focos traen la luz, por el hecho de ser dos traen la doblez, y, por consecuencia, la doblez, que es el mal, enemigo de la luz, poder de las tinieblas. La doblez es un pecado, porque todo lo doble es malo; hasta un hecho tan insignificante, al parecer, como éste de que tenga la elipse centro doble, trae todos los sinsabores y disturbios: los que están en el centro A se sienten fuera de su centro, porque se figuran que el otro centro es el verdadero y se pasa mejor que en el suyo. (De ahí la envidia, la rivalidad, la competencia, la discordia.) Los del centro B se engrían ante la admiración de los de enfrente, y empiezan a presumir como si fueran mejores, en efecto. (De ahí la presunción, la vanidad, el orgullo satánico.)

«Todo en el mundo es doble, señoras y señores: bien y mal, luz y sombras, toma y daca, derechas e izquierdas, vida y muerte. En cuanto, en vez de un centro, hubo dos, nació el pecado original, conocido por matrimonio, origen, como ustedes saben muy bien, señoras y señores, de todos los sudores de este mundo, y consistente, como supongo que también sabrán ustedes, en que dos quisieron ser uno. Si alguien pusiera en duda lo que digo, no tiene más que recordar que la manzana es el símbolo de esta unión famosa, y que a la manzana se le llama también *manzana de la discordia*.

«Pero esto - dice don Sirio - merece otro capítulo. Dios llamó a capítulo a la pareja momentos después del acontecimiento, queriendo significar con ello que el asunto merecía capítulo aparte.



«Vamos ahora, señores, a estudiar el huevo.

«De la elipse nace el óvalo, que es el tercer grado de imperfección perfecta; lo mismo nace del mundo Adán, o sea el hombre. La cara del hombre, espejo de su alma, es ovalada. Trazad en la elipse los dos ejes, y ¿qué tendréis? Los cuatro puntos cardinales, o bien, el ecuador y el eje de la Tierra, alusiones al globo terráqueo; pero trazad los dos ejes del óvalo, y tendréis la cara del hombre. Eje vertical, nariz y boca; eje horizontal, los ojos. Parte superior, frente y cerebro, región de lo que entra por los ojos y se va para arriba; parte inferior, región de lo que entra por la boca y se va para abajo.

«El óvalo es el óvulo; el óvulo es el huevo. La generación de todo ser que vive proviene del ovo: del óvulo o del huevo. La regeneración, igualmente. No

tenéis, para convencerlos, más que coger el huevo más universal y conocido: el de gallina. Del huevo nace el Papa-Rey: el Gallo, y el gallo es el símbolo del progreso, porque anuncia la luz, la luz del nuevo día.

«¿Hay algún otro huevo simbólico en la Historia? El de Colón. ¿Qué simboliza el huevo de Colón? Nada menos que el descubrimiento de todo el Nuevo Mundo. Y ¿qué hizo Colón? Pues, sencillamente, poner el huevo encima de la mesa él solito. Esto parecía muy sencillo; pero no había servido para hacerlo ninguno de los comensales. Y es que era un símbolo, señores: el símbolo del triunfo y la regeneración venideras. El símbolo de la regeneración y del progreso está formado por dos óvalos u óvulos: uno al Oriente, el del gallo, por donde viene la luz; otro al Occidente, por donde se va la luz, y por donde Colón descubrió un mundo.

«Todo el progreso y la regeneración, señoras y señores, está en el gallear y en el saber poner encima de la mesa el geométrico símbolo ovuloide. He dicho.»

MANUEL ABRIL.

Dibujos de Barradas.

TITIRIMUNDILLO

— Los que pongan su dinero en el Banco de Bilbao ganarán. ¿No ha visto usted el nuevo edificio?

— Sí; y ¿qué?

— Pues que sobre el tejado tiene cuatro caballos, es decir, tute..., ¡y teniendo tute se gana!

«Hay la costumbre, en el Palacio de Exposiciones del Retiro, de comenzar la visita por la izquierda.»

Pues, dicho sea sin molestar a nadie, ésa es la salida que hacen del toril los toros: por la izquierda. ¿A qué obedecerá la coincidencia?

Ha sido denunciado un individuo que debió rendir cuentas de unas alhajas y que se ha marchado con rumbo a América.

Inconvenientes de la Fiesta de la Raza.

Se conoce que se dijo:

— ¿Alhajas?... Serán de Isabel la Católica. ¡Me siento Cristóbal Colón! ¡A América!

En Vigo se va a hacer un muelle que costará quince millones.

Es un muelle como para saltar de gusto ante cifra tan respetable.

El ministro de la Gobernación tiene su criterio respecto a las quincenas.

¡Anda leñe! Y los quincenarios también.

Sólo que muy distinto del que tiene el ministro.

— Niño, a ver con quién te juntas en el colegio. Procura que sea con los buenos.

— ¿Con los regulares no?

— ¡Juntas y regulares?... Tú vas a producir la caída del Gobierno.

«Desde 1914 los turcos han asesinado a millón y medio de armenios.»

¡Pues sí que han hecho un buen papel esos de Armenia!

«Oposiciones a la Judicatura.»

¿Oponerse a los jueces?

Pues ya sabe usted quién se gana el premio: Millán.

«Propaganda bolcheviquista en China.»

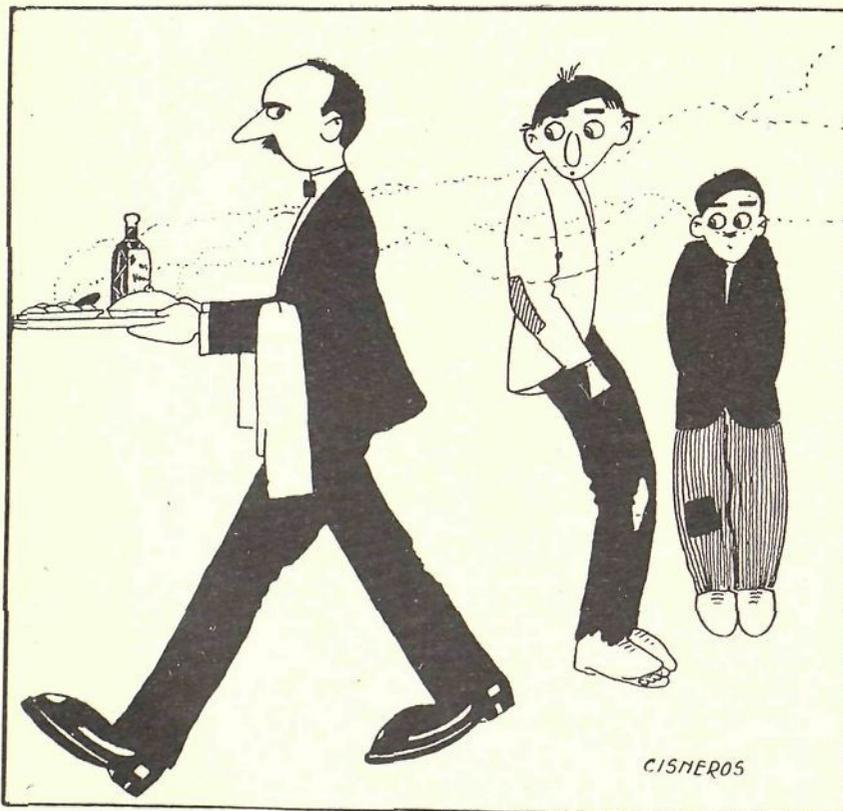
Allí no habrá figuras fuertes, como en Rusia.

Porque las figuras de China son mucho más frágiles, y se rompen.]

Se ha descubierto un grupo de estrellas a la enorme distancia de 3.000.000.000.000 de kilómetros (tres mil billones).

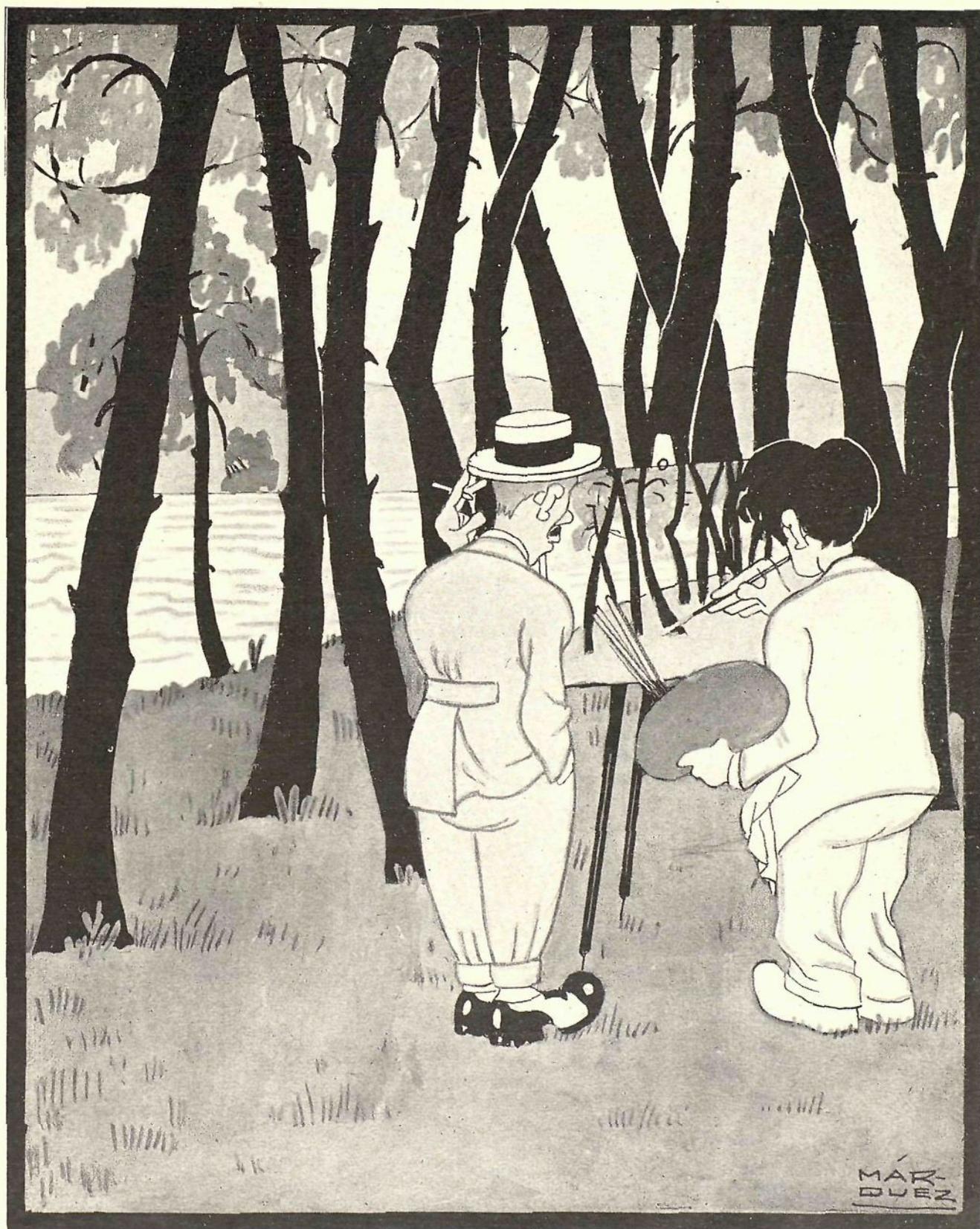
Y al empresario de esas estrellas, ¿no se le ha descubierto?

Se conoce que para eso hace falta más vista.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— ¡La verdad es que nos pasan unas cosas en esta vida!...

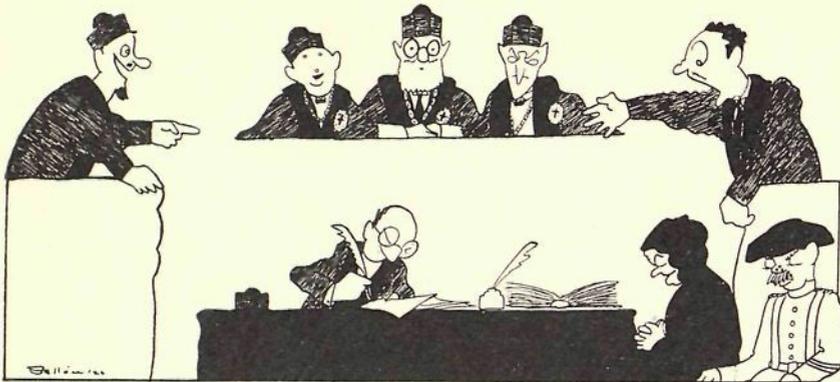


— ¿Te vas soltando a pintar, ¿eh?...

— Sí; hago pinitos...

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



Dib. BELLÓN. — Madrid.

— ... Pero ¿y de sus bellas cualidades?... ¡De sus buenos principios!...
— ¿Buenos principios?... Advierto a usted que la procesada tuvo casa de huéspedes.

LA POLÍTICA PINTORESCA

Don Niceto "Bum-Bum"...

— Ya sabrá usted que, en cuanto la concentración liberal suba al Poder, don Niceto Alcalá Zamora será ministro de la Guerra.

— ¿Eh?...

— Lo que usted oye. ¡Ministro de la Guerra! Y, después de todo, ¿qué tiene eso de extraño? ¿No lo ha sido el vizconde de Eza?

Confesamos que, aunque el último argumento tiene innegable fuerza, nos quedamos como quien ve visiones ante la inesperada revelación. ¡Don Niceto ciñéndose la espada de Marte! ¡El dulce, canoro y melodioso ruiseñor de Priego, al que sólo concebimos alegrando los bosques con la armonía inefable de sus trinos, convertido, de improviso, en una especie de moderno «Bum-Bum», cubierto con una gorrilla cuartelera y entonando, no tiernas endechas arrulladoras, sino fieros cánticos belicosos!... ¡En vez del *pío, pío*, el *tarari, tarari!*... ¡Qué sorpresas suele reservarnos la política!...

Nosotros pensábamos que D. Niceto volvería al Ministerio de sus triunfos, al de Fomento, donde, a fines de 1917, alcanzó el derecho a la inmortalidad. Tan seguros estábamos de ello, que ya habíamos empezado a hacer acopio de petróleo y bujías, para que, cuando Madrid se quedase a oscuras — cosa indudable si el Sr. Alcalá Zamora volvía a ser el árbitro de los transportes en España —, tuviéramos medios de alumbrar nuestro modesto hogar. ¡No, no había de volver a ocurrirnos lo que en aquella temporada en que no hubo en la corte más luz que la que despedía el ingenio del vizconde de Matamala, ni otras chispas que las que lanzaba por los ojos, encendidos de cólera, el Sr. Cierva y Peñafiel!

¿Cómo olvidar las dulcísimas lamentaciones de D. Niceto ante la absoluta carencia de carbón, que nos privó de gas y convirtió las bombillas de luz eléctrica en tristísimas pajuelas?

— ¡No, señorez — trinaba la avejilla cordobesa —; no ze me pue culpá a mí de lo que ocurre!... ¿Cuándo ha pazao que en diciembre nieve en el puerto e Pajarez? ¡Ezte ez un percanze inezperao!... ¡Loz trenez no puen circular!... ¡El carbón no llega a Madríl!... ¿Yo qué culpa tengo? ¡Ya verán oztez cómo pa la primavera ze arregla tol!...

Ciertamente, D. Niceto tenía muchísima razón. ¡Miren ustedes que nevar en diciembre!... ¿A quién diablos se le iba a ocurrir que la Naturaleza sufriera tamaños trastornos? Un cordobés, un parlero pajarillo de Priego, enamorado del Sol, no podía imaginar tal cosa, y por ello no tomó ninguna medida para evitar las nevadas en Pajares. Madrid se quedó a oscuras, es verdad. Pero el señor Alcalá Zamora, que es hombre prevenido y meticulado, apuntó en su libro de memorias:

«Para cuando vuelva a Fomento. — A veces, en invierno, nieva en el Norte y no circulan los trenes. Tenerlo en cuenta para otra vez. Encargar a Raboso que estudie el asunto y busque solución.»

No es que nosotros desconfiemos de las magníficas condiciones de D. Juan de Dios Raboso para resolver estos problemas; pero, vamos, por si acaso, nos habíamos provisto de bujías, petróleo y otros medios de iluminación. Sin embargo, hay que suponer que el Sr. Raboso, cumpliendo el encargo de su ilustre jefe, lo tenía ya todo dispuesto para que en Madrid no faltase carbón este invierno. A lo mejor, había establecido una mina

de hulla en el distrito de Alcalá-Chinchón, e instalada en la Prosperidad una fábrica de galletas cribadas, que acaso se denominara «La Antorcha», o «La luz divina», o «El alumbrado supletorio»...

Bueno; pues ahora resulta que no será a Fomento adonde vaya el Sr. Alcalá Zamora, sino a Guerra. Verdaderamente, con estas informalidades no se puede gobernar a un pueblo. Toda la luminosa — ¡hay que pensar que habrá sido luminosa! — tarea de D. Juan de Dios durante cinco años se va a perder en el vacío. No será del carbón ni de los transportes de lo que tenga que ocuparse el Sr. Raboso, sino de la adquisición de ametralladoras y de la marcha sobre Alhucemas. ¡Absurdo, absurdo!...

Sin embargo, D. Niceto y D. Juan de Dios, reunidos en Asamblea general del partido que forman ellos dos solos, habrán decidido sacrificarse e ir al Ministerio de la Guerra. El melodioso ruiseñor de Priego dormirá con casco romano, y se dejará crecer los mostachos, para adquirir un aspecto lo más belicoso posible. Y no será extraño que él, como el Sr. La Cierva, resulte hombre de abundantísima substancia militar, aunque nosotros le hayamos tenido siempre por un político absolutamente sin substancia.

Lo que habrá que pedir ahora a los dioses es que, durante el mando guerrero del Sr. Alcalá Zamora, no hagan los moritos algunas de sus hazañas habituales. Porque, la verdad, sería tristísimo que D. Niceto Bum-Bum tuviera que disculparse en el Parlamento diciendo, con los más amargos de sus trinos:

— Pero, ¡señorez diputaoz! ¿Quién iba a penzá que hubiese moroz en Africa?... ¡Ezto ze zale de laz previziones jumamaz!...

TARTARIN



Dib. CLV. — Madrid.

— ¿Y ésta es la que llaman gente gorda?...



La segunda noche, la ansiada señal no llegaba. Un sopor dulzón y pesado — la botella dejada por su protector — le envolvía en una gran laxitud. Creyó ver una llama que caía frente a sus pies; mas no pudo soltarse de aquellos tentáculos algodonosos, que iban hundiéndole en la inconsciencia, en el olvido, en el sueño.

Sí, soñaba, porque sólo en sueños podía — ahora que faltaban sus padres para obligarle a ello — tomar un pediluvio.

Pero el agua avanzaba, y fué en la cara donde recibió la impetuosa caricia de un chapuzón.

Abrió los ojos, y, ¡horror!: el techo ardía sobre su cabeza, al mismo tiempo que una cascada entraba incesantemente por la escalera, amenazando inundar bien pronto la habitación.

De un salto ganó los primeros escalones, y un cuadro trágico, desolador, se ofreció a sus ojos. ¡La cubierta estaba a nivel del agua! Y ni una sola persona se veía en toda la extensión que alcanzaba la mirada. ¡Habían abandonado el buque!

Dudó un momento: ¿perecería con el barco, que gemía, se desgarraba, jadeaba ya en agónicas convulsiones, o se lanzaría a las tumultuosas ondas, a pesar de no saber nadar? El tiempo urgía. Miró a su alrededor: de los varios objetos que flotaban sobre cubierta eligió algunos precipitadamente y se tiró al mar.

Se debatía impotente contra las olas encrespadas y bravas... Comprendió que la lucha era inútil. Iba a morir. Cerró los ojos... Un cosquilleo en la nariz le obligó a abrirlos. Ocho grandes ratas estaban delante de él presentando sus rabos unidos en forma de asa de jarro tala-verño.

El instinto de salvación le dictó lo que debía hacer. Se sujetó fuertemente a aquel inesperado arbitrio salvador, y pronto se

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO II

Limpiabotas en la isla Whiskey and Soda. — La selva roja. — La favorita sacrificada. — El combate con un pulpo. — Tortilla a las finas hierbas.

El lector tendrá que abandonar, tal vez a su pesar, lo que se refiere a la suerte seguida por Ludovico.

Si «el medio hace al hombre», como afirmara Ptolomeo, Garibaldi y Lloyd George, es necesario informar a nuestros lectores de las modalidades de la isla Whiskey and Soda, nuevo escenario donde va a proseguir la accidentada vida de nuestro protagonista.

Dicha isla fué señalada primeramente en 18... por el navegante japonés Karao-Kruz, que la bautizó así en memoria del contramaestre, que falleció en la travesía por haber abusado un poquito de la citada bebida. Karao-Kruz no pudo reconocer la isla porque un orzuelo en el ojo izquierdo y la huelga del cocinero de a bordo le obligaron a abandonar aquellas aguas.

Cuarenta años más tarde, el almirante francés N'Une Motte Plus, al frente de una expedición científica, musical, ortopédica y recreativa, desembarcaba en una abrigada caleta, que, por esta razón y el color rojo de la arena, denominó Paleta Rouge, y plantó la bandera francesa en el pico más alto, el Karay-Karay, de 42,72 metros.

Al enterarse Inglaterra, Alemania y San Marino, protestaron formalmente, y Francia abandonó la isla.

Esta es la más pequeña del grupo de las Jajá, y se encuentra a 80 millas de Ola Ola y a 4.300 de Batignolles.

Gracias a los trabajos de Mr. Souris de Bibliothéque y de Herr Pf. Salchichoff, se sabe que la isla sufrió varias invasiones, según el primero; y por la inscripción *Grupus marcharum platforman* encontrada por él, es indudable el paso de los romanos. Paso ligero, tal vez en tranvía, por lo de plataforma.

Salchichoff afirma que hacia el siglo XX antes de Jesucristo llegó hasta la isla una expedición de daneses, que querían implantar en ella el uso del aceite de hígado de bacalao.

En opinión del mismo sabio, también sus habitantes trataron con otros pueblos. Afirma que en el siglo IX antes de Jesucristo comerciaron con los indios botocudos del Ecuador. Vendían a éstos gomas para los paraguas, y recibían de ellos den-

sintió llevar a través de las ondas espumosas y enfurecidas... Desfallecido, exhausto, tocó al fin en tierra. Se tendió sobre la arena, que le recibió blanda y tibia.

En torno de él, las ratas, jadeantes, le contemplaban con el aspecto conmovido y satisfecho de haber podido pagar la acción bienhechora que en un día realizara el niño con una de sus semejantes. ¡Oh la gratitud, vaselina de los sentimientos, la más lubricante de las cualidades morales!

Los animalitos saltaron a su alrededor, agitaron sus colas alegremente, y otra vez al mar. (Enteradas de estarse construyendo un buque en Hamburgo, iban rápidas, para tener el derecho de primeros ocupantes.)

Las vió nadar raudas, hasta que desaparecieron en la lejanía. Llevó la mano a los ojos. Estaban húmedos. ¿Eran resultado del pasado remojón, o lágrimas de gratitud? No se ha sabido nunca. La memoria de aquella acción le acompañó siempre, ¡oh humildes y generosos roedores!

Muchos años después no podía leer tranquilo la prisión de un *ratz* o escuchar el rata... plan de un tambor sin sentir la emoción del recuerdo.



Una gritería ensordecedora vino a truncar el hilo de sus sentimentales divagaciones. Asustado, miró en aquella dirección. Una turba de seres negruzcos, menos vestidos que las concurrentes a los *tés danzants*, venían gesticulando, aullando, al mismo tiempo que esgrimían flechas, porras, garfios, remos y pistolas Star.

Llegados junto al niño, formaron círculo en torno a él, y durante algunos instantes se entregaron a un *jazz-band* desenfrenado. Cesó el baile. (El pequeño observó tranquilo que los incisivos de aquellos salvajes tenían más desarrollo que los de un tigre de Bengala.) El que parecía jefe de ellos se adelantó algunos pasos, y encarándose con Ludovico dijo con voz tonante, al mismo tiempo que miraba a Oriente: ¡*Akanalla, Akanalla, Kallo, Karakoll!* ¡(Verás, verás la que te espera!), y todos a coro: ¡*Ketekalles Kokollate!* ¡(Nos alegramos de verte bueno!)

Siguió un silencio como para sí lo quisieran muchos conferencistas, y destacándose dos de los más corpulentos, armados de sendos cuchillos, cogieron al niño y lo arrojaron al suelo...

taduras postizas y ligas para los calcetines.

Finalmente, el último dato histórico que se conoce es el de haber sido regalada la isla por Tamerlán a un hijo de su nodriza, que se estableció allí con los suyos.



Su flora es extraordinaria. Se produce desde el cocotero hasta la cebolleta, pasando por las castañas pilongas. Como ejemplares exóticos existen: el árbol de las pasas (envasadas y con un cromó), el de las naranjas envueltas en papel de seda, el del pan de Viena, la planta del café con gotas, la del arroz con leche, y otras.

La fauna es rica y variada. Entre las aves se encuentra el pavo trufado, el faisán con gelatina y la perdiz escabechada. Tiene todos los mamíferos conocidos y algunos propios de su suelo: el *Hipocacuanos fenomenalis*, que tiene forma de zepelín, patas de caballo, rabo de cerdo y cinco cuernos en la frente; el *Infundius especialis*, con cabeza de toro, cuerpo de gallo y garras; sus antecesores fueron tan enormes (según el colmillo y uña encontrados), que cuando la cabeza llegaba a la Gran Vía, las patas traseras estaban dentro del pilón de la Cibeles. Hoy, en cambio, se le puede transportar en la cesta de la compra.

En minerales abunda el oro en barras, la plata en bolas y el níquel en peladillas. Hay también manantiales ferruginosos, achampañados, sódicos y zarzaparrillescos.



Cuando el niño vió acercarse los dos mancebos armados, tuvo un gesto de gesta. Buscó entre los objetos traídos del buque alguno que pudiera servirle de arma.

Mas, ¡oh desconsuelo!, ¿qué valor defensivo podían tener la armadura de un paraguas, una relojería y un collar de perro mastín?...

Se dejó echar al suelo, y esperó resignado una muerte que se le ofrecía inevitable. Aquellos matarifes levantaron las cuchillas... Un grito agudo resquebrajó el hondo silencio. Ludovico creyó haber oído: *Dejame zolo*; pero no, sería un delirio de su mente acobardada.

De la multitud se adelantó, hierático y solemne, un tipo extraño. Llegó al grupo formado por el niño y los sacrificadores.

Extendió una mano, y los salvajes, como a una señal convenida, se introdujeron el dedo pulgar en la boca y prestaron reverente atención.

El hombre raro trazó unos signos en el aire, lanzó dos gruñidos, y la muchedumbre, fuera ya el pulgar de las bocas, se retiró lentamente. Quedaron solos.

— ¡Echa p' adelante! — dijo, y empezó a caminar.

Llegaron a un poblado. Un centenar de chozas en círculo. En el centro, el palacio del rey.

El suelo estaba trágicamente sucio.

Aquí huesos de misionero inglés; allá vísceras de sufragistas; más allá la tibia de un comisionista de impermeables.

Llegados a palacio, le nombraron — a fuerza de señas — limpiabotas oficial, y le dieron los útiles: un cráneo de mandarín lleno de grasa de cachalote soltero, y un cepillo de hojas de acacia negra. Y le dejaron solo.

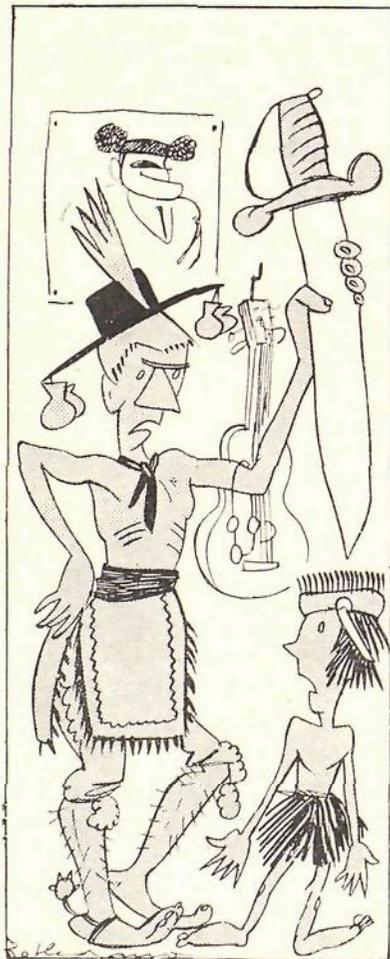
Desde entonces empezó una vida monótona y triste. Limpiaba todo el calzado de la corte, y servía de sacristán a su incomprendible salvador. Este debía de ser personaje principal, por el acatamiento que le prestaban.

Ante el buen trato recibido, Ludovico pensó si estaban cebándole para el momento oportuno. «¿Si será para Pascua, o para la Trinidad?», pensaba.

Un día su protector, con ademán imperativo, mandó que le siguiera. Caminaron mucho tiempo. Al llegar a cierto paraje, no pudo contener un grito de asombro. Estaba frente a la Selva Roja, formada por almendros en flor, cuya blancura parecía cortada por enérgicos trazos de arborescencias rojas.

Parecía una colosal falsilla o una camiseta de pelotari.

En lo más espeso del bosque penetraron



en una mísera choza, y sin detenerse siguieron por oscura galería hasta desembocar en una clara estancia que tomaba la luz por un agujero practicado en su parte posterior. Ludovico contempló con estupor un retrato de Belmonte, una guitarra, un catre, una cafetera abollada, media silla, un calendario de la casa Gal y unas zapatillas de orillo.

El misterioso indígena descolgó un mohoso sable que pendía de una de las paredes.

— ¿Qué quiere usted de mí? — preguntó aterrado Ludovico.

— Nada; pasar el rato — replicó el otro, al mismo tiempo que arrojaba el sable a un rincón y lanzaba una sonora carcajada, que el eco llevó apagándose hasta los acantilados.

Y se arrojó en brazos de Ludovico. Charlaron, contándose sus mutuas aventuras. Lo que más admiró al niño fué el modo que tuvo de llegar aquel ex vecino del Rastro a canónigo de los whiskyanos. No resistimos la tentación de reproducir lo que dijo a este respecto:

HISTORIA DE JUAN «EL PELANAS»

«Trabajaba yo de pinche de cocina en el vapor *Júpiter*, que hacía la carrera desde Sebastopol a las islas Chinchas. Todos los viajes pasábamos a la altura de estas tierras. En el último (claro está), un violento temporal hizo naufragar el buque. Ayudado por una cesta de planchado, pude alcanzar tierra; ésta en que nos encontramos. Pero, ¡ay!, que mi tranquilidad había de durar bien poco. Apenas puse el pie en la playa, cuando un rumor creciente (que desde el primer momento comprendí producido por una multitud) me obligó a esconderme rápidamente. Oculto en los acantilados pude ver llegar a los indígenas, que acudían presurosos, para apoderarse de los restos del barco que la marea echaba en tierra.

»Se retiraron, al fin, con todo lo que pudieron arrebatar al mar. Por precaución continué algún tiempo más escondido. Estaba ya a punto de abandonar mi refugio, cuando vi una piragua que trataba de ganar la costa. Iba ocupada por un solo salvaje, ataviado de modo diverso a los que yo había visto. Cuando le faltaba poco para llegar a la orilla, un golpe de mar arrojó contra la débil embarcación el piano de nuestro barco. La piragua naufragó, y contemplé los desesperados esfuerzos que para salvarse hacía el que la tripuló. Acordándome que era de la Cruz Roja, y olvidando el peligro que me esperaba de ser descubierto, me arrojé al mar. Cuando llegué, al cabo de muchos esfuerzos, a conseguir mi propósito, tenía un cadáver entre mis brazos. Lo llevé hasta la playa y lo contemplé de cerca. ¡Era más feo que un desahucio!

»Una idea me asaltó repentinamente. Desnudé al muerto y vestí sus ropas. Enterré el cuerpo y amarré la piragua.

(Se continuará.)



ASUNTOS MARROQUÍES

Dib. GARRIDO. — Madrid.

Los mandamientos otoñales

¿Queréis en esta estación vivir sanos y contentos? Pues de un ilustre varón seguid los diez mandamientos que copio a continuación:

1.º *Hay que ablucionarse bien con agua fría, desechando la tibia.*

¿Que el agua fría hay que usar? Tal prescripción es muy cuerda. Pero me cabe dudar cuál tibia hay que desechar, si la derecha o la izquierda.

2.º *Hay que substituir las prendas interiores de hilo por otras de franela.*

Amoldarse es necesario a reglas tan estupendas. ¡Sería un estafalario quien hiciese lo contrario en este juego de prendas!

3.º *Hay que tomar frecuentemente baños que estén bien templados.*

A fin de evitarse daños que luego producen murrias, deben templarse los baños lo mismo que las bandurrias.

4.º *Hay que limpiarse los dientes con un cepillito mojado en polvos de jabón y enjuagarse con agua mentolizada.*

Lo hará en otoño el que quiera. Mas pregunto a mi manera: ¿sería cosa chocante hacer algo semejante durante la primavera?

5.º *Hay que alimentarse de modo más azoado y nutritivo que en verano y tomar uvas de postre.*

¿Qué reglas tan bien dictadas! En más de cuatro colmados atraerán nuestras miradas los besugos azoados y las cremas azoadas. Y respecto al exquisito postre de uvas, yo lo admito; porque ni que decir tiene que *entrar por uvas* conviene, ya que es postre baratito.

6.º *Hay que pasear en las horas centrales a pie, o mejor en auto, y dedicarse al ejercicio de la caza, que es muy sano.*

Aparte, amigo lector, de que en eso de la caza no prometo meter baza, porque no soy cazador, lo del auto no está mal; mas yo fácil no lo veo. ¡Como no vaya a paseo en un auto judicial!...

7.º *Hay que evitar las afecciones tifoideas bebiendo el agua hervida o filtrada.*

En estos meses benditos (y en los otros), según Moya, causa daños infinitos beber agua del Lozoya con sapitos.

8.º *En los días opauecidos y lluviosos hay que usar chanclos de goma y medias fuertes.*

Sin embargo, hay atrevidas que llevan medias caladas en estas tardes llamadas, por mal nombre, *opauecidas*; y es de las cosas sabidas que lo mismo al diluviar que con sol canicular pegará el chanclo de goma. ¡No estaría mala broma ser de goma y no pegar!...

9.º *Al salir de los talleres, teatros, Casinos, oficinas, etc., hay que respirar solamente por la nariz, llevando la boca cerrada, para evitar catarros y pulmonías.*

Bueno es cumplir esta *hornada* de reglas que no son *toscas*, porque es dañina la helada... (y porque en boca cerrada no entran moscas).

10.º *Por la noche, cuando refresca, deben usarse prendas exteriores de abrigo, como gabanes, capas, etc.*

¡Venga ropa! Tengo orgullo en hacer constar aquí que al famoso Pero Grullo, como a mí (aunque no soy ningún fraile), nos parecería inmundo ir en el otoño a un baile como Dios nos echó al mundo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

Las bañistas italianas.

A falta del terrible crimen que suele darse todos los veranos en Madrid como planta de estío, una novedad ha venido a llenar este hueco, multiplicándose en las revistas ilustradas.

No es otra esta novedad que la aparición de las bañistas italianas en las fotografías de nuestros periódicos. Esta terrible plaga veraniega, tan terrible casi como la de la langosta, ha turbado durante muchos días nuestro pensamiento, llevándonos por inauditas veredas a los razonamientos más absurdos.

Por fin, poniendo un poco en orden nuestras ideas, llegamos a reconocer que era la primera vez que oíamos hablar de las bañistas italianas y que ignorábamos por completo su existencia. ¿Acaso es que creíamos que en Italia no se bañase la gente? No; no es que lo creyésemos, ni menos aún que dejásemos de creerlo. Sencillamente, forzoso es decirlo, las bañistas italianas no nos habían preocupado nunca.

Consideraciones posteriores nos han hecho reconocer que si el Mediterráneo rodea casi por entero a la península italiana, tal vez sea con el objeto de que los italianos se bañen en él desde sus playas, ya que la Naturaleza, sabia y

experta en todos sus actos, pone agua corriente en las naciones, procurando el aseo de sus hijos predilectos.

Pero en verdad que la novedad de las bañistas italianas era suficiente para asombrarnos. Nosotros conocíamos ya a las bañistas de San Sebastián, a las de Biárritz y San Juan de Luz, a las de Barcelona, a las de Douville, Trouville y Ostende, a las de las playas alemanas, inglesas y americanas, sin contar a las bañistas de Figueira da Foz, a las de Estoril y Espinho, a las de Vigo, La Coruña y Gijón.

La prudente medida para darnos a conocer a las italianas hubiese sido dándolas al principio en pequeñas dosis, mezcladas con las demás bañistas del mundo. Su presencia no hubiese sido advertida al principio, y hubieran podido llegar a codearse con las demás. Pero hay un vicio de origen que las estigmatiza. Sin duda, por haberse dado este año una sobreproducción de bañistas en las playas italianas, se hizo forzosa una exportación de las que excedían al consumo necesario para la nación. Lo exorbitante de las cantidades hizo que se vendiesen a precios muy reducidos. Aprovechándose de esta baja, los periódicos españoles compraron gruesas y gruesas de bañistas italianas y empezaron a llenar con ellas sus páginas. Nunca se ha visto en España una cosa igual. En cada revista aparecían diez o doce de ellas con exiguos *maillots*, danzando sobre la arena con sus pies descalzos, o sentadas sobre una roca, cogiéndose las rodillas con las manos.

Empezaron rompiendo el fuego las bañistas de San Remo. El público paró sobre ellas su mirada un momento, dedicando un breve y sabroso elogio a sus turgentes muslos y a sus pies diminutos. Pero llegaron después todas: las de Ventimiglia, las de Voltri, las de Chiávare, las de Sestri y Viareggio, las de Livorno, las de Terevere, las de San Estéfano, las de Rimini, las de Spezia, las de Civita-Vecchia; en fin, todo el litoral italiano convertido en núbiles bañistas, vaporosas y gimnásticas.

Fué ya la locura, el desenfreno. Todo aparecía plagado de bañistas italianas que nos quitaban el sueño. Este vicioso abuso ha acabado para siempre con las pobres bañistas italianas. En los años sucesivos, todo el público las rechazará: serán consideradas como bañistas *parvenus*.

Los periódicos han liquidado sus existencias. Hace pocos días apareció la última bañista italiana, encogida por los primeros fríos. Como el afortunado propietario de la gallina de los huevos de oro, que dice la fábula, han sacado las entrañas los periódicos a la fotografía de bañista italiana con loco afán, y han perdido la riqueza que les hubiera proporcionado de haberlas administrado sabia y cautelosamente.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

ORACIÓN FÚNEBRE DEL INCORREGIBLE KUBE, por George Auriol.



KUBE ha muerto! — Dios lo tenga en su gloria —. ¡Era un hombre terrible!

Parece que le veo con su gabán raído — pero siempre correcto —, con sus zapatos ligeramente torcidos, su sombrero hongo y su barbita. Todavía tiemblo al recordarle. No me atrevo a mirar de reojo, porque me parece que le voy a ver surgir.

Era un verdadero fantasma. No se le veía llegar. Cuando se le apercibía, era demasiado tarde para esquivar su encuentro. Era misterioso como una carta anónima. No llegaba nunca, ni venía. Aparecía.

A la hora del ajeno acudía al bulevar preocupado en buscar alguna cara amiga.

Sólo hacer un signo a uno de nosotros. Raramente se sentaba. Un minuto, una palabra, sólo una palabra. No tenía que decir más que una palabra.

Saludaba amigablemente al que había llamado. Pero después del invariable «¿Cómo estás?», empezaba a hablar de negocios vagos y lejanos, un tanto ilusorios; de proyectos inciertos, de

asuntos en trámite y que no podía terminar a menos que...

— A propósito, querido, ¿no podrías prestarme un duro?

Porque Kube había recibido del cielo esta misión: ¡sablear!

Kube obedecía a su destino.

Honrada y resignadamente *sableaba* infatigable. Nunca — debo decirlo en su honor — pasaba de los cinco duros. Si, por casualidad, no tenía necesidad más que de dos francos, con la imprevisión que le caracterizaba, no pedía más de los dos francos.

Un día, después de que le hube satisfecho el óbolo en cuestión, me sorprendió verle apuntar algo en un papel. Como le preguntase el motivo de esto, me respondió:

— Cada semana guardo una cantidad para empezar a pagar mis deudas. ¡Me voy a librar de este horrible peso!

Tal era, señores, la naturaleza de este hombre que acaba de morir...

Yo creo que ahora estará a la diestra de Dios Padre, porque murió muy santamente. A pesar de no tener ningún terrible crimen que confesar, hizo llamar a un cura para que le asistiese en su última hora.

Al recibir la absolución, en lugar de esperar tranquilamente la hora de la marcha, se mostró nervioso e inquieto. — ¿Qué tiene usted, hijo mío? — le preguntó el cura.

— Padre — respondió Kube —, yo no estoy tranquilo. Dios no puede recibirme en su seno... Verdad es que yo no he hecho nunca ningún mal a nadie; pero ¿a quien le he hecho yo bien en este mundo? He vivido una existencia inútil, no tengo títulos que mostrar para ganar las gracias del Altísimo... Si yo tuviera...

— ¿Qué? — dijo el padre.

Con un supremo esfuerzo, Kube, entonces, se incorporó en su cama. Misteriosamente se inclinó hacia el buen cura, y cuando estuvo seguro de que nadie podía oírles, le preguntó:

— Padre — dijo —, ¿no tendría usted, por casualidad, cien días de indulgencia que prestarme?

A. R. H.



CARICATURAS DE LA GUERRA

El grueso de la fuerza.

Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

Concurso de pasatiempos del mes de septiembre.

Las soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de septiembre son las siguientes:

1. *Mimosa*. — 2. *Tafalla, Huesca, Alicante, Florencia, Barco de Valdeorras, Cáceres, Salamanca*. — 3. *Fórmula de arreglo*. — 4. *Más ancho que largo*. — 5. *Enteco*. — 6. *Jarana*. — 7. *Enterado*. — 8. *Catón*. — 9. *Sordera*. — 10. *Escudo portugués*. — 11. *Escolástica*. — 12. *Villalar*. — 13. *Siete pares de Francia*. — 14. *Dormilona*. — 15. *Constantinopla*. — 16. *Alcachofa*. — 17. *Aguacero*. — 18. *Entre pecho y espalda*. — 19. *Corambre*. — 20. *Golfo de Bengala*. — 21. *Café con copa y puro*. — 22. *Espita*. — 23. *Gavota*. — 24. *Gemelos prismáticos*.

Examinadas detenidamente las trece mil ciento veintiuna soluciones recibidas, han resultado exactas las de los treinta y cuatro *piertetiempistas* cuyos nombres, domicilios y puntos de residencia publicamos a continuación:

Enrique Adame. Madrid. — José María Soroa. Conde de Xiquena, 8, Madrid. Eulalia de Aranoa. Amurrio (Alava). — Teodoro González. Cuesta de Calderón, 2, Guadalajara. — Luis Cencillo de Pineda. Santa Engracia, 17, Madrid. — F. Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — Juan Ruiz. Divino Pastor, 5, Madrid. — Ventura Vizcaino. López de Hoyos, 84, Madrid. — Carmen Martín. Conde de Aranda, 8, Madrid. — Juan Garmendia. Portugalete. — Dolores G. Valdemoro. Felipe V, 2, Madrid. — Alberto Martín Ferreros. Paz, 10, Madrid. Antonio Naranjo. Juan de la Hoz, 10, Madrid. — José García de la Sota. Portugalete. — Santos Varela. Bilbao. — Carmen Monfort. Madrid. — José Alarcón Palomar. Carnicer, 16 duplicado, Madrid. — Emilio Riñón Melgar. Madrid. — Josefina Ramírez Martín. Villalba (Madrid). — Carmen Domínguez. Portugalete. — Concha Rodríguez. Santander. — José Rodríguez Ortiz. Portugalete. María Teresa de Otaduy. Portugalete. — Domingo Velasco. San Bernardino, 7, Madrid. — Benito Vicioso. Hortaleza, 84, Madrid. — Francisco López Bravo. Academia de Infantería, Toledo. — Eduardo

Sáenz. Academia de Infantería, Toledo. José González Deleito. Academia de Infantería, Toledo. — José Alcántara. Academia de Infantería, Toledo. — Alfredo Jiménez. Academia de Infantería, Toledo. — Rafael Gómez. Sandoval, 23, Madrid. — Manuel Rubio. Guadalajara. — Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — F. L. Crespo de Tejada, Madrid.

Celebrado el sorteo con arreglo a la base segunda de nuestra convocatoria, han resultado favorecidos los siguientes concursantes:

PRIMER PREMIO. — **Un billete de lotería, número 33.092**, para el sorteo del día 2 de noviembre próximo, a *D. Rafael Gómez*.

SEGUNDO PREMIO. — **Medio billete de lotería**, del mismo número y para el mismo sorteo que el anterior, a *D. Luis Cencillo de Pineda*.

TERCER PREMIO. — **Suscripción por un semestre a nuestro semanario**, a contar desde el 1 de noviembre próximo, a *D. Juan Garmendia*.

La entrega de los premios se hará en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

***** CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

M. T. Río. Bilbao. — No sirve.

Hércules. Salamanca. — Lo publicaremos con el nombre de usted. Recuerdos a *D. Miguel*.

M. G. L. San Sebastián. — Sus versos están hechos con mucha soltura y facilidad, con algún que otro ripio gracioso. Los chistes, en cambio, son viejisimos: el de *D'Annunzio*, el de *Kemal Pachá*, el de *la turca*, el de la vuelta al mundo... Búsquese asuntos nuevos y chistes que no sean del dominio público.

J. V. Barcelona. — Lo de *queridos humoristas madrileños*, parece que lo dice usted con su poquito de retintín. No crea usted, amigo, que por ser catalán es por lo que no hemos publicado su *Cataluña*

Square. Sólo ha sido por tener éste una gracia puramente local. Desde luego, sepa usted y todos los artistas catalanes que no tenemos ningún resentimiento con la Ciudad Condal.

S. B. Alicante. — Eso lo hemos leído ya unas ochenta veces, y siempre con más gracia. Fabricando turrón hará usted más negocio que escribiendo.

C. A. Madrid. — ¡Es tan poca cosa! Podía usted haberlo hecho más extenso.

Integral de Pi. Segovia. — ¡Parece mentira que le hayan admitido a usted en la Academia de Artillería, con lo tonto que es, y mucho más que le consientan todavía! Un hombre que hace estas cosas...

«FIN DEL MUNDO EUROPEO

«Parece que la predicción del sabio americano se cumple sin dilación en el terreno oceano de Vigo, que se sintió en la provincia el temblor y a no sé cuántos hirió por apoderarse el terror. Y una vieja que en el río lavaba unos calzoncillos, asincopóse con el griterio que armaron unos chiquillos. A la desgracia, el alcalde acudió tan presuroso, que todo resultó en *valde*, a pesar de ser tan vigoroso.»

F. A. R. — Es *Una caída* de las que hacen daño.

Uno de Tontos. San Sebastián. — ¡Qué modesto es usted! Es usted un poquito menos tonto de lo que se cree. Hay algo de observación en usted que no se debe desperdiciar. Haga algo más completo a ver si sirve.

M. P. V. Pol (Lugo). — Vale poco.

Saturnino Espartivento. Madrid. — ¡No está usted mal *bástago!* Tiene muy poca gracia, amigo Saturnino.

Uno de los socios del Club deportivo Arpegio. Alicante. — ¿Para qué queremos nosotros eso? ¿No comprende usted que eso, entre ustedes, tendrá mucha gracia; pero que trae sin cuidado a los restantes veinte millones de habitantes de España?

Bajo-Calle (autores jocosohumorísticos). *Madrid*. — Eso del planeta Marte es indigno de la ilustre firma de esa razón social. No tiene gracia, y además amenaza con una indefinida continuación.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Toda la correspondencia debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, en esta forma: BUEN HUMOR. — Apartado 12.142. Madrid.

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

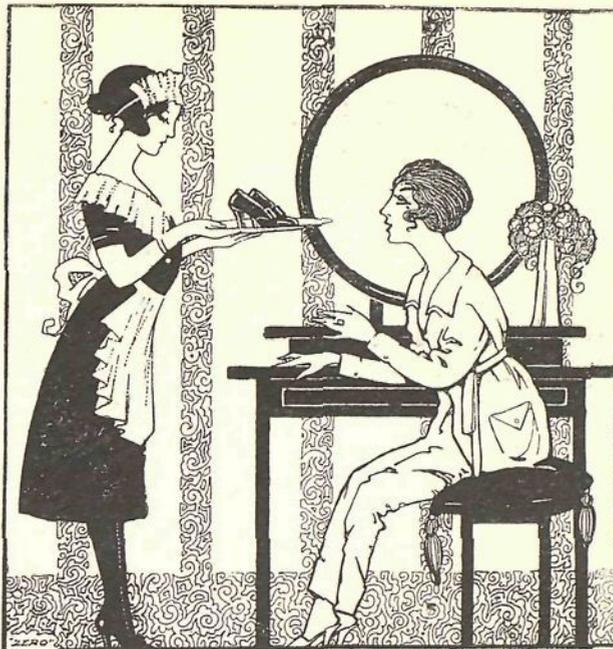
Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido o con arrugas, manchas, pecas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc., a las veinticuatro horas de usarla la bendicen. Las señoras que la usan, nunca tendrán vello.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

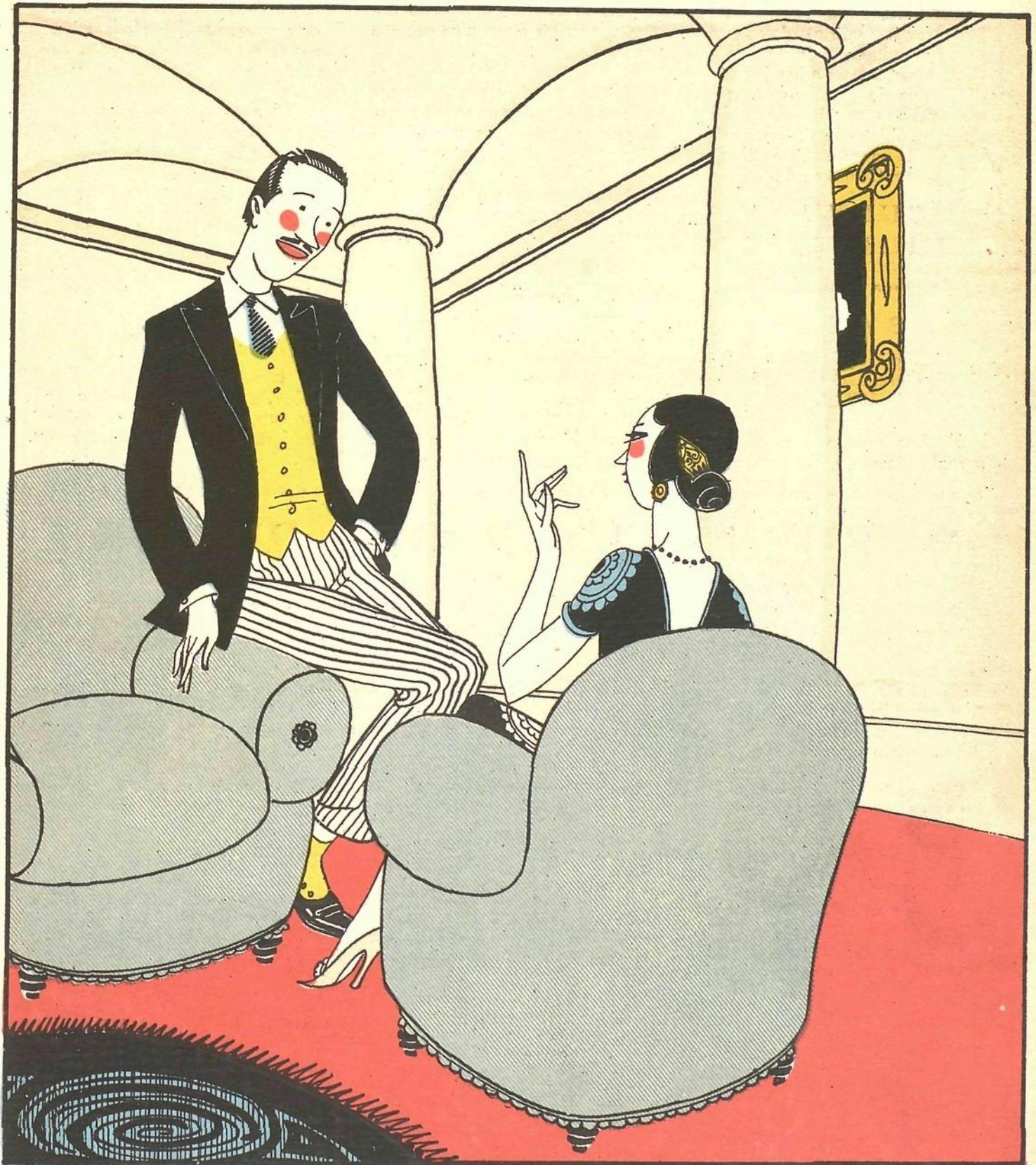
BUEN HUMOR



Dib. CASTANYS. — Barcelona.

EL EMPLEADO. — ¿No sabe usted? El hijo del empresario se ha fugado con una foca.
EL DOMADOR (distráido). — Bien. Dígale al empresario que no se apure; ya los casaremos.

BUEN HUMOR



Dib. REINOSO. — Madrid.

- Y sobre todo no quiero que compremos los muebles en casa de Alcobillero. ¡Son de tente mientras cobro!...
- Entonces tendremos muebles para toda la vida.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base *d* establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Un aprendiz de imprenta lleva las pruebas a un cliente. Al regresar, le pregunta el dueño:

— ¿Qué tal le han parecido las pruebas?
— Me parece que muy mal — responde el aprendiz —, porque me ha dicho que las pueden tirar.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

Un yerno, a los tres años de casado, hablaba bien de su suegra y decía a sus amigos:

— Mi suegra es una mujer de gran inteligencia, generosa, alegre, amable, agradable...; pero tiene un defecto.

Uno de los que le escuchaban le dijo:
— ¿Cuál?
— ¡Su hijal — contestó el yerno.

E. NOÑIR. — Madrid.

A un niño muy mimado, al que le han dado todos los gustos, le regalan sus papás cinco duros por su fiesta onomástica.

EL NIÑO (a su mamá). — ¿Qué me compraré con este dinero?

LA MAMÁ (cansada de darle su opinión y de no satisfacer al pequeño, dice). — No sé, hijo mío; nunca tienes orientación.

EL PADRE (que ha oído la conversación, contesta). — ¡Cómprale al niño una brújula!...

F. SAVORG. — Barcelona.

El médico está junto al lecho de un moribundo, cuyo fallecimiento se espera de un momento a otro.

— ¿Cómo estoy, doctor? — pregunta el paciente con voz débil.

— Mejor, mejor. Mañana podrá usted salir en coche.

F. M. M. — Zaragoza.

— Ayer, cuando bautizaron a mi sobrina, se le cayó al padrino a la pila...

— Y ¿cómo la pusieron?

Distraído:

— Chorreando.

P. P. T. — Sevilla.

— ¿Por qué tiene BUEN HUMOR más importancia que Rubens?

— Porque Rubens hizo sólo tres gracias, y BUEN HUMOR hace muchas gracias...

— No hay de qué.

BAJO-CALLE. — Madrid.
Autores jocosohumorísticos.

— ¿Qué rezaría un aviador al ocurrirle un accidente en el aire?

— El Padrenuestro, por aquello de no nos dejes caer...

ANTONIO CURA. — Melilla.

El premio del número anterior ha correspondido a **Santiago Santacrú, de Madrid**.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta

página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

22. — Jeroglífico para novenarios.

MARTE	LIPTON	AMONÍACO	5 ORIENTE						
GALLETA	COLMADA	T	T T T T						
500 INDULTO									
ARTÍCULO	MASCULINO DE UN GUIÑO	CORDERO	1000 NORTE T 1 G CERO						
¿CÓMO ESTÁ EL AGUA EN EL TEMPLO?		PRONOMBRE	E ENTE PREPOSICIÓN						
PRENDA	TARTARA	AGRIPINA CLARA FELISA	Y <table border="1" style="display: inline-table; vertical-align: middle;"> <tr><td style="text-align: center;">500</td><td style="text-align: center;">1</td></tr> <tr><td style="text-align: center;"> </td><td style="text-align: center;">B</td></tr> <tr><td style="text-align: center;">T</td><td style="text-align: center;">O</td></tr> </table> S 50 PERO	500	1		B	T	O
500	1								
	B								
T	O								
500	PRONOMBRE	6	PREPOSICIÓN						
			SE DICE AL QUE ESTORNUDA						

23. — Frase conocida.

CUPÓN
correspondiente al número 48
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

EL
S O T

El vals de las olas.
El guardarropa de Weyler.

CUPÓN NÚM. 5
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de octubre.



Puede Vd. ser
OPTIMISTA
después de usar la
PASTA
D E N S

que le permite ostentar una dentadura
blanca y una boca fresca y perfumada.

TUBO 1.50

Madrid, 29 de octubre de 1922.

UNA VISITA Y UNA SÚPLICA



Yo había pasado una casticísima noche de Difuntos, sucesivamente entregado a los dos tradicionales recreos de la susomentada noche; conviene, a saber: la audición del *Tenorio* y la metódica devastación de una batea de churros, devastación reiteradamente amenizada por rondas de aguardiente infimo. Todo lo cual, en opinión de los amigos que acababan de dejarme a la puerta de casa, constituía un verdadero e inmejorable programa de noche de Difuntos castiza.

Pero, aun a trueque de enajenarme las simpatías de ciertos lectores, he de confesar que el casticismo, así sea en la prosa de D. Ricardo León, en los romances de D. Antonio Casero o, ya más modestamente materializado, en una bandeja de churros, goza la virtud de alterar fatalmente mis funciones digestivas. En consecuencia, no bien me vi reintegrado a los humildes límites de mi cuarto, me apliqué febrilmente a buscar por gavetas y cajones el potecico del bicarbonato. La acedia invadía rápidamente mi aparato digestivo, torturado por súbitos ardores, que me forzaban a adoptar las actitudes más absurdas.

Realmente, quien me hubiera visto en aquel instante dejarme caer anonado en una silla, para desde allí momentos después deslizarme hasta el suelo, puesta una mano sobre el estómago, como el que va a cantar una romanza; quien a seguida me hubiese visto erguirme, con trágico rictus y resueltos ademanes, para emprender nuevamente mi afanosa búsqueda; quien todo esto hubiera presenciado, habría, indudablemente, y sobre la marcha, tomado precauciones que garantizasen su seguridad personal.

Y, sin embargo, en mí no alentaba el menor instinto agresivo. Buena prueba de ello, que en aquel preciso momento, como resonase un golpear de nudillos en la puerfa de la

habitación, yo, en vez de protestar rudamente contra lo intempestivo de la irrupción, me limité a balbucear: «¡Adelante!»

Por lo demás, ningún rumor me permitió sospechar que la puerta se hubiese abierto. De espaldas a ella proseguí la busca del potecico. Por fin, hallado que fué éste, con él en la mano me volví, dispuesto a reiterar la invitación... Pero la sorpresa me impidió hablar, y buena parte del bicarbonato se derramó por la alfombra; ante mí se hallaba una vaga figura envuelta en blanco ropón. Pensé en el primer momento si sería algún vecino en paños menores.

Pero lo sigiloso de su aparición, así como el recuerdo, aun fresco, del *Tenorio*, me confirmaron instantáneamente en la certeza de que se trataba de un aparecido.

Habló éste:!

— Buenas noches, don Ascanio...!

No es que yo albergue el menor resentimiento personal contra el nombre con que el recién llegado me saludaba, no. Llego incluso a reconocerle cierta sonoridad, una distinción no común, si se quiere. Pero con todo, algo molesto respondí al visitante:

— Caballero, no sé por quién me toma usted.

— Pero ¿es posible que no sea usted don Ascanio?...

Y su asombro parecía absolutamente sincero.

— No lo he sido nunca — repuse con cierta acritud —, no lo he sido nunca, y no sé por qué habría de serlo ahora.

— Pero ¿de veras no lo es usted? — insistió —. Permítame que me aproxime a la luz para verle mejor... Efectivamente, usted no es don Ascanio. ¡Y yo que...!

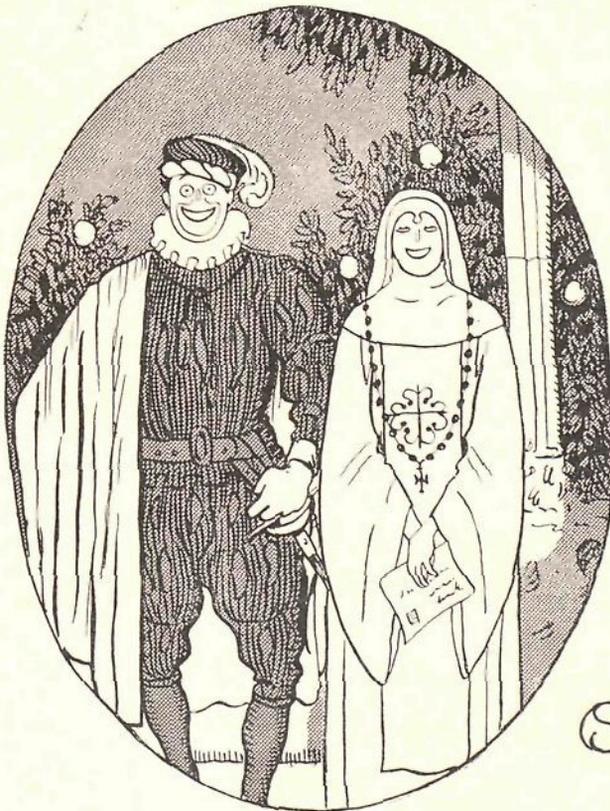
El pobre espectro estaba desolado. Me presentó toda suerte de excusas y se dispuso a retirarse. Pero, bien porque mi normalidad digestiva se hubiera súbitamente restablecido, o ya que el espectáculo de una tan sincera aflicción me conmoviese, insté al aparecido a confiarme sus cuitas.

Y momentos después, mientras yo, sentado a la vera de la encendida chimenea, fumaba un cigarro, el espectro empezó a hablar en estos términos:

— Gracias; ya no fumo. En otro tiempo, sí. Y sobre todo entre estos muros (*acercando a la mía su butaca*). Porque yo vivía en el piso tercero de esta misma casa. Este que usted hoy ocupa era el de don Ascanio, ¿comprende?

— Muy poco, verdaderamente...

— Don Ascanio era viudo y espiritista. Yo, materialista y solterón. Aquí, en este despacho (*y el espectro dió suelta a un suspiro*), nos reuníamos cada noche a jugar al tute. Yo, cuando perdía, me desquitaba hablando mal del espiritismo. Hasta que en cierta ocasión don Ascanio hubo de



Dib. SILENO. — Madrid.

contestarme: «¡Algún día se morirá usted!»

— ¡Claro está! — no pude menos de apuntar irónicamente.

Al espectro no pareció hacerle gracia mi interrupción, pues guardó silencio unos segundos. Cuando volvió a hacer uso de la palabra, fué para decirme:

— ¿Le sería a usted lo mismo no interrumpirme? Especialmente, si ha de ser para hacerme observaciones tan luminosas... Lo que don Ascanio quería decirme es que cuando me tocase en turno abandonar la existencia, experimentaría por cuenta propia la verdad de cuanto él aseguraba. Yo, entonces, le prometí venir a darle cuenta de mis observaciones a este respecto cuando muriese...

— Y se murió usted...

— ¡Me parece! — bufó el espectro, acometido de súbita rabia —. ¡Y que no me he aburrido poco desde entonces!... *Allá* no hay tute; no hay tabaco, ni siquiera del de la Arrendataria; no hay *na*. Si quiere uno distraerse, ¡como no lea a Rabindranath Tagore, que es lo que allí priva!...

— Pero ¿lo leen ustedes en indio?

— ¡Ca, en esperanto! ¡Esa es otra! ¡Si le digo a usted!... Hoy no pude más con mi alma. Tiré por la calle de en medio, y vine a la Tierra. «A echar un parrafito con don Ascanio», me dije. Estaba dispuesto hasta a perdonarle que hubiese acertado... Y ya usted ve: me encuentro con que se ha mudado sin dejar sus señas. ¡Es horrible!...

Al llegar aquí, hundió la frente entre

las manos y enmudeció. Yo me devanaba los sesos buscando qué decirle. Realmente, puedo enorgullecerme de haber recibido una educación bastante esmerada. Yo sé, *verbigracia*, qué consuelos pueden proporcionarse al que acaba de sufrir una pérdida familiar, o bien a aquel para quien la ruleta ha sido adversa, o al otro que ha llegado a la estación minutos después precisamente de haber partido el tren que hubiera debido tomar... Lo que nadie se ha preocupado nunca de enseñarme es cómo se consuela a un espectro atribulado. El de mi historia, por fortuna, se encargó de abreviar tan enojosa situación. Poniéndome en pie y tendiéndome los brazos balbuceó:

— Le dejo a usted.

Sollozaba casi el misero. Yo no pude menos de, a punto de imitarle, decir:

— Ya sabe usted dónde deja un amigo.

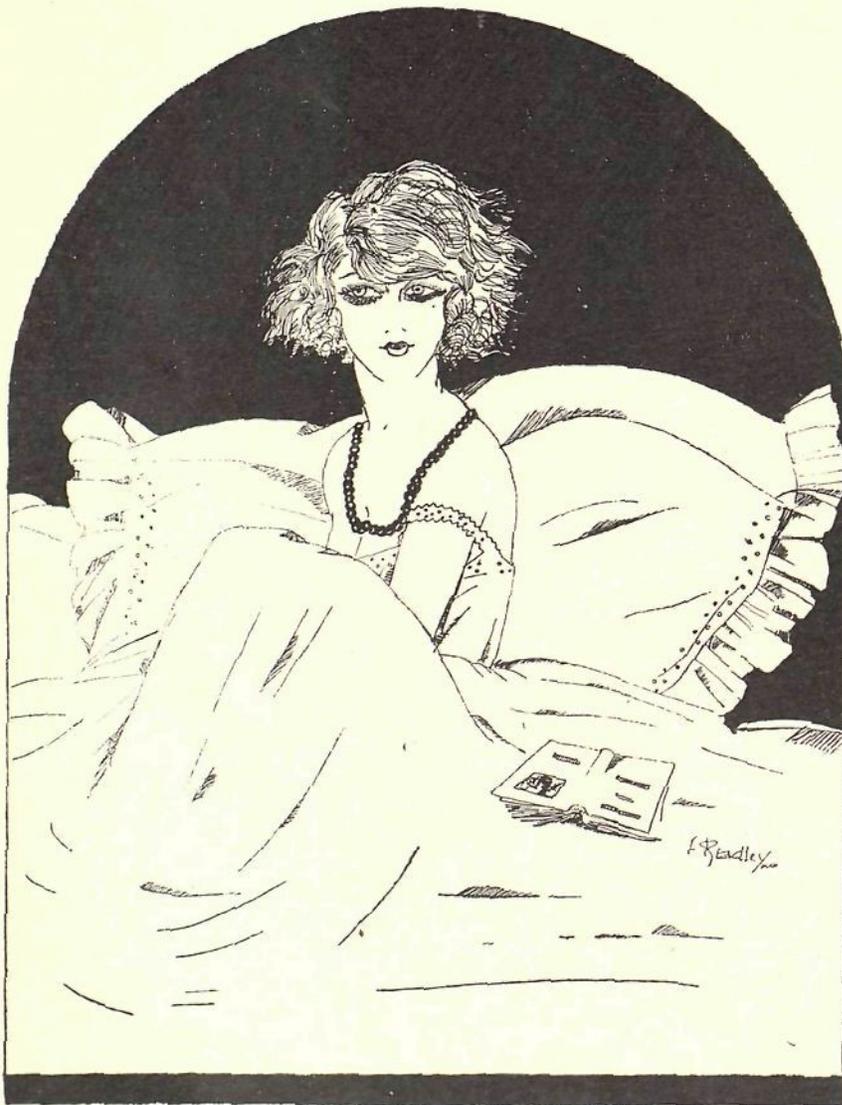
Más sereno, desprendiéndose de mis brazos, el espectro se hizo atrás para responder, mirándome a la cara:

— Eso lo dice usted ahora. Pero ¡que diese yo en la flor de visitarle todas las noches!... Se mudaría usted de casa. Como eso no es tan hacedero hoy por hoy, *trasnocharía para evitarse mi presencia*. Pero usted no tiene hábito de *trasnochar*, y acabaría por contraer una *afección nerviosa*, si es que no derivaba hacia la *tuberculosis*. Y todo esto sería muy sensible. No; no volveremos a vernos, amigo mío. Sólo quiero hacerle una *súplica* antes de abandonarle definitivamente. Usted debe de ser *escritor*. Lo digo porque, entre otras cosas, tiene usted sobre la mesa unas *cuartillas* a medio *cubrir de líneas apretadas*. En una de esas líneas he podido descubrir hasta tres faltas de *ortografía*... Eso me demuestra que *escribe usted para el público*, para algún diario o revista. ¿Quiere usted dirigirse en mi nombre a sus lectores? Tal vez entre ellos se cuente algún *espiritista*, que haría verdadera obra de *misericordia* llamándome a su *velador*. Yo acudiría gustosísimo. *Allá* me aburro *multimilenariamente*... Si ese *hipotético espiritista* accediese a *conferenciar conmigo*, podríamos hablar de todos los temas que a él se le *antojasen*; de todos, salvo de *Rabindranath*... No lo olvide usted. No olvide tampoco que para llamarme basta formar, como es uso, la *cadena magnética* y pronunciar con fe mi nombre: «*Benildo óyemel*». Acudiré *inmediatamente*.

No sé qué pregunta iba a hacerle yo, cuando me encontré solo. A mis pies, el *bicarbonato extendido por la alfombra* era el único testimonio de la *extraña visita*. En mi espíritu resonaban aún las últimas palabras del *aparecido*.

Queridos *espiritistas*: se trata de la *súplica* formulada por un pobre espíritu que se aburre *inmortalmemente* en pleno *periodo devachskánico*. Queridos *espiritistas*, ustedes tienen el uso de los *veladores*...

ANSELMO REGUERA.



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— Decididamente, tengo mala pata. Después de haber pasado todo el verano luchando con animalitos picantes, voy a leer una novela, y me encuentro con que es de Joaquín Belda...

LA RESIDENCIA DEL AMOR



El amor, ese maravilloso sentimiento que es a un tiempo causa y finalidad de la vida, le sucede lo que a la vida misma y a la mayor parte de los sindicalistas de acción: que su domicilio es desconocido.

Tan pronto se dice que la vida reside en las glándulas tales, como en las neuronas cuales, como que está de huésped en una celdilla del cerebelo.

Así, del amor, tan pronto se asegura que habita en el principal izquierda del ser humano, como que vive en la boharedilla, en compañía de la loca, como que se alberga en el bajo.

De esta diversidad de opiniones se desprende la única verdad de que el hombre ignora la naturaleza de su propio sentimiento amoroso, es decir, el punto físico de donde es oriundo.

Pero así no podemos continuar, caballeros. Es preciso que averiguemos con exactitud la región orgánica donde nace el amor, para los efectos consiguientes.

Debemos reunirnos y aclarar de una vez esta cuestión, porque va resultando bochornea nuestra ignorancia. Bochornea y perjudicial.

Necesario es que todos estudiemos el asunto; que todos aportemos el resultado de nuestras meditaciones y el de nuestras observaciones.

Yo, desde luego, voy a exponer aquí mi opinión.

Esta opinión, señores míos, es hija del azar. Mejor dicho, es hija de un descubrimiento que hice por azar.

Del mismo modo que Newton descubrió la ley de la gravedad por una pera, yo he descubierto el domicilio del amor por un almuerzo.

Voy a dar todo género de explicaciones.

Me hallaba en el café Oriental. Ustedes ya saben que ahora, en Madrid, los cafés son algo así como pequeñas islas de Calipso, en que los rincones sirven a la manera de grutas, donde más o menos agradadas ninfas acechan a los Ulises y Telémacos, tras sus vasos de moka, y los invitan con sus miradas a la degustación de Afrodita.

Pues bien: dos mesas más allá de la mía se encontraba una de estas amadriades de café con media, bonita si las hay, que sí que las hay. ¡Ay!

La bella criatura estaba consumiendo dos cosas: un vermut y la sangre del camarero, porque llevaba tres horas en

el café y no se iba, a pesar de que eran las doce; todas las mesas se hallaban ocupadas, y brincaba a la vista que la suya estaba haciendo una falta más loca que doña Juana, la del hermoso don Felipe.

Un caballero entró en el establecimiento. Era un hombre bajito, grueso, sanguíneo; algo moruno y algo moreno; el cabello ensortijado y las manos también. Un hombre con salud y pesetas; un hombre, pues, admirablemente facultado para el amor.

Paseó su mirada por el local, buscando una mesa con la misma avidez que si buscase un ser querido.

El camarero se apresuró a decirle:

— Aquí, caballero; aquí puede usted sentarse, con permiso de la señorita.

La señorita dibujó una sonrisa de asentimiento. (No vayan ustedes a creer que la dibujó en el marmol. La dibujó en su rostro, con el gesto.)

El caballero, sin moverse, se dió un golpe con el dedo índice de la mano izquierda en el ala del sombrero, que, aun cuando no lo pareciera, es un modo de saludar muy siglo XX.

— ¿Quiere usted la carta? — le preguntó el mozo.

— ¿Cómo la carta? ¿Hay alguna carta para mí?

— Digo el *menú*: la lista de los platos.

— ¡Ah, sí, sí! Traiga, traiga la misiva.

Se la trajo el mozo (un mozo de cincuenta y cuatro años corridos), y el caballero se entregó a su lectura con más interés que si se tratase de una novela policíaca. La duda es una terrible enfermedad que acomete al hombre leyendo obras fisiológicas y listas de restaurante. Verdaderamente, es muy difícil deci-

dirse entre una ración de ternera a la nabeira y unos escalopes.

El camarero, viendo que el comensal se había ya leído cuatro veces la carta — que ni que fuera de su madre —, sin decidirse, se acercó a la mesa, y al mismo tiempo que ponía en ella una servilleta, un tenedor, un cuchillo y una cuchara, le dijo por ofrecerle una solución:

— El cubierto son siete pesetas.

— ¡Ah, pues lléveselo! — repuso el caballero empujando la cuchara —. Comeré con los dedos.

— Perdónese el señor — reiteró el mozo volviendo la cuchara a su sitio —. Quiero decirle al señor que por siete pesetas se le dan cuatro platos.

— No me conviene. Por seis pesetas me dan un juego de cacerolas en cualquier ferretería.

El camarero se le quedó mirando, lleno de estupor, preguntándose si aquel regordete era tonto o le estaba tomando el filamento capilar.

Se puso la rodilla en la cadera, y con un tono ya algo chulo objetó:

— ¡Bueno, señorito! Usted dirá qué le traigo, y deje las cuchufletas *pa* en comiendo.

— Mira, pues no sé. Lo dejo a tu elección. Tráeme lo que quieras.

— Bien; pues, entonces, si le parece al señor, le traeré una entrada...

— Una entrada, eso es; pero rebosante, que sea un lleno, porque tengo mucho apetito.

— *Perfektamente*. Después un plato de huevos.

— Muy bien.

— Y un plato de carne.

— Muy bien.

— Y un plato de langostinos.

— Eso. Y otro de porcelana para echar las cabezas.

— *Percatao*. Postre, pan...

— Dos barras para hacer flexiones.

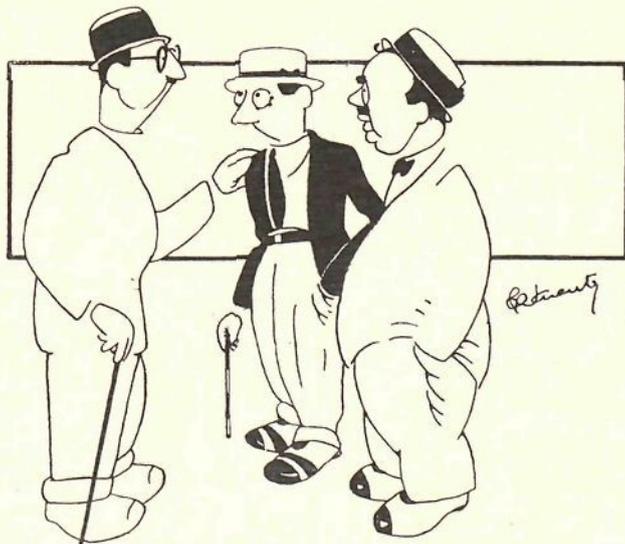
— ¿Y vino?

— Y vino...; y vete y vuelve volando, que tengo un hambre que riete de los famélicos rusos.

A todo esto, ni una mirada, ni una sonrisa a la señorita adjunta. Ella, sin embargo, no dejaba de arrojarle miraditas insinuantes con sus ojos adormecidos. Pero él, como si le mirase Sánchez Guerra.

Vuelta la cabeza hacia el interior del café, esperaba el regreso del camarero con la misma expresión romántica con que las castellanas medievales oteaban, desde una torre, el camino por donde había de tomar de la guerra el doncel amado.

Llegada, al fin, la comida, ingirió con avidez la sopa: ese protoplasma misterioso y caliente que en los cafés se llama *puré* de legumbres.



Dib. FUENTE. — Madrid.

— ¿Qué, ha terminado el bachillerato?

— Sí, lo ha terminado; pero ahora no sé si darle una carrera o meterle en un Banco.

— Mire usted, el banco es mucho más descansado que la carrera.

Sin levantar la vista, engulló después una tortilla a la francesa, con unos tropezones de jamón como para matarse.

Sólo cuando le sirvió el camarero un hermoso bíttec de solomillo, sin duda por asociación de ideas, alzó los ojos y miró con cierta atención a la cortesana. Al terminarlo de comer, la atención se había convertido en interés vivísimo.

Conforme tomaba el postre su interés fué creciendo. Al meterle mano a un flan su mirada se hizo dulcísima. La aparición del queso le inspiró la idea de contemplar los pies de su vecina.

Los miró, y lanzó tal suspiro, que empañó todos los espejos.

Ella se sonrió con los ojos bajos y montó una pierna sobre la otra.

Entonces el caballero empezó a po-

nerse nervioso. Se notaba que quería dirigir la palabra a la *fillette*; pero que no encontraba la frase oportuna.

La degustación de un vaso de café, exaltando evidentemente su pasión por la joven, le hizo decidirse.

Inclinó de improviso el busto hacia ella, y le preguntó con una voz desigual, haciendo un gallo:

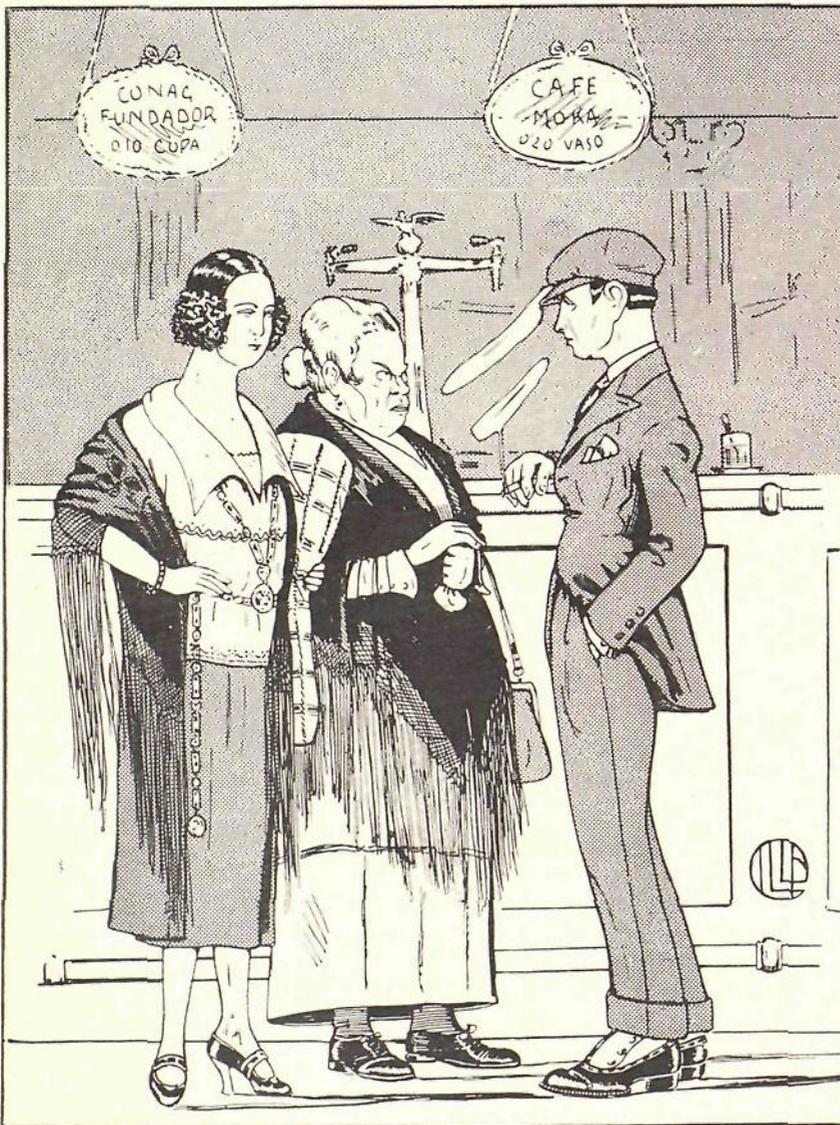
— ¿Usted ha estado alguna vez en Orense?

Fué lo bastante. Media hora después salían juntos del establecimiento.

Y yo quedé completamente convencido de que el amor reside en el estómago.

Está claro como la luz *genital*, que dijo un académico.

FERNANDO LUQUE.



Dib. CILLA. — Madrid.

— Yo quisiera casarme con ésta por el sistema que dice El Comunista.
— Bueno; pero te advierto que por ese sistema la chica ya es viuda dos veces.

EN VOZ ALTA

El Ideal, ¡oh, el Ideal!...

El Ideal, dicho así, no es un establecimiento de tejidos, de quincalla ni de perfumes.

¿Qué es el Ideal?

Hasta hace poco, el Ideal ha estado de moda, como lo estuvo en el siglo pasado el ser poeta, después ser intelectual y ahora ser ensayista.

Con el Ideal han encubierto muchos lo que era imposible encubrir, porque no existía.

¡El Ideal!... 'Se ha hablado de él: «Yo lucho por el Ideal», como se hubiera podido luchar por obtener un destino del Estado.

Los poetas del Ideal no han cesado de traerle y llevarle. En este caso, el Ideal era una cosa demasiado vaga y que se prestaba a diversas interpretaciones.

Era para coger a cualquiera de ellos (cosa fácil de hacer, pues los poetas del Ideal se distinguen entre la multitud por ir uniformados) y rogarle que, en términos concretos, dijera qué era el Ideal, qué entendía por el Ideal...

— ¿Es acaso dejar para siempre esa alimentación imposible de utopías y medias tostadas? ¿Vestir limpio? En fin, dígame qué es el Ideal, a ver si puedo conseguirlo, para que se convenza de que lo menos ideal de todas las cosas es precisamente el Ideal.

Seguramente se hubiera quedado algo confuso ante estas palabras, y entonces se le hubiera insistido sobre lo terrible de ese Ideal con mayúscula, tan terrible, o casi tan terrible, como el pecado y el vergel... No digamos nada del pensil...

— A no ser que usted quiera ser un poeta-modisto — se le hubiera dicho —, no hable aceptando como fundamentales cosas que han de pasar de moda. Acepte usted siempre el desnudo, y, a ser posible, el desnudo del desnudo.

»Ciertas cosas requieren a veces quedarse en carne viva para convencer de la sinceridad de su emoción.

»Este procedimiento quizás le haga más difícil la expresión de lo que tenga que expresar, si es que tiene algo que expresar.

»Pero, ¡por Dios! — se le hubiera dicho para terminar de una vez —, haga por no dejarse llevar de la inspiración. Nada más perjudicial para el artista que la inspiración... Y, sobre todo, el Ideal.

»No hable de lograr ese dichoso Ideal con mayúscula. Tenga siempre en cuenta que el Ideal de todo verdadero idealista debe ser no conseguir su Ideal.

»El verdadero ideal es como la espuma: en cuanto se le aprisiona, deja de ser lo que es.»

FRANCISCO DE TROYA.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado.

XXIII

Desde aquellos veraniegos, largos y voluptuosos días en que interrumpí el envío sistemático y persistente de mis crónicas de París (supongo que con gran asombro de mis lectores, aunque en realidad no me consta que se haya asombrado nadie), han ocurrido bastantes cosas que no tengo más remedio que referirles a ustedes, porque es necesario poner en claro el asunto y tranquilizar al público, al que también supongo muy alarmado, aunque tampoco me consta que lo esté efectivamente...

En primer lugar, he venido de París a Madrid... En segundo lugar, me he pasado mes y pico en Madrid... Y en tercero (y en *tercera*), he vuelto a París el domingo pasado... ¡Y aquí no ha pasado nada... más que el domingo sudicholo!

Me hallo, por tanto, nuevamente en la capital francesa, dispuesto a seguir amenizándoles a ustedes las existencias con mis fidedignos relatos y con mis descripciones rotundas y definitivas, que han logrado que París sea conocido por los lectores que no tenían el honor de conocerle, y completamente *tañado* por los que ya le conocían de vista...

Pero como ustedes querrán saber la razón que me hizo ir a Madrid de manera tan repentina, voy a abrirles a ustedes mi pecho, para que no digan.

Como recordarán los que tengan buena memoria, yo me hallaba magníficamente hospedado, por cuenta de BUEN HUMOR, en el *Grand-Hôtel*. Mis gastos oscilaban (pero oscilaban de una manera alarmante, con vistas a la caída mortal) entre trescientos y trescientos cincuenta francos diarios, franco más franco menos; y si hemos de ser francos, resultaba de esto una dilapidación tan horripilante, que la Gerencia de BUEN HUMOR tembló, la Administración vió cubrirse de canas su cabeza, la Dirección se puso pálida y la Caja se desenchajó... Y el resumen de toda esta cuestión fue un telegrama que recibí, concebido por el Espíritu Santo en estos términos:

«Imposible sufragar estancia. Aminorar gastos. Privese gustos... Busque casa huéspedes, principio, vino... No vaya teatro... No tomé café... Fume de gorra... Desprecie olímpicamente bello sexo... Concurra sitios entrada gratuita... No tenemos inconveniente en que se coloque en algún establecimiento, oficina, portería, cosa análoga, a fin de ganar algo...»

La lectura de este despacho hizo que se me erizasen los cabellos, hasta tal punto que se me perdió la raya y todavía no la he encontrado... Hay que tener

en cuenta que, en el instante de recibir yo el aviso, había en mi bolsillo dos francos y medio, por cuya razón esperaba fondos en lugar de buenos consejos, es decir, que se daba el absurdo caso de que, encima de ser BUEN HUMOR el que me hacía una mala faena, me mandaba a mí un aviso...

La tragedia asomó su carátula de pocos amigos, inundando mi alma del pesimismo de Cambó y de la desesperación de Espronceda. ¿Qué hacer?... ¿Qué partido tomar?... Calculé, acertadamente, que con dos francos y medio no podía tomar partido ninguno, pues dado el precio de las cosas en París, lo único que se puede tomar por dos cincuenta es un café con bollo...

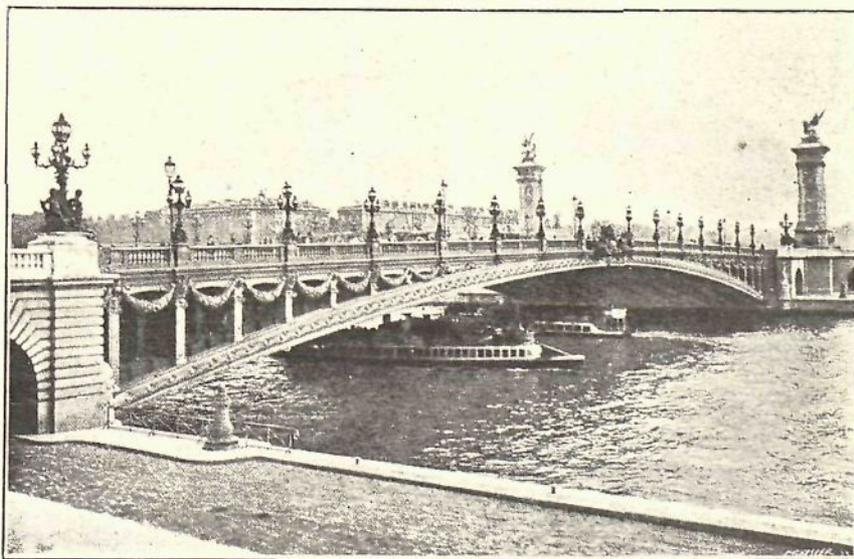
La situación resultaba dramática, tan dramática como para que la llevase al teatro el Sr. Echegaray (D. Miguel) y encima le largaran una grita... Yo debía en el *Grand-Hôtel* la última semana completa, es decir, el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado y el domingo, o para decirlo mejor (puesto que yo debía el dinero en francés), *le lundi, le mardi, le mercredi, le jeudi, le vendredi, le samedi et le dimanche*... Precisamente la víspera de la catástrofe se me había dolido el *ré-*

gisseur de la creciente baja del franco, sin calcular el pobre *monsieur* que los francos de mi cuenta los iba yo a cotizar a cero con cero al día siguiente; o dicho sea en lenguaje un poco menos bursátil, que no iba a poder pagar ni una *gorda*...

Menos mal que en el hotel, gracias a mi renombre universal como literato, se me trataba con bastante confianza, y yo, en justa correspondencia, decidí también tomarme confianzas con ellos; y ¡qué mejor demostración de la confianza que yo tenía con la casa que no abonar la cuenta!...

De todas maneras, pensé en el suicidio, porque habiendo leído en los billetes de banco franceses que los falsificadores tenían pena de cadena perpetua (¡y esto lo leí en un billete de diez francos!...), supuse que el negarse a pagar mil y pico aumentaría la pena hasta la guillotina..., y no me parece exagerado el aumento en relación a la cantidad; razón por la cual aconsejo a los falsificadores que, en vez de elaborar billetes de diez francos, los elaboren de quinientos para arriba, puesto que el castigo es el mismo, y, en cambio, el negocio es mucho más amplio y saneado.

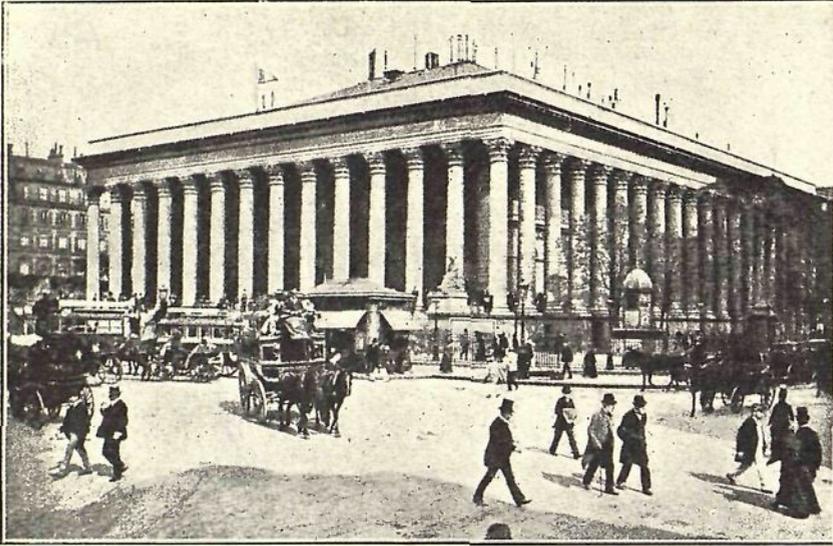
¿He dicho que pensé en el suicidio? ¡Creo que sí!... Pero tranquilícense uste-



EL PUENTE «ALEXANDRE III.»

Magnífica construcción que, a pesar de no tener más que un ojo, tiene una hermosa vista, como podrán ustedes apreciar. Ofrece la particularidad de que el agua pasa por debajo, generalmente; pero en los días que llueve pasa también por encima. Actualmente dicen que es el puente más fuerte de París, cosa que no me extraña, porque tiene una barbaridad de hierro dentro, y el hierro ya saben ustedes que hasta en píldoras da fuerza, de manera que en barras no hay ni que pensar en la fortaleza que proporcionará.

La fotografía está tan perfectamente tomada, que, si alguno de ustedes va a París, le respondo de que lo encontrará todo exactamente lo mismo que ahora lo ve... ¡Es decir, miento! ¡El agua que pasa por el ojo no respondo de que sea la misma, aunque aseguro formalmente que la que pase entonces se le parecerá mucho!...



LA «BOURSE», O LA BOLSA, SI LES PARECE MEJOR

Este edificio, según los bien enterados en cuestiones de arquitectura, es una reproducción del templo de Vespasiano, de Roma. Sea o no sea, que a mi maldito lo que me importa, la casita resulta preciosa; y si echaran de ella a todos los bolsistas resultaría una casa muy honrada. Se darán ustedes cuenta de que el edificio tiene un peristilo de columnas corintias que quita la cabeza, y de que a mano derecha, y muy cerca de las columnas corintias, hay una columna mingitoria que no merece casi nada.

Los arquitectos que construyeron este monumento (no el mingitorio, sino el otro) sobre el año 1825, son los Sres. Brongniart y Labarre, los dos fallecidos, por lo que acompañamos a sus respectivas familias en su legítimo dolor.

des: no hice más que pensar, y en vista de que el agua del Sena estaba sucia, de que no tenía dinero para comprar un revólver, y de que si hubiese tenido el revólver lo habría vendido para *trajearme* un cubierto barato en lugar de hacerme pupa con él, desistí de mi desesperada resolución, y me hice el firme propósito de seguir perteneciendo al mundo de los vivos y de no privar a España de una de sus figuras más interesantes y preclaras.

¡Y aquella noche, en el momento en que en el reloj de *Saint-Sulpice* daban las dos y en el reloj de los Inválidos (que estaba atrasado) daban los tres cuartos, me evadí silenciosamente del *Grand-Hôtel*, sin dar ni un cuarto siquiera!... (Creo que ya he explicado su-

ficientemente que yo estaba mucho más *atrasado* que el reloj que más lo estuviera...)

Según me iba alejando del magnífico hotel, la conciencia me hablaba con más energía, afeándose mi conducta; pero yo no le hacía caso...

— ¡Lo que has hecho, es indigno! (Palabras de mi conciencia.) ¡¡Hay cosas que se pagan, y ésta la pagarás algún día!...

¡¡Pobre conciencia!... ¡¡No me conoces!...

XXIV

Al día siguiente me hallaba yo en San Sebastián, propinando un sablazo de cien pesetas a Sinesio Delgado, que era lo más adinerado que yo pude encontrar en la perla cantábrica.

gracia del mundo, desde el humorismo del primer hombre hasta el del último ultraísta, brindamos a los lectores de sombra las primicias, analizando someramente el buen humor en el Paraíso.

Es indudable que Adán fué quien inauguró la costumbre de reírse de su sombra, acaso por no tener un amigo de quien hacerlo. En el donativo de una costilla falsa para la fundación del bello sexo, creamos ver el más humorístico antecedente de las licorerías y los calceñines de estambre de las tómbolas pro-antituberculosis.

Ya en compañía de Eva, es versión admitida la de que su mujer le engañó con una serpiente (tampoco Eva halló un

Sinesio es espléndido como un día que no esté nublado (sin *esio* no me habría yo atrevido a tirarme a fondo sobre él) y me aflojó la *pasta* a las primeras palabras. Tuve, naturalmente, que referirle mis tribulaciones, y hacerle saber que había hecho el viaje desde París a Hendaya debajo de un asiento (tarifa gratuita) y de Hendaya a San Sebastián encima de la carretera (la misma tarifa); pero añadí que si no había un alma caritativa y altruista que me costeara el traslado de mis restos hasta Madrid por ferrocarril, me vería en la dura necesidad de intentar un atraco o de pedirle el dinero a Romanones (a la sazón estaba también en San Sebastián), lo cual era lo mismo que quedarme sin él...

Sinesio se hizo cargo y me dió los veinte duros... Yo a él le di las gracias, ¡y gracias!..., y doce horas después estaba yo en la Redacción de BUEN HUMOR, armándole la bronca padre al director y profiriendo amenazas contra el cajero...

Por fortuna se arregló todo a los tres meses (mucho antes que lo de Marruecos y que el *lock-out* del ramo de la madera), y como he indicado al principio de esta crónica, el pasado domingo me puse nuevamente en camino para París, desde luego en un plan más modesto que la primera vez; pero con promesa formal de que no se volverá a repetir la broma de hacerme realizar un viaje a pie y sin dinero..., pues esa clase de viaje tengo yo pensado efectuarla por mi cuenta y con mis propios medios...

Heme aquí, pues, triunfador y contento en la *ville lumière*, que en estos días otoñales está *de première*, y en disposición de darles a ustedes cuenta de todo lo sobresaliente, notable y bueno que yo siga descubriendo en sus apacibles ámbitos.

Un apretón de manos a cada uno de mis lectores, los apretones que quieran a las lectoras que lo soliciten y un beso a los niños que tengan la cara recién lavada.

¿Hay quien dé más?...?

ERNESTO POLO.

Paris. — Petit Café Blasius. — Octubre.

ORÍGENES DEL BUEN HUMOR

ADÁN, HUMORISTA

Aunque a la mayoría de nuestros escritores festivos les parezca mentira, el humorismo es anterior a las corbatas de D. Melquiades y a los pantalones de La Cierva. En todos los tiempos el buen humor alcanzó cumbres más altas que *Nacional II*, y en los fastos de todos los pueblos se registran temas humorísticos distintos del veraneo en la sierra, las casas de patrona y las tertulias con piano y pastas.

Teniendo el propósito de dar a luz un robusto tomo en el que se compendie la

amigo de quien echar mano); pero nosotros hemos podido aclarar que Adán, en cuanto a las sierpes, estaba al cabo de la calle, y que sabía que lo de Eva era música. Tanto, que al asegurarle que comiendo de la fruta prohibida sabría más que Dios, él contestó aún más chulamente:

— ¡Que te crees tú eso; pero que no es eso!

Y es que Adán presentía que la infalibilidad estaba reservada a los papas, y que complaciendo a Eva lo más que podrían conseguir ambos era ser papás.

Recordad el histórico acogimiento de hombros con que el primer hombre acogió el mandamiento de desahucio:

el Señor ordenó a Adán: «Saldrás del Paraíso, y te irás al retiro.» Y Adán contestó: «¡Qué más da!»

Después de la expulsión de la pareja amorosa, Adán esculpió la famosa frase, estropeada siglos más tarde en París: «Todo se ha perdido, menos el humor», y lanzó la moda de la *hoja de parra*.

Adán pasó sus desgracias y pasó las de Caín sin que la sonrisa se marchitase en sus labios. En nuestros días nos basta con asistir a una representación de un sainete de costumbres madrileñas para enfermar del hígado, y Adán, ante el verdadero estreno del arte dramático, cuando Caín con un hueso le partió otro a su hermano Abel, sólo exclamó: «¡Qué hijote!», y «¡Qué quijada!»; en cuyas palabras está el origen exotérico del Quijote y del Quijada de la cumbre del humorismo español, con permiso de Villegas, Rivero, Unciti y demás exploradores y aun colonizadores de las páginas cervantinas.

También podemos garantizar a nuestros lectores que Adán fué quien pro-

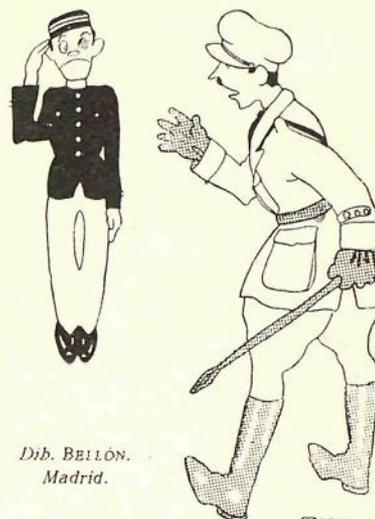
nunció antes de morir otra frase ex temporáneamente, y, sin comprobación, reprisada por otro rey de Francia: «Después de mí, el diluvio»; cosa que en la actualidad piensa *La Veu*.

Por no alargar más nuestra demostración del humorismo de Adán, sólo añadiremos que nuestro ilustre abuelo, al verse en trance de muerte, hizo alardes de buen humor, cosa explicable, puesto que muriéndose esperaba volver al Paraíso.

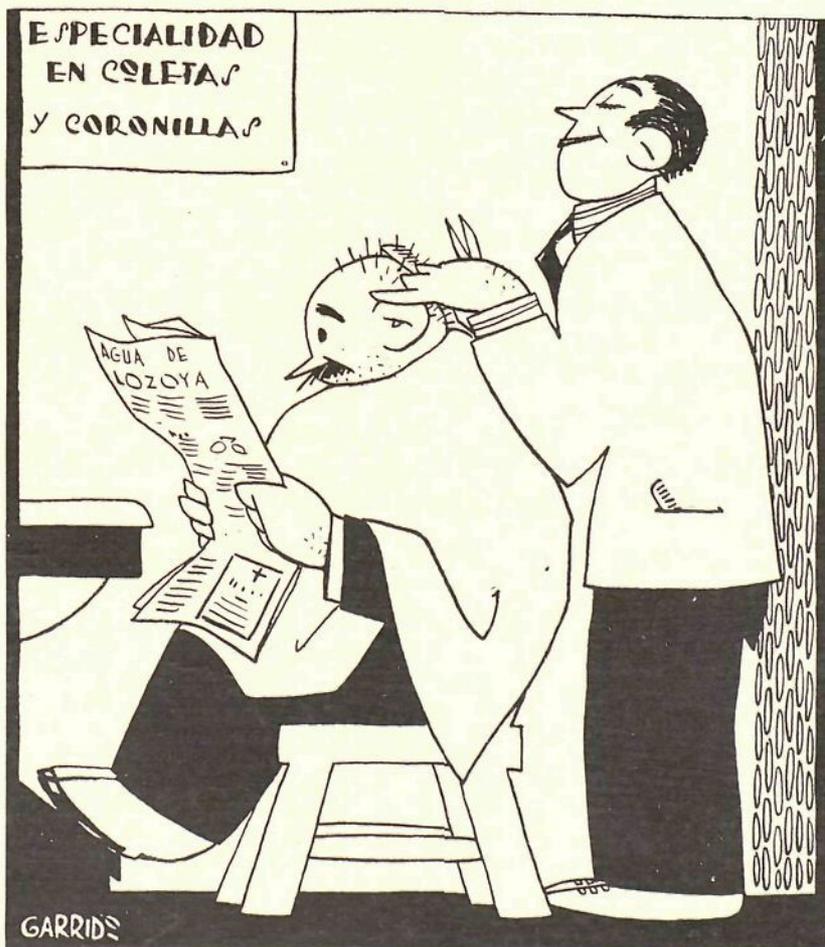
El último rasgo festivo de Adán fué reunir en torno suyo a Eva y a su distinguida descendencia y comenzar a piar desafortadamente. Ni las ediciones ortodoxas de la *Biblia*, ni los más libres comentaristas profanos, han explicado la significación de esta patética escena. Nosotros la justificamos como punto del deseo de Adán de no largarse sin decir ni pio.

Según la *Vulgata*, al pio añadió Adán el tus y mus. El oste y moste fueron formas desconocidas antes de la torre de Babel.

A. P. CAMARERO



— ¡Eso es para que otra vez tengas en cuenta que soy un superior!
— ¡Sí, mi capitán!... ¡Ya me ha hecho usted ver las estrellas!...



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Los días que hay crimen sensacional da gusto cortar el pelo a los parroquianos...

BROMAS DE SALÓN

Por más que Pascual García a la oreja le gritaba, Vicente Gil, que escuchaba, — Soy *teniente* — le decía; y ni a tiros conseguía comprender lo que le hablaba. Y comentando Pascual en un corrillo de gente la sordera de Vicente, exclamaba: — ¡Qué animal! Si a esto se llama un *teniente*, ¿cómo será un *general*?

Aniceto Foronda es un torero que hay que ver lo que inventa y lo que ^{miente}. Toreó el domingo, y dice el embustero que si estuvo muy bien en el primero, en el cuarto quedó divinamente. Y, vamos, esta vez el gran Foronda ha hecho una afirmación que yo com- ^{parto}, por ser una verdad monda y lironda. Donde quedó mejor fué allá en el cuarto. (En el cuarto de baño de la fonda.)

— ¡Menudo acróbata ¡soy!
¡Si vieras qué ágil estoy!...
— dijo a un amigo un *fantoche* -
No hay quien me iguale hoy por hoy. En cuanto hallemos un coche, ¡ya vas a ver tú esta noche qué salto mortal le doy!
Y, en honor de la verdad, por aquella vecindad vieron un camión muy alto; el acróbata dió un salto mortal... de necesidad, y se estrelló en el asfalto con toda felicidad.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.

PROGRAMAS EN EL CORAZÓN DEL ÁFRICA Y EN EL CORAZÓN DE UN OFICINISTA

Tengo yo un amigo que emplea la quinina como muchas gentes el opio, la coca o el éter: para soñar.

Trátase de un hombrecito preso en una covachuela; pero apasionado en su alma por las grandes exploraciones geográficas.

Devora los relatos de los viajeros célebres, y adquirió una silla larga de bejuco, un salacot y una flámula que un ventilador eléctrico mueve evocadoramente. Por último, guarda en un botiquín de campaña las características tabletas amarillas.

De cuando en cuando elige una o dos y las traga, ayudándose con un sorbo de ron.

Y recostado en su lecho, digno de la *verandala* de un pabellón colonial, cubierto con su casco, y bajo el aleteo marítimo de la banderola, cree el infeliz que se encuentra en una de tantas tierras de negros y cocodrilos, plátanos y caucho, y de las fiebres legendarias...

Imaginaos su emoción al enterarse de que en el Real Cinema iban a pasar una película del África salvaje...

No faltó ninguna velada, y la postre, calurosa y húmeda en la sala, como el trópico, y fría en la calle, acatarró al ilusionado descubridor. Y miren por dónde sus fantasías se trocaron en realidad. Tomaba en la oficina las pastillas de quinina, ¡y exclamaba ante sus compañeros:

— En Uganda pesqué este resfriado... Ya se curará, si quiere...

El recuerdo del extraño y remoto país, y el alarde de despreocupación, propio de quien se halla familiarizado con las fieras, se desvanecían con el humo de la pipa, la cachimba inevitable en labios de todos los errantes, lo mismo los del espíritu que los que en efecto no descansan sus piernas.

Dije: «familiarizado con las fieras». Quizás haya error en mis palabras. Porque a lo largo de nuestros estudios, sólo aprendemos a desorientarnos lamentablemente.

Sirva de ejemplo el león. El burócrata conocía al rey de la selva por los libros, la pintura, la estatuaria, la heráldica, el circo y el Parque municipal. Serie completa como una escala de leones casi disecados. Y ahora, en el *film*, se le revelaban otros, sin color, sin tufo y sin estruendo; espectrales, como si perteneciesen a la Luna. Caso de toparse con uno de verdad, ¿no le parecería el auténtico una falsificación?

En esto asomaron en la pantalla unas yuntas de bueyes. Única escena tranquilizadora entre los hipopótamos, los rinocerontes y los chacales, y en el parpadeo negro, sepia o azulenco de unos paisajes inhospitalarios y la fantasmal humanidad de ébano. Los venerables rumiantes tiraban de unas carretas. Era de esperar en el público una manifestación de simpatía y gratitud hacia el animal que hasta allí mismo se somete a nosotros. Por el contrario, poco menos que enojó la presencia suya.

Acaso en el ambiente libre, la imagen bovina traía a cada uno de los espectadores la memoria de sus *jugos* respec-

tivos: el Ministerio, el hogar, el cotidianismo... Resulta, a la postre, que el corazón burgués es un águila encerrada en la jaula de las costillas...

Próximo el final de la cinta, comenzó el desfile de las familias que temían llegar tarde a la cena. En el telón blanco se recortaban las siluetas chinescas.

Y pudo observarse cómo la fauna de los bosques reside en las ciudades. Esa sombra de un papá se confundiría con un búfalo; la niña, con una gacela; su séquito de pollos *bien*, con una manada de antílopes. Y la mamá, con sus plumas en la cacerola del gorro, semejava a cualquiera de las diez mujeres del cabeçilla de una tribu.

El oficinista se convenció de su demencia; pero recobraba con retraso la razón.

Ya le zarandeaban unos estornudos. Y hubo de seguir con la quinina para curarse el constipado, no se sabe si de la ignorada Uganda o del Madrid conocido.

JAVA EN LA CALLE DE MALASAÑA

Salía la bailarina envuelta desde los hombros a los pies en una tela oriental. Sus ojos oblicuos, que no aletean en su cara amarilla, y su abultada boca parlante, aunque inmóvil, acababan de evocar las momias legendarias. Como una que resucitase, con una misteriosa voz, decía de ídolos, faquires, de los ritos oceánicos. Y hecho ya el conjuro, desaparecía como llegó, repentina, silenciosamente, con un relampagueo de su manto tejido con mariposas.



Y el buen público de la *Argentinita*, que cambió su duro en piezas de dos céntimos, como la juglaresa su onza en realitos de plata, no comprendía nada.



Takka-Takka y Yoga Taro: chinos en su quietud, indios en la danza. Pálido el malayo diminuto, con los músculos como unas correas trenzadas. Rostro visionario bajo la greña loca. Actitudes de mago, arquero, esclavo, sacerdote. Y ella, con la piel morena y lustrosa de aceite de coco. Carnes de marfil antiguo en los dos, extraños perfiles chatos y ávidos a la par, manos como jazmines. En torno a las contorsiones que la mujercita copia de las serpientes, los saltos de tigre del funámbulo. Cada movimiento inicia en un secreto de mil años, filosófico o de amor, al arrullo de una cadencia como la que fluye de la flauta de los encantadores.



Y el buen público de Consuelo Hidalgo, la jamona que juega a la comba, no comprendía nada.



Dib. CASTANYS. — Barcelona.

— ¿Yo?... Yo no he sabido nunca a qué nación pertenecía; porque ¡como mi padre era intérprete!...

En el escenario negro, los ídolos de dorada cabeza de dragón, el gong con su cobre como un astro moribundo, el pandero templado al calor del fuego de las brujerías. Sea la primera el espejismo de la lejanía javanesa, con sus volcanes desmelenados en resplandores y humaredas, nunca dormidos; con su selva tropical, donde embriaga el aroma de las especias; con sus montañas que al reflejarse en el mar semejan sumergidos tesoros de piedras preciosas; con sus remotos príncipes que languidecían en lo alto de los elefantes policromados; con su Luna como el Sol, y el Sol de anaranjada bermejez; con sus peces de estampa japonizante; con sus flores que inspiran al decorador según el arte que llaman batic...



Y el buen público, al que los gaceteros de contaduría abandonaron, a cambio de informarle minuciosamente de las intimidades de las estrellas, no comprendía nada.



Por fin se substituyó el orientalismo auténtico por el de la cortina del teatro, pintoresco traslado de Coromandel al satén, y así se desvanecía la pesadila de los más y el inefable sueño de los menos.

SALÓN

Estaba usted, amiga mía, un poco triste, contemplando su jardín con las llamaradas de sus frondas otoñales, que en vano intentaba apagar la lluvia.

Mediaba la tarde, y una melancólica indolencia retenía a la dama en la vidriera, todavía con su quimono mañanero de crespón gris con unos ibis bordados a realce en seda negra y plata.

Sentía pereza ante el habitual horizonte de las frivolidades alrededor de una taza de té, porque se ilusionaba con las maravillosas perspectivas de lo desconocido...

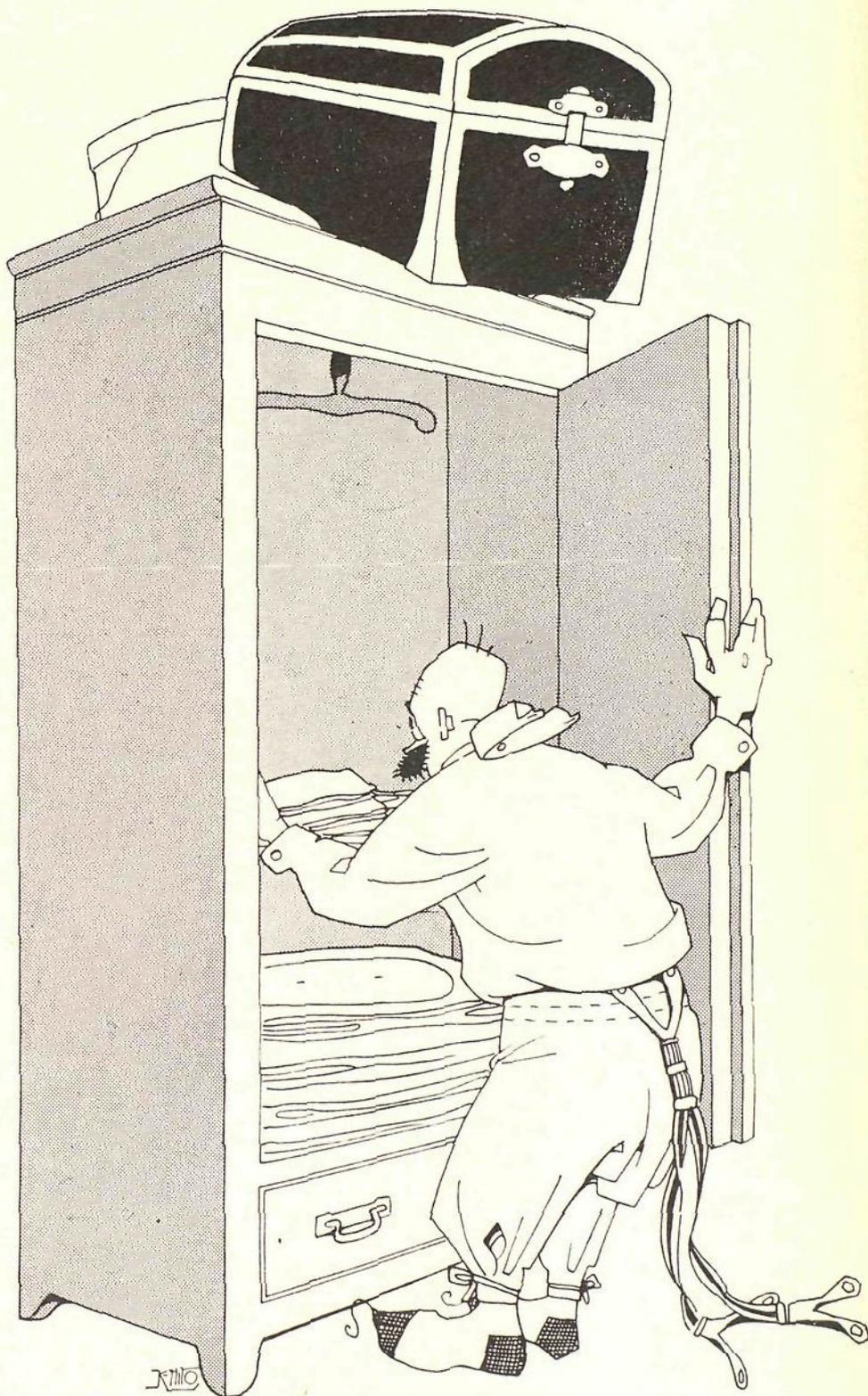
Consíentame, señora, que le dedique la nostalgia de los dos exotismos de mis glosas de hoy, que he preferido no recoger en su actualidad de espectáculos, para que ya fuesen del todo un imposible.

Con esto creo aumentar la distancia de lo que en ella precisamente tiene su encanto, como nuestra deliciosa Magda excusa la h que le cuelga a error, diciéndolo que añade concepto.

¿Se acuerda de la visita que nos hizo el Shah de Persia? Por aquellos días, como si los dioses protestaran contra el sombrero hongo de un príncipe asiático, en unos teatros madrileños acamparon las caravanas y los enigmáticos bailarines, verdadero cortejo frente al protocolario de ministros y policías del sucesor de Tamerlán.

... Pero distraiga a usted de oír llover.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.



Dib. K-HITO. — Madrid.

— ¡Tiene razón mi pobre Elenal... En cuanto me manda a buscar algo, parece que el mundo se me viene encima.

TERCER SALÓN DE OTOÑO

FUNDADO POR LA ASOCIACIÓN DE PINTORES Y ESCULTORES

ASILO DE CUADROS Y ESCULTURAS

Para José Francés.

Salón: confort, penumbras solicitadas, ecos; relicario de tradiciones señoriales; estufa de las sensibilidades delicadas.

Otoño: presentimientos y aristocracia; intensidad que se desvanece en crepúsculos y perfumes.

Salón de otoño: el grito revolucionario del arte en Europa; delirante aquelarre de las almas visionarias; suprema protesta contra el chaqué condecorado.

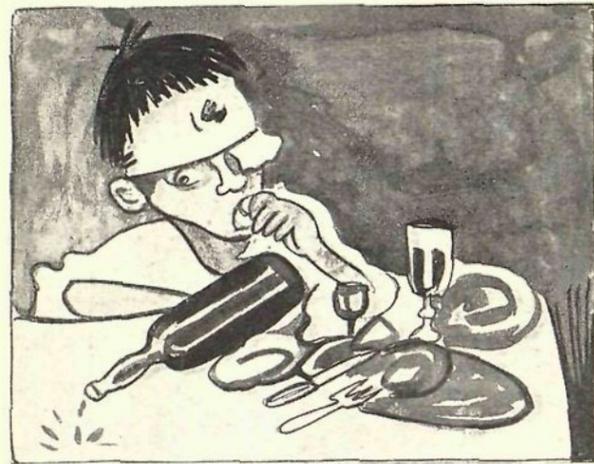
Pero en nuestro Retiro, opacos y húmedos almacenes de antiguallas.

Y afuera, el parque, con sus oros y sus rojos, con sus nostálgicos espejos de agua encantada, con su azul más allá del cielo; magnífico salón, magnífico otoño. También salón de otoño, con sus enamorados y sus melancólicos, que substituyen a los burgueses digestivos del resto del año.

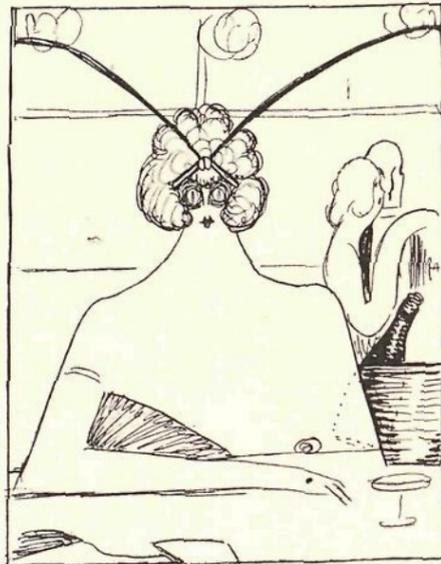
Las hojas secas se arremolinan y quisieran penetrar en el palacete; zarpas vindicatorias, encendida legión de fascistas que amenazan a los usurpadores del nombre de artista.

COLOR

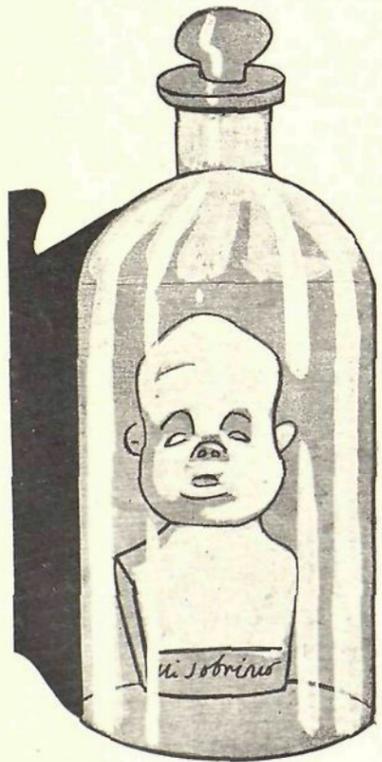
Caricaturas de Fresno y Robledano.



Número 176. — GULA, por Osmundo Martínez. — En el corazón del África salvaje, película de serie, quinto episodio.



Número 230. — LA SEÑORITA: «CABARET», por Adolfo Pelayo. — «Se creen que me van a timar; pero se llevan chasco. ¡Yo no pago más que media botella!...»



Número 517. — RETRATO, por Miguel Rufo. — Un sobrino bastante lejano de Donatello... guardado en alcohol.

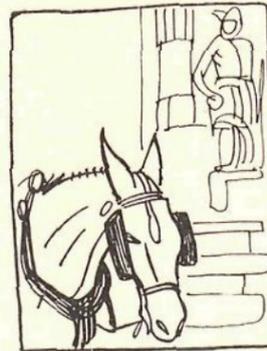


Número 113, RETRATO, y número 112, EN EL ESCENARIO, por Pedro García Camio.

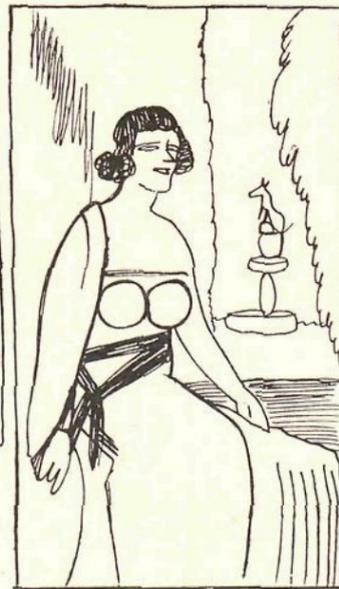
— ¡Yo soy la chata primera!... ¡Yo la segunda!... ¡Yo la tercera!...



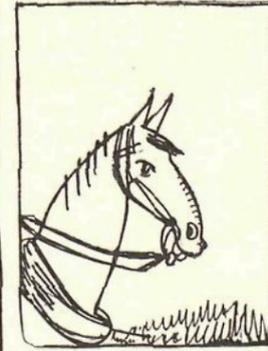
Número 116. — NIÑA ASTURIANA, por José García Lafuente.



Número 272. — EN ESPERA, por Rafael Segura.



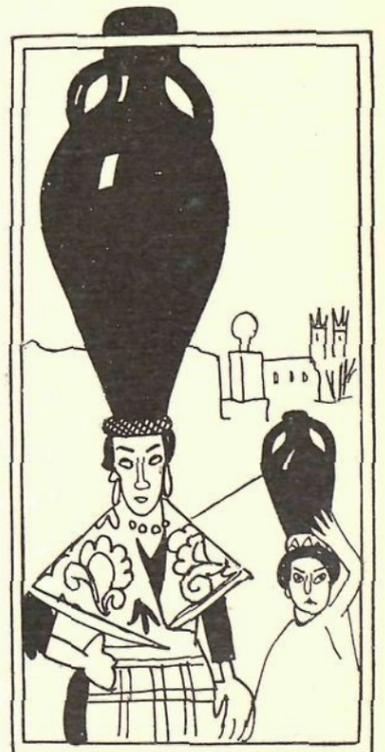
Número 284. — RETRATO, por Enrique Sierra de Silva. Caballitos... y ruletas.



Núm. 271. — CABALLO ÁRABE, por Rafael Segura.



Número 107. — DOS AMIGOS, por José Fernández Prestel. — ¿Dice usted dos amigos? A nosotros nos parecería mejor dicho «Los dos amigos y el oso».



Número 44. — CAMINO DE LA FUENTE por Eulogio Blasco. — «¡Pues sí que ha sido una idea poner aquí este marco pa que no pase el cántaro.»

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN RUEGO ATENDIBLE

Hemos leído con verdadera satisfacción, por la modestia y la sinceridad que revela, una carta que varios músicos que concurren al Concurso de partituras de la Sociedad de Autores dirigen al señor presidente de ésta.

Solicitan que los frutos de su inspiración no sean juzgados por profesores competentes, como los del Conservatorio de Madrid.

— Son muy malas — vienen a decir — las cosas que hemos enviado al Concurso. Unos músicos de verdad, como los que componen el claustro del Conservatorio, encontrarán deleznable las obras que escribimos. Nos van a *mondar*.

Los concursantes acuden hasta a los razonamientos sentimentales para que la Sociedad de Autores oiga su angustioso ruego.

— Somos jóvenes — exclaman —, y nuestra música necesariamente ha de ser *fácil* y hasta imperfecta...

Nosotros queremos unir nuestro rue-

go al de esos músicos incipientes. Nos ha conmovido su triste carta, llena de sinceridad. Pedimos que se les complazca en lo que solicitan, que los porteros de la Sociedad de Autores fallen en el Concurso, que se les concedan los premios, y hasta se los paguen. La única condición que hay que ponerles es la de que las obras no se estrenarán nunca.

¿Para qué vamos a molestarnos en oírlos, si ya sabemos, por boca de sus propios autores, que las partituras son francamente malas?

Sinceridad por sinceridad.

LOS ÉXITOS DEL SR. SILVA

Cuando escribimos las presentes líneas están a punto de inaugurarse las temporadas de Lara, Eslava y el Español.

Unas pocas horas más y podríamos dar a nuestros lectores cuenta detallada de las respectivas novedades, o sean los estrenos de *Grano de mostaza*, de Serano Anguita y Tellaeché; de *El con-*

flicto de Mercedes, de Muñoz Seca, y del sainete en un acto, de los señores Paso y Silva Aramburu, con que inaugura Ricardo Calvo el teatro municipal.

Pero estas cuartillas han de encontrarse ineludiblemente en la imprenta de BUEN HUMOR antes de la fecha señalada para los anteriores acontecimientos.

Resignémonos, pues, y aplacemos hasta la semana que viene el alabar como merecerán, sin duda, las obras que hemos citado.

Eso no obstante, señalemos con elogio el acto de desinterés que supone en el Sr. Silva Aramburu dar un sainete al Español para que lo estrenen el día del *début*.

Ustedes saben que el Sr. Silva Aramburu es poeta y concejal.

Como poeta, obtuvo el primer premio en los Juegos Florales organizados por el Municipio madrileño hace dos o tres años con motivo de la Fiesta de la Raza.

Como concejal, su actuación ha merecido también éxitos ruidosos...

Y ahora, como concejal poeta, consigue el de estrenar en el Español el día de la inauguración de la temporada!

Nosotros sabemos que el Sr. Silva renunciará a todos los derechos de representación que puedan corresponderle. Por lo visto, no quiere que nadie piense, dada su escasa altura literaria, que se aprovecha del cargo que ostenta para estrenar una obra en el teatro del Ayuntamiento.

Se lo echarían en cara los concejales, como ya hicieron con otras cosas tan sin importancia como ésta.

¡Parece que le tienen manía!...

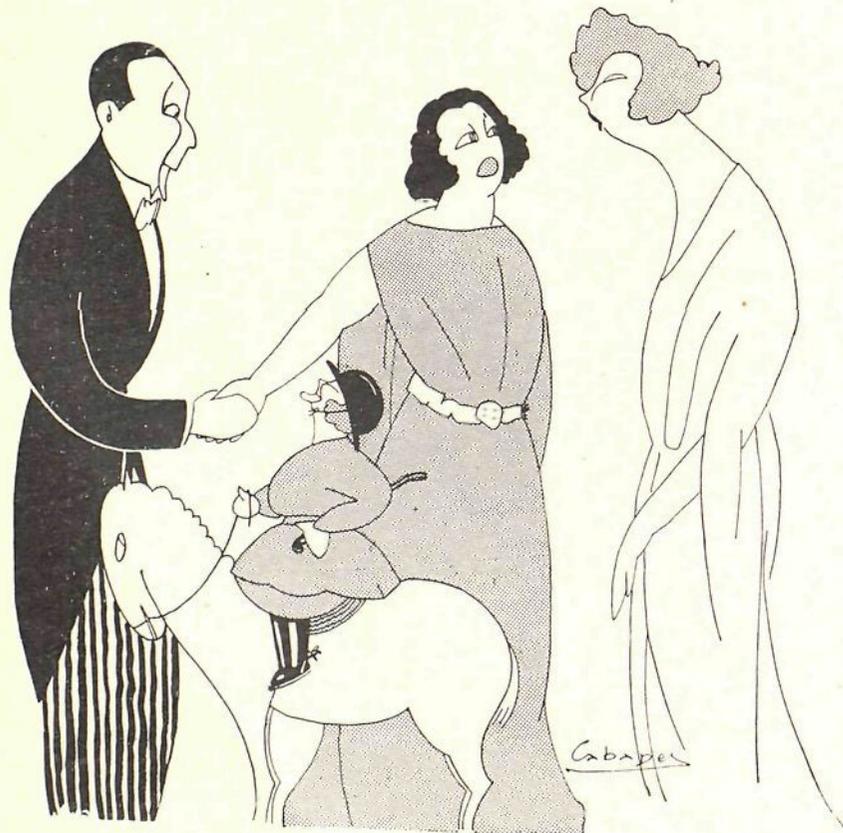
¿QUÉ HACEMOS CON EL DIFUNTO?

Después de los piropos que la crítica ha dedicado al insigne García Alvarez, nosotros apenas si encontramos adjetivos para dedicar a *Larrea y Lamata*, o *¿qué hacemos con el difunto?*, comedia llena de *espiritualidad* y *delicadeza* que el mentado García Alvarez nos ofreció noches pasadas en el teatro Cómico.

Maloliente, irrespetuosa, grosera, sin gracia; todo esto, y mucho más que esto, dicen los críticos que es la novísima producción de García Alvarez. O lo que es lo mismo: que quien no *l'arrea*, *la mata*. Y una vez muerta, nosotros nos preguntamos con el autor: *¿qué hacemos con el difunto?*

Lo más lógico, a nuestro juicio modestísimo, sería darle piadosa sepultura, y luego entregarlo al olvido, no sin antes perdonar sus muchas culpas, y las del autor, y hasta las de los artistas que la representan.

José L. MAYRAL.



Dib. CABANES.

Señoritas Montosa, Lajos y Moneró y Sr. Navarro, del *Infanta Isabel*, en *El paraíso cerrado*.

PEQUEÑAS EUTRAPELIAS
¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Un bailarín francés, el señor Piau, acaba de matar dos pájaros de un tiro, es decir, acaba de inventar dos cosas de un golpe: una nueva danza, y una palabra nueva, denominadora de la danza.

Además de coreógrafo, monsieur Piau es un lingüista.

Il est un chorégraphe fourré d'un linguiste — dice el cronista transpirenaico del que tomamos estos datos, porque nosotros no tenemos el honor de conocer a Piau ni por el *fouillé*.

Como coreógrafo, el susodicho Piau ha obtenido el premio por su invención en el Congreso internacional de los profesores de baile recientemente celebrado en París. Como lingüista, es de suponer que la Academia de su país no le olvide en el *Diccionario*.

La nueva danza se titula *Le houli*, lo cual parece ser la masculinización de *La houle*, o sea, en castellano, *El oleaje*. ¡Ole! O si se quiere, ¡ola!

El oleaje es, naturalmente, un baile de mucho movimiento, de avance y retroceso, de flujo y reflujo, y tengo para mí que va a eclipsar a todos los modernos tan en boga, desde el *zorra-trot*, hasta el *oso-trot*, pues sobre que para boga nada como el oleaje, *El oleaje* echará espuma. De ahí que será lo que se llama la espuma de la danza.

Su ritmo, en conjunto, está tomado «del balanceo mecedor del mar»; pero en detalle, costa de diversas variantes, que no alteran su esencia eminentemente marítima.

La primera de sus figuras consiste en el *houli* propiamente dicho, que es el suave vaivén, el acompasado cabeceo, por el que, mucho antes de que se le ocurriera al tal Piau, ya suspiraba el bajo de *Marina*:

«Dichoso aquel que tiene
su casa a flote,
y el propio mar le mece
su camarote.»

Vienen después el rizo, el círculo y las puntas, y luego la indecisión que precede a la ondina, que es cuando calculo yo los bailarines se deciden a sumergirse en el inmenso piélago para ondinear.

Una vez la pareja con el agua al cuello, todo lo que hay que danzar después no puede ser más lógico.

Y aquí sigue la figura indicada con «el paso de la barca», y a fuerza de meter los remos — nunca como ahora pudo decirse con mayor propiedad —, la pareja se salva.

Por fin llegan a la hospitalaria playa, y saltan a tierra, y con «el paso marino» hacen el paso final [de la danza de *El oleaje*.

Esta danza, pues, es una danza de ideas, y una danza de tesis, que se demuestra por la vía húmeda. Deben de acabar los ejecutantes hechos una sopa.

Queda, sin embargo, incompleta. Me permito proponer a Piau, aunque me conteste que ¡miau!, una ampliación de *El oleaje* con tres figuras más.

Primera figura: *El mareo*; accidente muy a propósito, por su propia naturaleza, para combinar las piruetas de mayor fantasía, y, a la par, los pormenores de mayor realidad.

Se le pudiera también titular a este paso «el cambio de la peseta».

Segunda figura: *La tempestad*. Las olas y los vientos se encrespan; se desatan truenos y rayos, y, para remate, música de *jazz-band*.

Momento de baile trágico.

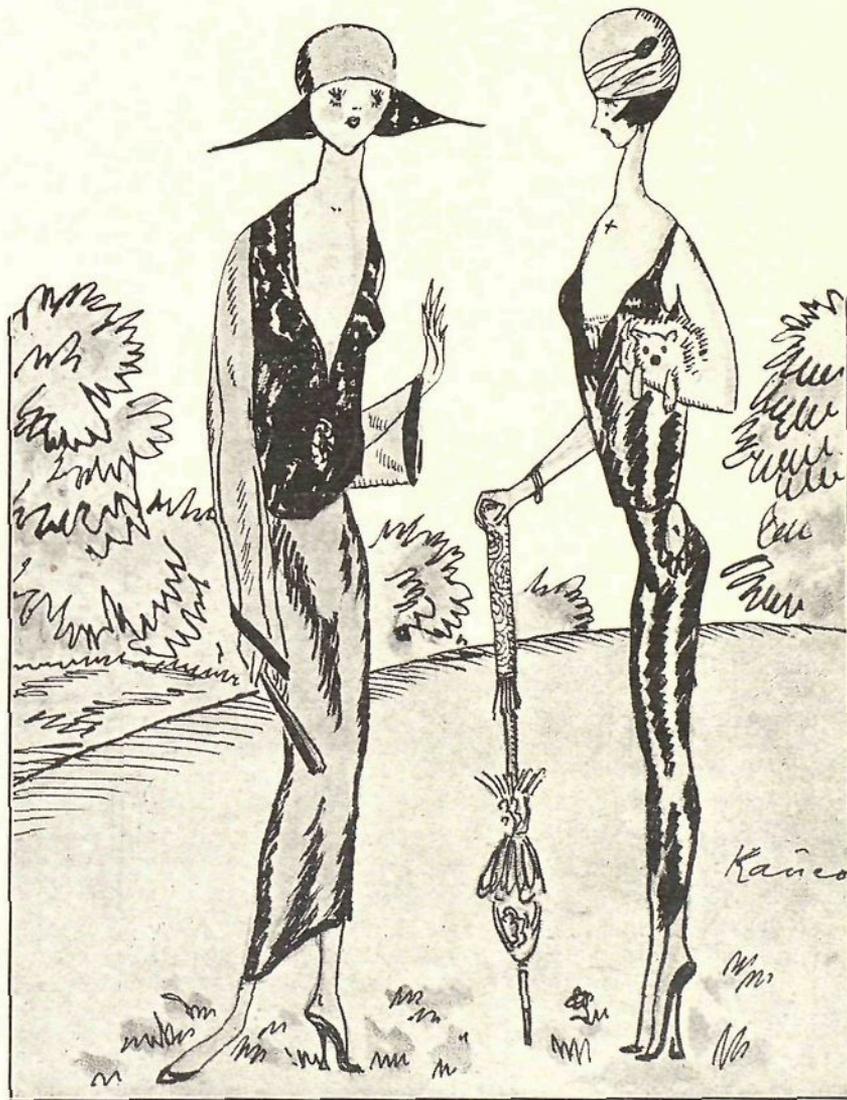
Figura tercera y última: *El naufragio*. Y si se quiere el desenlace optimista, la tabla salvadora y el *ritornello* mecedor con el *Vals de las olas*:

«O-o-o las queal lle gaaaar...»

Así, la nueva danza, que por ser francesa — como dice el aludido cronista — es elegante, graciosa y original, sería, además, lo que, sobre todo y ante todo, pide su título:

La mar de *salá*.

JOSÉ DE LASERNA.



Dib. KAÑEO. — Madrid.

— ¿Cómo no ha venido tu hermana? ¿Está mala?
— No, hija... Es que desde que se llevan otra vez las faldas largas, no nos podemos hacer más que una para las dos.

TITIRIMUNDILLO

Chirigotas a propósito del Tenorio:
¿En qué momento de la representación puede incluirse el anuncio de un purgante?

En el quinto acto, cuando aquello de

«... obra bien, y a tu lado me tendrás.»

Para obrar bien, ¡el purgante!

Otra:

Una equivocación de don Juan.
Cuando en el cuarto acto le dice Mejía:

«— Es tan vil como el ladrón
que mata y roba.»
«— ¡Esto más!»

Ésa es la equivocación de Tenorio,
que dice: «¡Es Tomás!»; y no es Tomás,
es don Luis.

Otra, y no va más.

Como es sabido, el papel de la obra
que mejor se representa en todos los
teatros es el de comendador.

Esto lo reconoce el propio Tenorio
cuando, dirigiéndose al escultor, le
dice:

«— ¡Hola! Aquí el comendador
se representa muy bien.»

«Celia en estado de sitio.»

Nos había usted asustado al decir
que estaba en estado.

Creíamos que se trataba de otra
cosa.



IDILIO

Dib. BELLÓN. — Madrid.

— Si el bestia de tu padre se opusiera a nuestros amores..., ¡sería para mí una terrible golpe!...

«El imperio de la literatura.»
Si es Imperio, no es la literatura. Es la Pastora.

— En el teatro de Fuencarral se trabaja con gran empeño.

— ¿Qué han puesto últimamente?

— Los diamantes de la corona.

— ¿Los diamantes? Entonces, si que se ve el empeño.

Entre cómicos.

— ¡Caray, Regúlez! ¿De dónde vienes con la cabeza toda entrapajada?

— De una tournée por provincias. Chico, ¡qué Tierra baja!, ¡qué Cardenal!

— No; si lo del cardenal ya lo veo. ¡Llevas ahí todas las representaciones!

«La flauta la inventó el dios Pan.»
Entonces, ¿por qué se llama flauta?
Porque, siendo cosa de Pan, no vemos la tostada.

Aun se lee en los periódicos el regreso de algunos veraneantes.

¿Saben ustedes quiénes son éstos?
Los que han tenido que venir a pie por la carretera y empujando el baúl.
Y es que una cosa es ir con tondos, y otra salir de las fondas.

«No saquemos las cosas de quicio.»
¡Hombre, claro!... Ni las cosas ni las puertas.

PALIQUE DE ACTUALIDAD

EL PALACIO DEL HIELO

— Imposible hablar de otra cosa. Es el acontecimiento de la semana; ¿qué digo de la semana?, del mes, y aun mejor del año.

— Sé a qué te refieres; pero no creía que en martes...

— Es mañana, lunes; pero aunque fuese martes, ¿qué importaría? Para Marquet no existen los trece ni los martes. Sus geniales concepciones triunfan siempre, porque siempre son de grandeza y de gusto depurados. Además, el 30 fué el día señalado por el Rey para la inauguración.

— Verdaderamente, es genial eso de hacer en Madrid un Palacio del Hielo, aquí, donde muy cerca, en otro palacio, si convirtieran en piscina el hemicycle, rápidamente se helaba el agua, al contacto de tanto fresco.

— Y lo maestros que son en patinar sin patines, sobre todo desde el banco azul.

— Será cosa de no perder una sesión.

— ¿Del Congreso?

— No; de patines en la grandiosa pista del Palacio del Hielo.

— Una cosa me preocupa.

— Lo supongo. La *toilette* para los tés en tan espléndido local.

— Sí; porque las reuniones resultarán altamente ceremoniosas.

— Claro; porque será difícil romper el hielo de la pista.

— Y el flirteo, de una gran discreción.

— Por lo resbaladizo del pavimento.

— En fin, que estoy dispuesta a lanzarme a bailar, aun cuando sea con patines y gorrito de astrakán.

— Claro es que de estos palacios del hielo ha debido de salir la moda de los trajes de los grandes descotes y las pieles.

— Así se compagina la agradable calefacción del salón con el frío de la helada pista.

— ¡Admirable, admirable! Este Marquet es de lo más europeo que existe.

— Mañana nos veremos en el Palacio del Hielo. Ya tengo la invitación.

— Yo, no. Pero la buscaré, y ya sabes que en lo que me propongo...

VICTORIA SEGURA.



»No bien había terminado estas operaciones, cuando aparecieron nuevamente los salvajes. Se acercaron a mí con grandes muestras de respeto, y colocándose en el centro de las dos filas que formaron, me condujeron al palacio real.

»Pronto comprendí que yo aparecía ante ellos con un carácter casi sagrado. Lo comprometido era el no poder hablar una sola palabra en su idioma. Los primeros días, a sus muchas preguntas respondía gesticulando; pero como esta situación no podía continuar, procuré aprender las palabras necesarias, y un día en que el pueblo estaba reunido en solemne fiesta, encarándome con todos exclamé: «¡Soy mudo!» Y desde entonces pude vivir tranquilo. Lo que cuidé, sobre todo, fué que no notaran mi acento madrileño, pues esta gente tiene mucha rabia a los de aquella tierra, desde que un vivo de allí les pagó con un par de castañuelas y una botella de Valdepeñas dos arrobas de platino.

»Cuando te vi llegar me propuse velar por ti, y así lo he hecho hasta ahora; pero tengo que darte una mala noticia: me han nombrado embajador cerca del emperador de las islas Quisquillas, y parto mañana. No creo que te suceda nada malo, pues esta gente se está volviendo vegetariana. De todos modos, vive alerta, y no tengas confianzas con nadie. Solamente puedes depositar tu confianza en la bella Chirimoya, que me consta siente por ti una verdadera debilidad.

»Y ahora, muchacho, debemos despedirnos. Ya sabes que has tomado posesión de tu casa, y que puedes usar con absoluta confianza la guitarra, la cafetera o las zapatillas.»

La despedida fué más tierna y dulce que la mantequilla de Soria en verano.



BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

Han pasado dos meses desde la partida del canónigo Karakull (*né Pelanas*) y cerca de diez años del arribo a la isla de nuestro protagonista. Este ha podido apreciar la dulzura del trato de la bella Chirimoya, delicado retoño de aquella tierra.

En el momento en que reanudamos nuestra relación se preparan brillantes festejos para celebrar el triunfo de las armas whiskeyanas sobre sus odiados vecinos los pelagatos.

Ludovico ayuda a Chirimoya en la preparación de un espectáculo nuevo, con el que se trata de sorprender agradablemente al rey. Llega el día de la fiesta y el número del programa (que no está en el programa) a cargo de la bella Chirimoya.

Aparece ésta en un pequeño escenario y empieza a cantar el cuplé *El plátano verde*, que es escuchado entre fuertes rumores. Hay que reconocer que abundaron los gallos. Sigue, no obstante, con *El tarrabos de fiesta*, y cuando empezaba los primeros compases de un tango tibetano, el público, en pie, grita, ruge, arroja cocos (que infunden miedo a la pobre artista) y clama por la prisión de la Chirimoya.

El rey — que ha recibido una delación de la ayuda prestada por Ludovico — decreta la muerte de la joven por el crimen de lesa arte de haber querido ser cupletista y por haber tenido trato con otro hombre. Respecto a Ludovico, ordena que, después de la ejecución de la bella Chirimoya, le corten los dedos, la nariz más tarde, y, por último, el cuello.

El día de la ejecución el cielo amanece nublado y Ludovico sombrío. Siente, más que lo que le espera, la muerte de su amigo, único consuelo que después de la partida del *Pelanas* le queda en la isla.

Cerca, muy cerca de la playa la joven debe ser ejecutada. ¿Procedimiento? La horca. Si ha delinquido por la garganta, que por la garganta muera. El árbol que será el instrumento inconsciente del crimen tiene una particularidad extraordinaria. Dos de sus raíces salen en direcciones contrarias a nivel del suelo. A una misma distancia del punto de partida suben perpendicularmente, para unirse en lo alto. Aquella raíz es una raíz cuadrada.

El pueblo entero va a presenciar la ejecución. Ya está todo preparado.

Ludovico se duele de su impotencia para salvar a la joven. De pronto tiene una idea. La horca está muy próxima a la orilla del mar. Se esconde detrás de unas peñas, y con una fuerte cuerda, hecha con fibras de caraguayguay, enlaza la raíz donde se ha instalado el suplicio. Tira con

toda su fuerza. ¡¡Todo en vano!! No puede extraer aquella raíz. ¡Si al menos fuese dentista o matemático! Está metido en el mar hasta las rodillas. Siente algo viscoso que roza sus piernas. Mira, y se queda congelado. ¡¡Un pulpo!! ¡Ah! ¡Su muerte, una muerte horrible, coincidirá con la de Chirimoya! Y, sin embargo, de repente rie triunfador. Ha tenido una idea que puede salvarles. Cerca de él está el collar de perro mastín que conservó del perdido buque. Veloz, lo ata en torno de su pierna, y con ademán sublime y desesperado la ofrece al monstruo, que la acepta complacido. El tentáculo va ciñéndose cada vez más en torno del collar. Esto precisamente es lo que desea Ludovico. Cuando siente que el pulpo redobla sus esfuerzos para arrastrarlo a los oscuros dominios de Neptuno, él tira con un supremo esfuerzo de la cuerda. Su empuje y el del repugnante animal están a punto de completar la obra. Gime la horca, se balancea suavemente primero, violentamente después, y al fin cae con estrépito al mar. Ludovico recoge entre sus brazos el inanimado cuerpo de la joven. El niño no olvida que aun queda otro terrible peligro: el de desprenderse del pulpo, que, enfurecido al clavarse los agudos pínchos del collar, redobla sus sacudidas. Pero éstas de pronto se hacen más débiles. ¿Cómo explicarse este cambio? Nada más fácil. Al caer la raíz que sostenía la horca golpeó fuertemente en la cabeza del animal, y o le mató, o le produjo conmoción cerebral por lo menos.

Del mar nada hay que temer. Pero ¿qué harán ahora los salvajes? Ludovico tiene alguna confianza en su suerte y en la influencia que sobre aquéllos tiene todo lo que se presenta con carácter extraordinario.

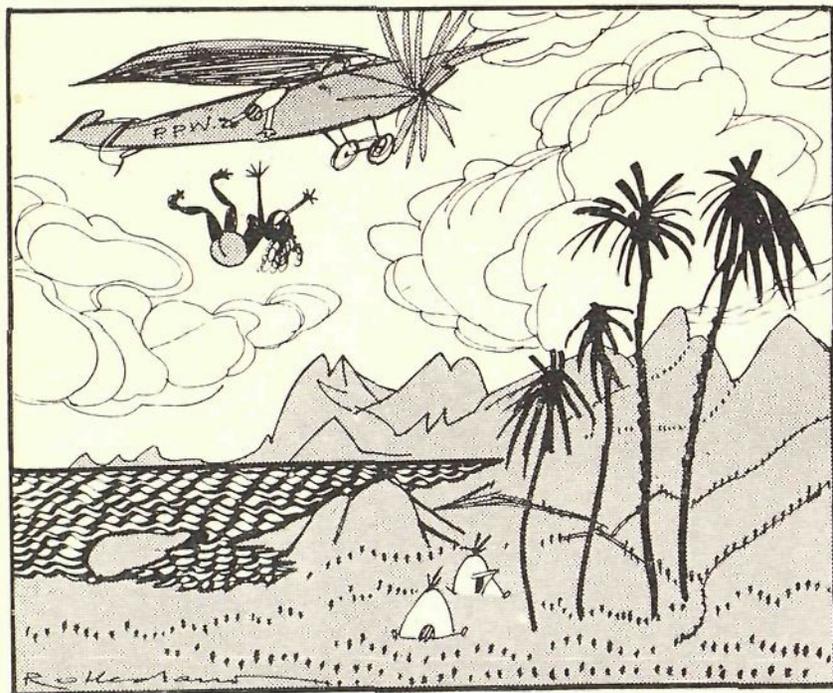
En efecto: el rey, con bondadoso continente, se adelanta.

— Sois libres — les dice —; pero no podréis en lo sucesivo vivir cerca de nosotros. Tomad — añadió. Y acompañando la acción a la palabra, les dió unos agucates, una patada en el sitio más carnoso y un hueso de mamut —. Y ahora — agregó volviéndoles la espalda —, a hacer piruetas.



La pareja vive vagando tristemente por los espesos bosques, por las claras llanuras, por las altas montañas, lejos siempre del trato con los hombres.

Ludovico tiene un plan, que es lo único que puede tener. Piensa encender frecuen-



temente grandes hogueras en los picos más elevados para atraer así la atención de los buques que pasan a considerable distancia de la isla.

Un día logra prender fuego a una considerable cantidad de alcornoques. Las llamas suben a gran altura. A tan alta, que parecen alcanzar a un extraño pájaro que vuela sobre la isla. Buscando tal vez la causa de aquella descomunal fogata, empieza a descender. Ludovico y Chirimoya oyen un enorme zumbido sobre sus cabezas. Miran. Chirimoya se queda perpleja y Ludovico estupefacto. Sobre ellos vuela un pájaro colosal de percalina, de metal y de muelles como los somieres. Está a veinte metros. El niño, no teniendo otra cosa que agitar, agita el faldón de la camisa. El pájaro comprende. Arroja algo como un ancla. Ludovico sujeta a Chirimoya por el taparrabos, se sientan en el extraño artefacto, y pronto se ven transportados a gran altura.

Los abandonáramos ya que parece que van seguros en el aeroplano salvador, si otra desdicha más no tuviese lugar antes de abandonar aquellos lugares.

Faltaba poco para salir del perímetro de la isla, cuando Chirimoya, por no haberse desayunado aquella mañana o por la falta de costumbre, sufrió un desvanecimiento, e inconscientemente, al tiempo de desmayarse rasgó el taparrabos, y describiendo eses y zetas en el espacio, dió con su cuerpo sobre el blando y mullido césped, que la cubrió como una mortaja de esmeralda...

Ludovico tiró de la cuerda y el aviador planeó sobre el sitio en que yacía el cadáver...

El niño miraba tristemente los despojos de aquél cuerpo bello; contemplaba a su

dulce compañera de dichas e infortunios, y unas lágrimas, última plegaria que recibiría Chirimoya, atravesaron el azul y cayeron en el verde...

¡Oh Chirimoya, que pensaste un día en eclipsar a la *Chelito* y demás canzonetistas que en el mundo han sido!...

¡Pobre Chirimoya, que, pretendiendo haber llegado a ser la favorita del rey, y desvanecerte de amor, de ilusión y de orgullo entre sus brazos, terminaste en una tortilla!...

CAPÍTULO III

En el tejado del rascacielos. — Con el rey de la cartulina. — Ladrón sin saberlo. — Persecución. Salvado.

¿Cuánto tiempo en el aire? Ludovico no podría haber contestado. Remolcado de aquella extraña manera había perdido toda noción de tiempo y de distancia.

Iba adormilado, insensible, por tanto, a todo.

Se sintió elevado bruscamente. Abrió los ojos y miró hacia abajo. Dejaban atrás una figura, una estatua enorme que sostenía algo en una mano. El joven se estremeció. La Libertad, iluminando al mundo, que decora la entrada de Nueva York, había estado a punto de partirle en dos.

El aparato y su apéndice, Ludovico, se deslizaban suavemente sobre la gran ciudad. Iban muy bajos. El joven contemplaba a vista de aeroplano las suntuosas avenidas, las calles rectas, las cuidadas plazas, los elevados edificios. Sintió imperiosos deseos de pisar en firme, y para llamar la atención del piloto, tiró de la cuerda.

Como contestación, cayó junto a su mano un tubo acústico.

— Quisiera tomar tierra — dijo Ludovico, haciendo uso del aparato.

— ¡Tome lo que quiera!... — respondió el piloto —. Le descargaré donde pueda, porque estoy de pizarra y no me es posible aterrizar.

El aparato se detuvo sobre uno de los rascacielos neoyorquinos, uno de los más colosales: cuarenta y tres pisos, sin contar el sótano, las buhardillas y la azotea.

— ¡Suelte las amarras! — le gritó el aviador.

Ludovico obedeció, no sin antes tributar frases de despedida y agradecimiento a su salvador, que siguió su viaje.

El joven se sintió feliz en el primer momento. Pisaba en tierra firme. La alegría, sin embargo, duró poco: el suelo era firme, pero resbaladizo. La situación era peligrosa. Avanzó con todo género de precauciones. Una claraboya se interponía en su camino. Trató de dar un rodeo para evitarla; pero una vacilación le hizo perder el equilibrio y cayó sobre los cristales que, al romperse y dejar paso a su cuerpo, hicieron gran estrépito.

Otro casi igual se sintió al cabo de un rato, cuando los pedazos llegaron al portal después de cuarenta y tres pisos con azotea y buhardilla.

Los porteros de los diferentes pisos, la enorme cantidad de personas que subían y bajaban en aquel momento, levantaron la cabeza, y se oyó una exclamación de terror. Sobre el hueco de la escalera, sujeto al parecer por un pequeño apoyo, estaba un hombre.

Era Ludovico, que, al quebrarse el frágil piso donde tomó apoyo, había quedado sujeto por un ojal del chaleco a un pequeño saliente del soporte metálico de la claraboya.

¡Se hacía necesario salvarle!... Avisaron a los bomberos, y con la escala de éstos, con la de salvamento de la casa y con la de Jacob — un vecino judío y joyero que prestó la suya —, se vió al fin Ludovico libre del peligro y entre los cuidados y atenciones de un grupo de gentes. Estos le observaban ahora con asombro, con estupefacción. «¿De dónde salía aquel hombre — se preguntaban sin duda —, con aquella extraña indumentaria?» Llevaba tres plumas en la cabeza, sujetas por unas fibras vegetales, un chaleco, una camiseta con tatuajes, calzoncillos, y un taparrabos sobre ellos; los pies envueltos en grandes hojas de árbol, y pendiente de la cintura por medio de unas cuerdas, un cráneo con una substancia negruzca dentro...

— Es un peliculero — dijo un poco despectivamente un empleado.

— Es cierto — agregaron varios, y empezaron a desfilan.

— Entonces — afirmó otro —, la Compañía pagará...

— Pero es el caso — interrumpió el portero mayor — que no hay operador, ni director de escena, ni otros artistas por parte alguna...

(Se continuará.)



Dib. RAMIREZ. — Madrid.

— ¡Qué magnífica puestas!...

— ¡No me habléis de puestas, que ayer perdí una de siete cincuenta a negro!

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

CARLIN



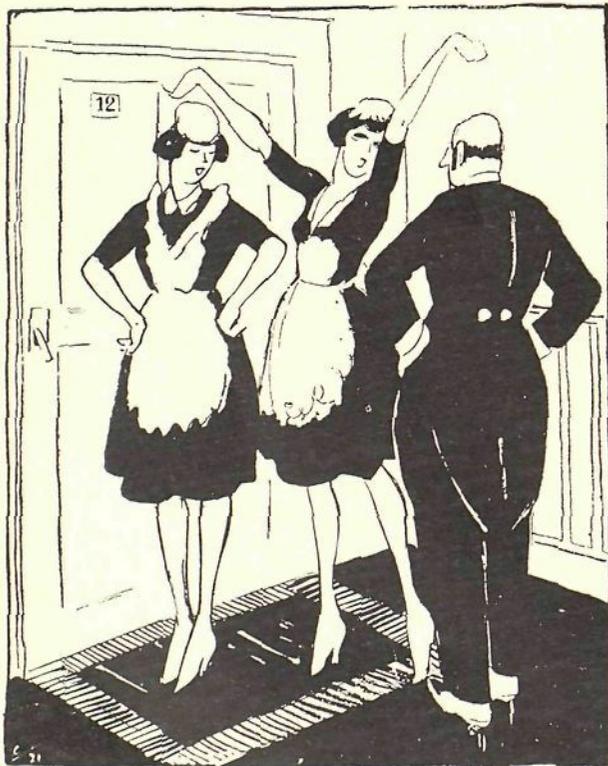
ARLIN, dentro del humorismo italiano, tiene una significación limitada en cuanto al valor estético; pero dilatada y amplia en lo que se refiere a su popularidad.

Como dibujante no puede estar en el mismo plano de un Schetti o de un Martini. Ni siquiera en el de un Mateldi, o un Golia, o un Rata Langa, habituales compañeros suyos en las revistas satíricas. Pero desde luego alcanza un nivel superior a Scarpelli, a Musini, a Quaglino, que también alternan sus firmas con la de Carlin en *Numero* y *Pasquino*.

Carlin es un caricaturista moderado de técnica y de ideas. No ha corrido el peligro de los dibujantes de *L'Asino*, a quienes ha dejado en la calle el triunfo de la política fascista. No habrá de conocer tampoco esas horas dolorosas de los incomprendidos, de los que tienen un ideal artístico o simplemente un concepto factual más allá de la acefalia multitudinaria.

Accesible a los gustos del público, se conforma con ser un caricaturista popular, no un humorista de selección. Debemos respetar sus aspiraciones, entre otros motivos, porque las sabe sostener dignamente.

No hay ironía alguna en nuestro juicio. Carlin, como algunos compañeros suyos de Francia, de España, de Alemania, de Inglaterra, representa un elemento intermediario muy lau-



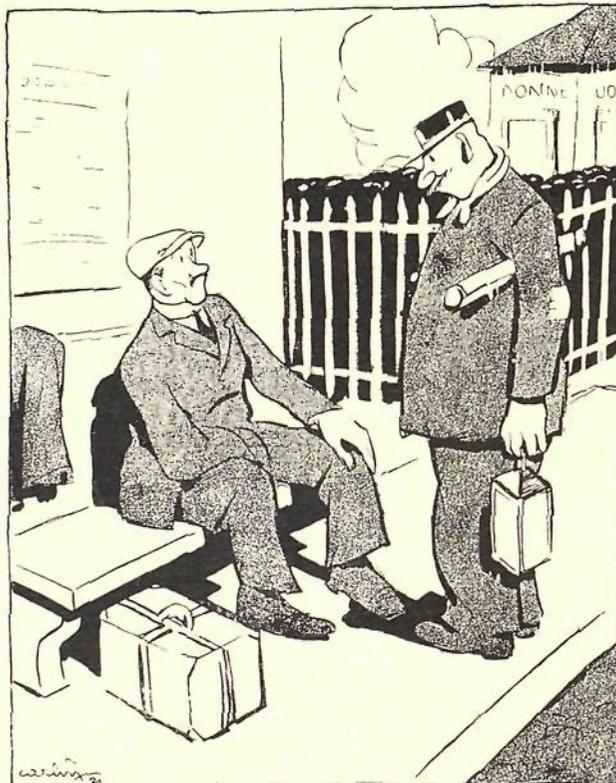
SÁBADO INGLÉS

— Esta tarde, como sábado, llegará lleno el tren de los maridos.

— ¡Gracias a Dios!.. Así podremos dormir, porque no habrá fantasmas por los pasillos.

dable. Si no temiese excitar la vanidad de elementos semejantes de aquí, aportaría algunos nombres de caricaturistas españoles tan estimables, tan ingeniosos como Carlin, tan dotados de cualidades de observación en la forma y en el fondo. Pero mejor será evitar las comparaciones.

Inevitablemente, Carlin, por la indole de su personalidad y por el carácter de los periódicos donde colabora asidua-



¡ AH, VAMOSI!...

EL VIAJERO. — ¡Qué raro!... Este tren ha llegado a la hora en punto.

EL FERROVIARIO. — No, señor. Éste es el que debió llegar ayer...

mente, es lo que pudiéramos llamar un caricaturista [de las derechas, de los elementos de orden.

Claro es que al llegar a este punto la identidad de Carlin con bastantes caricaturistas españoles desaparece.

Así como *Numero* y *Pasquino*, semanarios satíricos opuestos a toda renovación social en un sentido demasiado avanzado, tienen, sin embargo, una libertad de expresión para otros temas, que aquí no se toleran o se encenagan — no conocemos el término medio —, Carlin es un caricaturista que no vacila ante crudas sátiras de frase y de dibujo.

Y éste es otro de los méritos de Carlin, que le disculpan de su condicionada sumisión mesocrática.



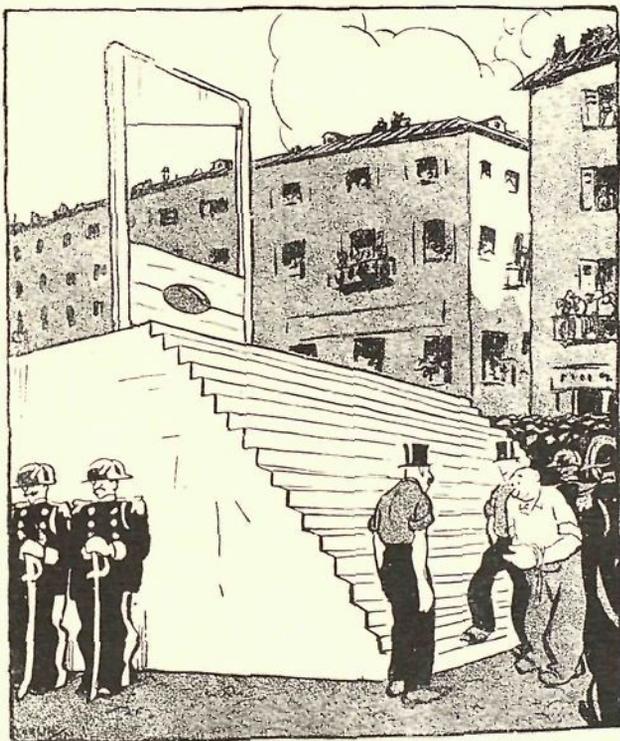
Especializado *Numero* en el desarrollo de un tema único en cada fascículo semanal, y siendo Carlin uno de sus fieles colaboradores, es lógico que al repasar la obra de este humorista le hallemos la preferencia actualista.

Satiriza las costumbres coetáneas de una manera punzante y ligera de cronista frívolo. Y a veces, no obstante, con una

certeza áspera que sorprende, por inesperada, en su ingenio de aparente intrascendencia.

Es el mismo caso de su estilo. Carlin dibuja fácil, ligeramente, empleando contrastes de blanco y negro, líneas ágiles y masas enteras.

Pero de pronto nos hallamos con algún dibujo de Carlin, donde se entiende un propósito más elevado y una capacidad más extensa. El caricaturista a la manera reporteril es entonces un satírico a la manera de ciertos maestros que nos parecían muy alejados de él. Véase como, analizando la obra de Carlin, se le van descubriendo nuevos matices.



CORTESIA

EL CONDENADO. — No; usted primero...

A lo largo de ella, los vicios, las utopías, las derrotas sentimentales, las rebeldías inútiles de nuestra época, pasan con la vivacidad expresiva de ecos periodísticos o *films* de revista cinematográfica. Y siempre el comentario del epígrafe rubrica la intención de las figuras. Recordemos algunos ejemplos de estas sátiras gráficas:

De publicidad desenfrenada. — Un matrimonio pasea por el campo. En lugar de árboles, las praderas están cubiertas de anuncios de productos comerciales, de hoteles, de fábricas. Hasta una gran nube, en lo alto de la cúpula celeste, tiene un letrero aconsejando el hotel del Norte.

Dice la mujer:

— Ha sido una idea maravillosa la de venir por aquí.

Y contesta el marido:

— Sí, hija. El paisaje es magnífico.

De estupidez voluptuosa. — El tío Natal le pregunta a un jovencuelo:

— ¿Qué quieres que te traiga por Navidad?

— ¿Tiene usted cocaína? — pregunta el mocoso, frecuentador de garitos y *cabarets*.

En otra caricatura, un boticario acaba de despachar un gramo de cocaína — ¡a veinte liras! — a otro de esos «absurdos exquisitos» de última hora. Un busto de Galeno se inclina sobre el boticario y le dice:

— ¡Pero si no le has dado cocaína! Eso no era más que unos polvos inofensivos.

A lo que el boticario — ¡veinte liras el gramo! — responde:

— Es que soy generoso. Peor sería envenenarle.

De comunismo convencional. — Dos harapientos atracan a otro harapiento. Mientras uno de ellos le amenaza con un revólver, el segundo le registra los bolsillos.

— ¡Pero si yo soy también comunista! — exclama el infeliz.

— Entonces debes saber que lo tuyo es mío y que la propiedad es un robo.

De modernismo teatral. — Dos vejetes calvos contemplan a una *petite femme de revue* que lleva las piernas, los brazos, el pecho, la espalda y el sentido común desnudos. Se adivina que esta mujercita no tiene voz, no tiene vergüenza, no tiene distinción; pero, en cambio, tampoco tiene otros atractivos físicos que los de una vulgar pensionista de *mansion de tolerance*.

El dibujo se titula *Entusiasmo* y lleva el siguiente epígrafe:

— Digan lo que quieran, el Arte es una gran cosa.

De precocidad femenina. — Dos chiquillos, una niña y un niño, juegan en medio de un campo. Sus trajes, su aspecto, les delatan en seguida como hijos de labriegos, y, por tanto, alejados de esa precocidad producto de civilización que acusan en seguida los mocosos y las mocosas de la ciudad. Y, sin embargo, la chiquilla está contagiada ya de feminidad interesada.

El chico propone:

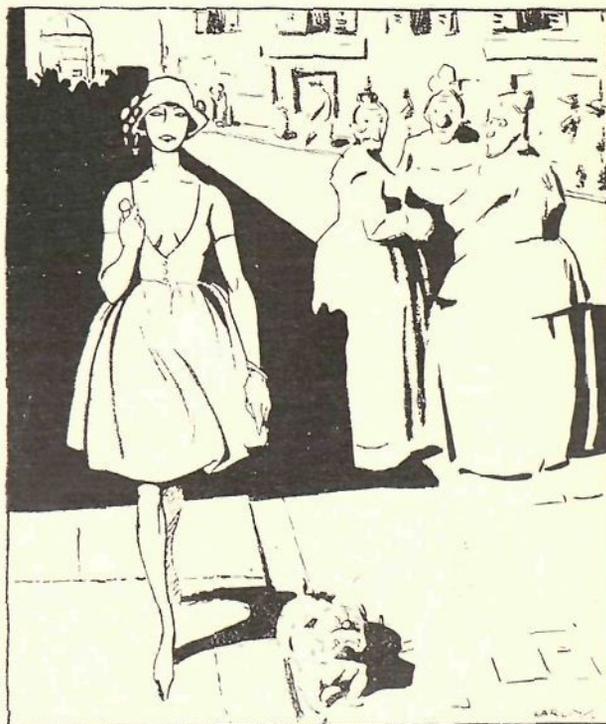
— ¿Quieres que juguemos a los novios?

En torno de ellos el paisaje autoriza los idilios. Pero la chica no siente el influjo lírico del paisaje y contesta:

— Bueno. ¿Qué me vas a regalar primero?...

Estos ejemplos demuestran que no sólo Carlin se parece a los dibujantes españoles, sino que diríase vive en España y padece con nosotros las fermentaciones de nuestra decadencia en declive rapidísimo...

JOSÉ FRANCÉS.



— ¡Qué sinvergüenza!...

— Pero no es feílla...

— ¡Gracias a la ropa!... ¡Que fuéramos nosotras así, y ya vería usted!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

UNA OBRA DE ARTE, por Antón Chejov. ==



SACHA Smiznov, único hijo de su madre, entró en el gabinete del doctor Kocheltkov, llevando debajo del brazo un paquete envuelto con un periódico.

— ¡Hola, amiguito! — le saludó cariñosamente el doctor —. ¿Cómo está usted hoy?... ¿Qué tal?...

Sacha colocó su mano sobre el pecho y le dijo:

— Mi madre me da recuerdos para usted... Soy hijo único de mi madre...; usted me ha salvado la vida...; me ha curado usted una enfermedad gravísima...; ni ella ni yo sabemos como testimoniar a usted nuestro agradecimiento.

— Nada, amiguito. Hice lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar.

— Soy hijo único de mi madre... Somos pobres y no contamos con medios suficientes para pagar lo que usted ha hecho... Estamos muy avergonzados por esto. Sin embargo, mi madre y yo — que soy hijo único de mi madre —, le rogamos que acepte de nosotros este objeto, como testimonio de nuestro agradecimiento... Es un objeto caro..., de bronce antiguo..., una obra de arte.

— ¿Para qué? ¡No hace falta! — interrumpió el doctor.

— No; no puede usted negarse a esto — replicó Sacha, desatando el paquete —. Sería un desaire para mi madre y para mí... Es una cosa magnífica..., una antigüedad... La heredamos de mi papá y la conservamos como un recuerdo. Papá compraba antigüedades y las revendía a los aficionados. Mi madre y yo seguimos haciendo esto.

Sacha desenvolvió el paquete, y sacando un objeto lo colocó, con aire de triunfo, sobre la mesa. Era un candelabro de bronce antiguo y de labor artística; una pareja de mujercitas, completamente desnudas, en unas posturas imposibles de describir, por falta de valor. Las figuritas sonreían y parecían muy contentas de sostener las palmas.

El doctor miró el regalo, rascóse la cabeza y dijo:

— Es..., en realidad, una

obra de arte; pero... es demasiado, su expresión es... demasiado...

— ¿Por qué lo toma usted así?

— Hombre, no se puede hacer una cosa más indecente... Colocar esto en una mesa es manchar toda la casa.

— ¡Qué manera de juzgar el arte tiene usted! — replicó Sacha —. Vea usted solamente su sentido artístico. Contiene una riqueza de vida..., una expresión...

— Sí, sí; lo comprendo — interrumpió el doctor —; pero, amiguito, soy padre de familia: aquí vienen niños, entran señoras...

— Naturalmente. Para la muchedumbre tendrá otra significación. Pero usted, doctor, tiene que considerarla por encima del vulgo. Si usted rehusa, me ofenderá y ofenderá a mi madre... Soy hijo único de mi madre... Me salvó usted la vida. Le entregamos lo que tenemos de más valor. Lo que siento es que falte la pareja de este candelabro...

— Gracias; yo se lo agradezco mucho. Pero póngase en mi situación...: las

mujeres..., los niños... Pero, vamos, déjelo..., no crea usted que es un desprecio...

— ¡Muy bien! — exclamó Sacha gozoso —. Lo pondré junto a este jarrón. ¡Qué lástima que no tenga pareja! ¡Es una lástima! ¡Adiós, doctor!

Al quedarse solo, el doctor estuvo un rato pasándose la mano por la frente.

— No hay duda de que es una obra de arte. Sería lástima tirarla... Tampoco es posible conservarla... ¡Es un problema! ¿A quién se lo regalaría yo?

Tras de una larga reflexión, se acordó de su amigo, el abogado Uhof, de quien era deudor, por haberle ganado éste un pleito.

— ¡Admirable! Como es amigo, no quiere cobrarse en metálico, y será muy hábil regalarle esto. Se lo llevaré en seguida; él es soltero...

El doctor se vistió y se fué con el candelabro a casa de su amigo.

— ¡Hola! Me alegro de encontrarte en casa... Venía a darte las gracias por tu trabajo... Ya que no quieres recibir tus honorarios, acepta este objeto...; fíjate... ¡Es admirable!

Uhof quedó encantado del regalo.

— ¡Es precioso! ¿Dónde has encontrado esto? ¡Magnífico!

¡Admirable! Sí, es admirable; pero no puedo aceptarlo...!

— ¿Por qué?

— Porque... mi madre viene aquí..., vienen mis clientes...; me avergonzaría hasta de los criados...

— ¡Cá! ¡Tú no me desairas! ¡Es una obra de arte! ¡Mira qué movimiento..., qué expresión!... ¡Tú te quedas con él!

— Si, tuviera siquiera unas hojitas...

Pero el doctor no le hacía caso.

Se despidió, y se fué tan satisfecho de haberse librado del obsequio.

Al encontrarse solo, el abogado contempló el candelabro por los cuatro costados, pensativo.

— Es una obra de arte magnífica..., da lástima tirarla; pero ¿cómo la voy a conservar aquí? ¡Ya está! ¡Se la regalaré esta noche a Chachkin, el cómico, que celebra su beneficio!

Aquella misma noche, el candelabro fué entregado al actor Chachkin. Después de la función, el cómico se encogía de hombros, preguntándose:

— ¿Qué haré yo con esta porquería? Vivo en una casa particular, recibo artistas. Si



Dib. KURRIKI. — Madrid.

— ¡¡Respetable público!!... ¿Quién ha sido el sinvergüenza que me ha dado el tomatazo?

fuese una fotografía, podría ocultarse en el cajón de la mesa.

— ¡Véndala, señor! — le aconsejó el peluquero, ayudándole a vestirse —. Aquí cerca hay una anciana que compra antigüedades... Pregunte usted por Smiznov... Todo el mundo la conoce.

Así lo hizo el cómico.

Dos días después, el doctor Kocheltkov estaba en su gabinete, reflexionando sobre los ácidos biliosos, cuando se abrió la puerta con estrépito y Sacha Smiznov penetró en la estancia. Resplandecía de felicidad. Llevaba algo envuelto en unos periódicos.

— ¡Doctor! ¡Qué alegría! ¡Hemos encontrado la pareja de su candelabro! Mi madre es completamente feliz... Soy hijo único de mi madre... Usted me salvó la vida...

Sacha, tembloroso de agradecimiento, colocó delante el candelabro. El doctor abrió la boca, quiso decir algo; pero no pudo pronunciar ni una frase: se había quedado paralítico.

A. R. H.

Anécdotas teatrales.

"¡NO GRITAN ESOS MALDITOS!"

Estaba yo la temporada anterior haciendo el *Tenorio* en el Coliseo Imperial, cuando una noche, al levantarse el telón para comenzar la obra, y dispuesto a terminar la famosa misiva, noté, sorprendido, que «los malditos» no gritaban dentro, como era de rigor.

Yo esperaba, impaciente, para decir los primeros versos del famoso drama; pero ¡sí, sí!; pasaban los minutos, y yo veía que iba a llegar el día del juicio en el mismo silencio.

Para dar tiempo, me pasaba la pluma por la cabeza, hacía como que la quitaba un pelo, miraba hacia el foro, y ¡que si quieres! Aquel día los malditos eran todos mudos.

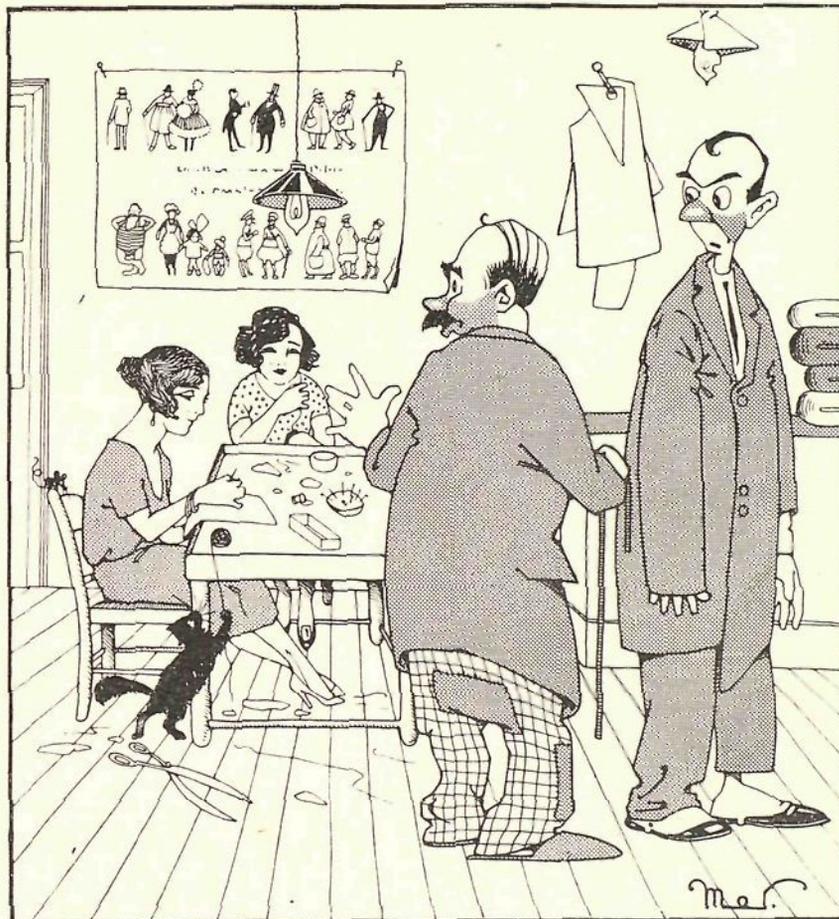
Ya empezaba el público a impacientarse, cuando se me ocurrió una idea salvadora, que inmediatamente puse en práctica; y disponiéndome a terminar la epístola, y mirando al público, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

«¡No gritan esos malditos; pero mal rayo me parta, si en acabando la carta no les haga yo dar gritos!»

Había enmendado la plana a D. José Zorrilla; pero había salvado la situación.

"¡ÉCHALO AL CAMPO MORO!"

Estaba una noche de su beneficio representando el insigne D. José Valero, en Novedades, la popular tragedia *Guzmán el Bueno*, cuando al llegar al practicable, después de una emocionante subida por la escalera, se encontró con que uno de los dos comparsas que estaban haciendo centinela sobre la muralla



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¿Creéis que aunque me amenacen con huelgas me asusto yo?... ¡Ca, hijas!... ¡Afortunadamente, soy un hombre que sabe tomar muy bien sus medidas!...

tenía una papalina como para llamar de tu a la Santísima Trinidad.

Empezó D. José a recitar la escena en la que ha de tirar el puñal al moro para que degüelle a su propio hijo, cuando oyó a su lado la voz del *mareado* comparsa que, angustioso, decía:

— ¡Don José, que *gomito!*

Seguía el eminente cómico dirigiéndose al moro con campanuda entonación:

— ¡Y si no tienes puñal, ahí va mi cuchillo!»

Y seguía el comparsa borracho:

— ¡Don José, que *gomito!*

Hasta que, loco el pobre Valero, y viendo que el comparsa iba a soltar el *mandao* a la vista de los espectadores, exclamó en el mismo tono de voz en que estaba declamando la escena, y dirigiéndole al curda una mirada como para comérselo:

— ¡Ladrón, échalo al campo moro!

MANUEL VICO.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Hado-Kin. Madrid. — Recibimos su extensa carta, a la que contestaremos en más reducidas proporciones. Sólo es necesario decir al pie del artículo el punto de residencia. La calle, el número y hasta el piso no nos interesan tanto. Se trata de que no coincidan las iniciales de nuestros jocundos colaboradores. Otra cosa. Nosotros no ordenamos ni mandamos; gastamos una bromita sencillamente, no siempre lo fuerte que debiera ser. ¡Si viera usted la de españoles que se sienten atraídos al noble arte de la literatura y al no menos noble del dibujo, y que, o son muy brutos, o toman al pie de la letra o al de la línea lo hecho por sus antecesores!... Esto que usted nos envía, reconozca que ya lo hicieron Taboada y sus sucesores desde el mismo punto de vista y por el mismo procedimiento. Tiene algunos aciertos de gracia.

Puede usted hacer algo bueno. Nosotros ofrecemos siempre nuestras columnas al que lo hace regularmente, por lo menos. Sentimos desengañar a muchos pobres artistas y literatos espontáneos; pero cuanto antes se desengañen será mejor, ¿no?

A. G. Algeciras. — Recibimos de usted una carta dirigida al Sr. D. Juan de Aragón. Sobre el nombre del ilustre periodista ha hecho usted un delicado rayadillo, y debajo, aprovechando la de mayúscula de D., ha puesto usted *irector* BUEN HUMOR.

Acto seguido se desata usted en un himno laudatorio que nos hubiera llenado de legítimo orgullo si fuese dirigido a nosotros. He aquí cómo empieza:

¡El más ilustre de todos los periodistas españoles, el más valiente y el más castizo!...

Nos ofrece usted después una serie de cuentos conocidísimos y de chistes ancianos, de los que damos unos cuantos al público para su solaz:

¿Cuál es el pájaro que más pesa? El mochuelo; porque todo Dios suele decir: «¡Yo no cargo con ese mochuelo!»

¿En qué se parece un aviador a un aeroplano? En que el primero tiene sesos..., y el segundo se sostiene...

¿Qué animal son dos en uno? El gato, porque araña.

Comprenderá usted que, con tan malos antecedentes, no podemos aceptar de usted esa deliciosa sección recreativa que nos propone.

A. G. S. Sevilla. — Son cerca de seiscientos los señores que diariamente nos envían reseñas de las fiestas en un pueblo.

J. M. C. Galapagar. — ¡Ay! ¡Suspiros!

«Sin hablarme, suspiras y me miras.
¿Qué me quieres decir?
¿Que esa fe y ese amor con que desiras
te hace mejor vivir?»

«Estasiado también yo te contemplo.
¿Por qué no podré hablar?
En lenguaje de amor tomo tu ejemplo.
¡Cuánto dice el callar!...

«Es el aire que, entrando en nuestro pecho,
santifica el amor.
Y al quedar el amor puro en su lecho,
¡qué hermoso es su calor!»

Es usted lo más lírico de Galapagar.

R. D. Madrid. — Es usted un inconsciente, con muy poca gracia y muy mal gusto.



Dib. CLY. — Madrid.

— ¿Qué hora es, caballero?
— ¡Muy buenas!... ¡Las dos!

Xan d'Entenza. Cartagena. — Esa chinería, tan conocida a través de doce generaciones de estúpidos, no nos parece publicable.

J. C. A. Sevilla. — ¿Es ésa la sal de Sevilla? Hay que sacarle a usted de su abstracción; y le aconsejo dedicarse de lleno a la perfumería.

G. H. C. Madrid Moderno. — Está bien escrito y dialogado; pero anda flojo de gracia. Usted nos hará algo mejor.

Michigán. Avila. — Se queja usted de que en esta sección respondemos mal a todo el mundo. Tenga usted en cuenta que aquí casi sólo se contesta a los que se rechaza.

El Voltaire Moderno (¡Caray!). Albacete. — Sería preferible que lo hiciese usted a máquina, ya que hemos calculado el número de cuartillas que deben ser y el espacio que deben ocupar en el periódico. Seguramente habrá más de una máquina de escribir en Albacete. Pida usted que le dejen utilizar cualquiera unos instantes. Si es preciso, diga usted que va de nuestra parte... De todos modos, calcule usted bien si lo hace a mano.

Colibrí. — ¡Pobre hombre!... ¡Y se creará que ha hecho algo!..

J. G. E. Granada. — ¡Ay, qué cosa nos envía usted! ¡Caray! A nadie se le ocurre largarnos un versito, cuyas primeras estrofas hacen ya suspirar tristemente...

«¡SOLEDA!...

Vieja cruz de piedra en la plaza granadina,
toda bañada de destellos en la noche lunar,
en tu silencio viene a ofrendarte, ¡cruz divina!,
su despedida triste este juglar...»

¿No se fija usted que esto es el BUEN HUMOR, y no *El Lirio Apasionado?*...

Jenaro Lebrija. Santa Cruz de Tenerife. — Vale muy poco.

A. Diardhy. Tetuán. — Tiene poca gracia.

Hamlet. Madrid. — Es una vulgaridad, con una enormidad de chistes, copiados hasta de los cuentos de Calleja. Por ese camino no se va a ninguna parte.

Mochuelo. Cádiz. — ¡Es usted más bruto que un cerrojo!

J. S. M. — Es usted un pobre hombre, que escribe *hayaba*, *ipnotizar*, *susanó* y otras *hatrocidades*.

R. C. y sus veinte amigos. Madrid. — ¿Creen ustedes, de verdad, de verdad, que eso tiene gracia?

Kar-Kar. Madrid. — Tiene usted que trabajar mucho si quiere conseguir algo. Sobre todo, es un consejo, procure prescindir de esas aclaraciones entre paréntesis, en que, con muy poca gracia, suelen incurrir casi todos los principiantes.

Baco. Córdoba. — No se lamente usted de no poder acompañarse de recomendaciones. En nuestras determinaciones somos libres, espontáneos e invulnerables, aunque sean cosas recomendadas por el mismo señor obispo de Sión.

M. Z. (hijo). Madrid. — No tiene gracia.

M. F. V. Málaga. — Mucho gusto tendría en complacerle, mi comandante; pero eso que nos envía ¡vale tan poco!... Mándenos otras cosas, y en prosa, si puede ser. ¿Está usted seguro de que se dice *altarito*, mi comandante?

Están admitidos y se publicarán los dibujos siguientes:

Tres de Durán y Melendreras; dos de Dolfos, Guasp y Bobby, y uno de Yolif, Aurelio, Fervá, Martín, Durabat y Rubio.

Cobete. — E. A. — E. G. — No sirven.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Toda la correspondencia debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, en esta forma: BUEN HUMOR. — Apartado 12.142. Madrid.



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

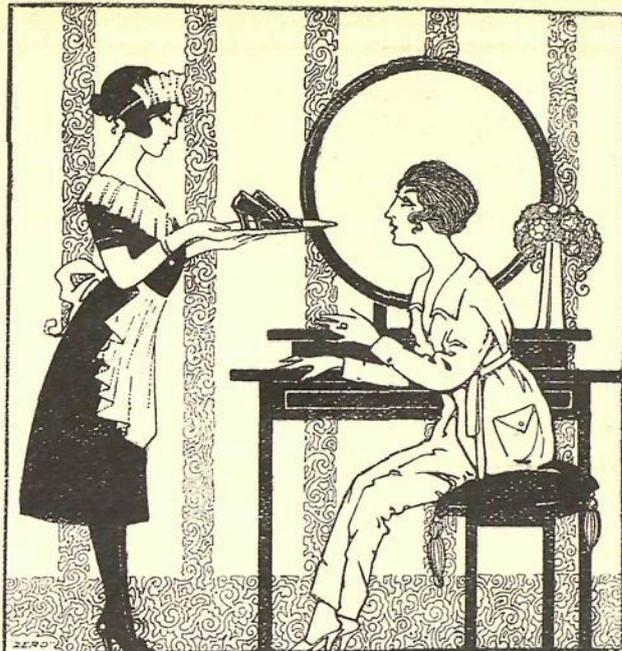
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Via, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza Fuera canas.**
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



AL PIE DE LA LETRA

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

- General, hemos llegado tarde; ya han descubierto la estatua.
- ¡Ca, hombre! Mírela aún con el sombrero puesto.

Ayuntamiento de Madrid